

RELATOS CORTOS

JOSE G. GUZMAN M.



MI TIO PEDRO



BASTIAN



LA COFRADIA



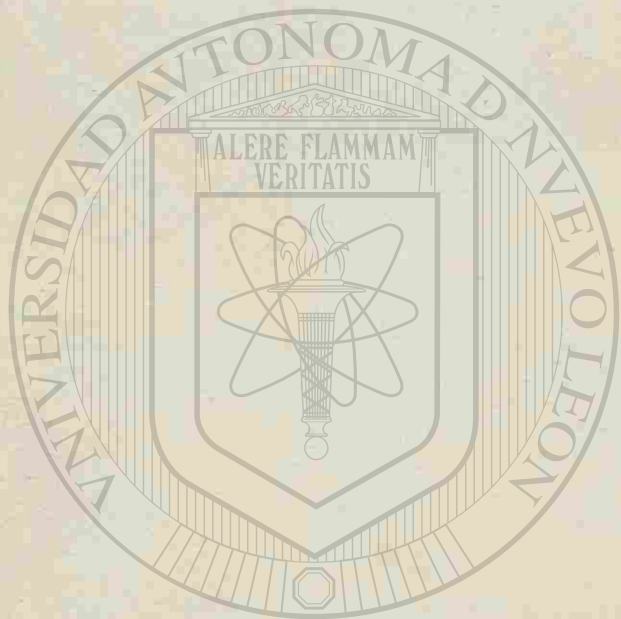
Monterrey, N. L., México, Otoño de 1977.

PQ 7298
17
U9
R45
1977
E.1

CONTRAMIA W.M. / FELIATOS COOPRATOS



1080127165



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

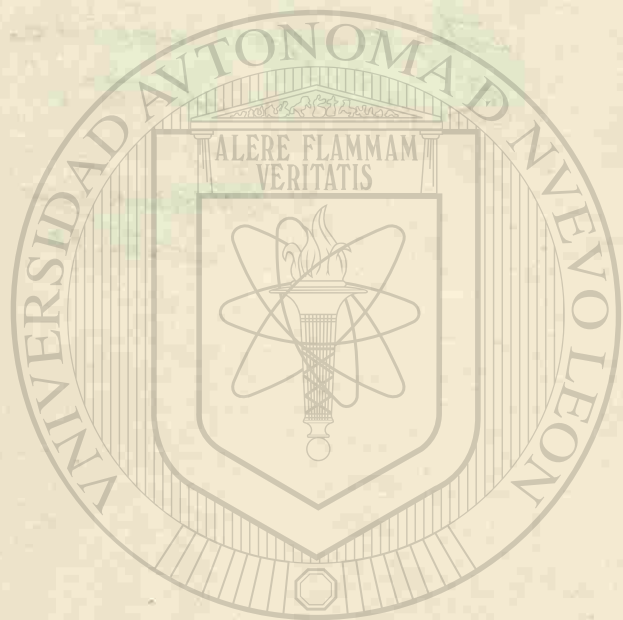
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

191582 SR. Lic. FEDERICO DÁEZ FLORES

191582

Para mi estimado
y fino amigo el
Lic. Federico, de quien
estoy muy reconocido.
Con sinceros afectos:

Miguel
ABR. 78



RELATOS CORTOS

RELATOS

CORTOS

UANL

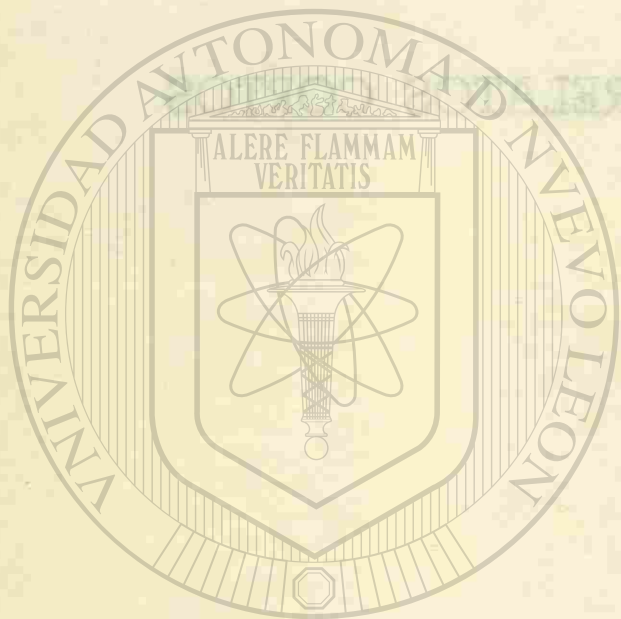
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Libro de la "Red de Bibliotecas"
Biblioteca de la Universidad
de Nuevo León

Monterrey, N. L., México, 1998



JOSE G. GUZMAN M.

RELATOS CORTOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL B. U. "Raul Rangel Frías"
Documento Donado por:
Lic. Federico Paéz Flores

Monterrey, Nuevo León, México.

1977.

Impreso y hecho en México.

Primera Edición: Mi tío Pedro:

Departamento de Extensión Universitaria / 1961 U.A.N.L.

Segunda Edición / 1977



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

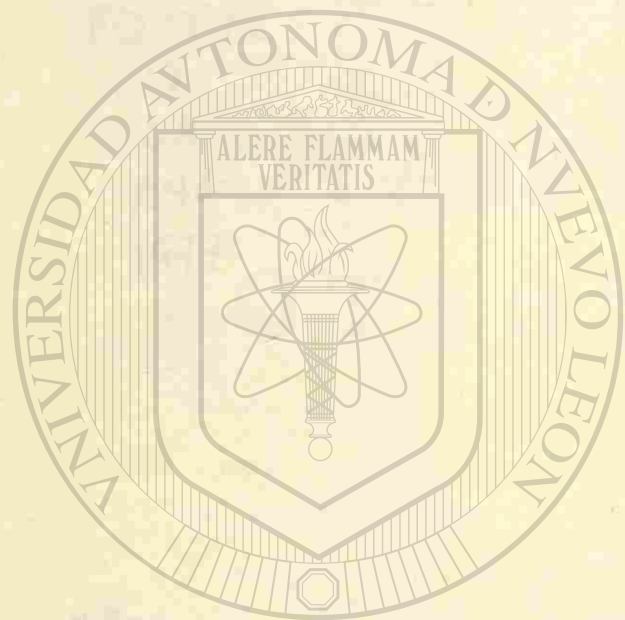
Queda hecho el depósito
conforme a la Ley por el
autor.

*A la memoria
de mi querido e
inolvidable hijo*

JOSE GERARDO

(Descanse en paz).

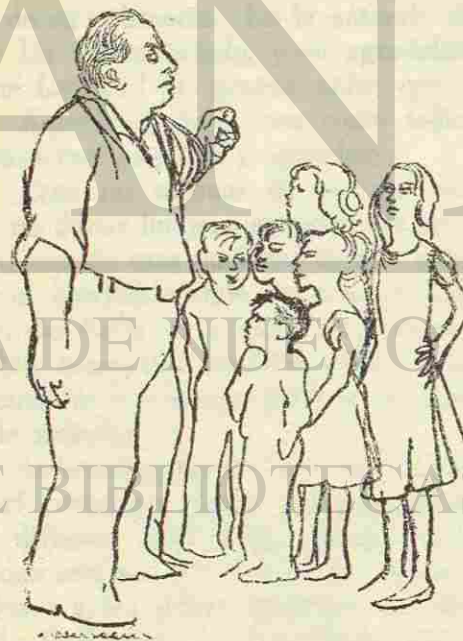
*Que estos modestísimos relatos
sirvan de abono al joven
y bello pinito que tu
madre ha plantado
a la vera de tu sepulcro. . .*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MI TIO PEDRO



MI TIO PEDRO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

MI TIO PEDRO

I

Amaneció muerto aquella mañana otoñal. ¡Curiosa coincidencia de la vida! La muerte lo sorprendió en la madurez de su existencia. En la antesala del invierno.

Un viento helado, pero agradable, movía con sorprendente facilidad las gruesas nubes que cubrían el cielo.

Aquella mañana, era como todas las que otrora disfrutara con plenitud y optimismo.

Eran las mismas de siempre de su estación favorita y a no dudar hubiera escogido, de obrar su espontánea elección, una de esas mañanas frescas y nubladas, para emprender el inevitable viaje sin retorno. ¡Raro capricho del destino, que hasta en el morir no le fue adverso! Sin embargo, la Ley inexorable de Dios volvía a cumplirse con exactitud matemática y el cuerpo yacía en su ataúd, indiferente a cuanto le rodeaba.

Ardientes gotas de llanto empañaban la transparencia de aquel cristal por donde asomaba, apenas, el rostro apacible del difunto. Allí estaba descansando, como dormido profundamente sin poder despertar de su letargo, a pesar de los sollozos y los gritos histéricos de las mujeres. ¡Qué lástima! ¡Qué pena! ¡Qué amargura verlo por última vez, para luego encerrarlo en la frívola celda del recuerdo!

Sin embargo todo pasa. La vida va dando empujones y las heridas se cierran. La memoria nos es ingrata y va alejándonos cada día más de aquella fresca mañana, haciendo languidecer juramentos y fidelidades. Recuerdos que se dispersan con el viento del camino. Añoranzas que se quedan prendidas en el corazón.

El tiempo lo aclara todo y más tarde lo desvanece, tal como si fuera gigantesca rueda de la fortuna que, en sus giros fantásticos, primero acerca y luego aleja las canastillas humanas, para perderlas finalmente en el embrujo infinito de la noche estrellada.

Tendría unos doce años cuando conocí al tío Pedro, es decir, cuando me percaté de su presencia física, ya que durante mi niñez, estuve alejado temporalmente del hogar paterno al cuidado de unas tías solteras que vivían en la ciudad.

Mi tío Pedro era un hombrón de casi dos metros de altura, robusto y fuerte. Tenía la cara colorada como un tomate, en donde serpenteaban unas finísimas venas color celeste. Respiraba el hombre tal vitalidad, que a veces me parecía un auténtico gigante arrancado de las páginas doradas de los cuentos infantiles, aquellos que con candor incomparable me relataban mis tutoras solteronas.

El tío Pedro estaba unido en matrimonio con una hermana de mi madre, la tía Virgen, de quien en honor a la verdad, no supe a ciencia cierta si lo de "virgen" era por su nombre de pila o por su incapacidad para proporcionar soldados a la Patria. La pobre nunca tuvo hijos, pero mi madre suplió tal deficiencia concibiendo hijos por las dos. En efecto, mis once hermanos que junto conmigo —el más chico—, sumábamos doce, formábamos algo así como una verdadera tropa que hacía rabiar y desesperar a las cuatro cabezas de familia que regían bajo el mismo techo: mi ma-

má Julita, mi papá Julito, mi tío Pedro y la tía Virgen. Los que daban más guerra en las peleas cotidianas eran indudablemente los mayores, ya que integrábamos aquel tremendo equipo, cuatro varones y ocho alharaquientas hembras. Cuando había disputa, aquello era la tierra de nadie. El único que imponía respeto hasta el miedo era el tío Pedro. El solo trueno de su voz nos dejaba mudos de espanto.

Cabe hacer notar que mis prolíficos progenitores, eran, lo que se llamaba en el pueblo, unas almas de Dios. Lo único que hacían, quizá de reprocharse, era traer anualmente hijos y más hijos al mundo, tanto, que una vez le oí decir a la tía Virgen que si algo no se le hubiera descompuesto a mi mamá, rebasaríamos de la veintena. Mis queridos padres, en efecto, pecaban no por aquello de los hijos, sino porque eran muy bondadosos y demasiado indulgentes. Jamás, que recuerde, mi padre castigó a ninguno de mis hermanos. Mi madre, santa mujer, mucho menos. Destilaban una melosa dulzura digna de una estampa cristiana. Indudablemente eran unos santos.

De tal manera que en aquel sagrado hogar, como único rey en su trono, reinaba la canosa testa de mi tío Pedro, el intocable. Aquel que había sido pastor de cabras, era ahora el guía, el pastor de nuestro ganado familiar. Era él, propiamente, el amo de la familia, la cabeza principal, el árbitro de las supremas decisiones. Justo o injusto, tuerto o derecho, a él nos plegábamos toda la tribu en las horas de las tribulaciones. El mandaba.

III

Mi hermano mayor, Enrique, floraba desconsolado a la orilla de la tumba del tío. Sus lágrimas caían como clavos candentes pretendiendo traspasar la dureza de la impassible roca, para ir a bañar con la cálida flama de su llanto, aquel rostro tan querido y otrora temido.

Enrique sentía la muerte en su propia carne. A pesar de

que a veces odiaba al tío, también así lo quería y respetaba. Por otra parte, físicamente, Enrique era el vivo retrato del difunto. Este parecido extraordinario fue por cierto, motivo de horribles conjeturas de parte de los enemigos gratuitos que se gozan deshonrando con la palabra. Me duele todavía recordar que el nombre sagrado de mi madre, fuera enfanado por aquellos pueblerinos paisanos míos, cuyas mentes inocentes necesitaban el estímulo de la calumnia para su divagación.

De pronto, una voz se dejó escuchar rompiendo el respetuoso silencio. Era uno de los íntimos amigos del tío Pedro el que hablaba. Sus palabras rebotaban en las tumbas con la sonoridad del metal. Por allá en los laberintos del subconsciente se anidaron desordenadamente algunos de sus conceptos, mismos que a través de los años, he oído repetir con pocas variantes, en los tristes momentos de las despedidas postumas.

“Fuiste para todos un hermano, la ternura de tu corazón no fijaba límites y tu recuerdo será estímulo para los que te quisimos”.

“Te acompañan con el corazón destrozado, tu viuda y tus sobrinos, los cuales te amaron y respetaron como a un padre”.

“Descansa en la eternidad, noble titán. Regresa a la tierra cumpliendo la profecía: polvo eres y en polvo te convertirás. Adiós amigo del alma”.

Y así siguió el vendaval de frases epitafiales, las cuales lograron conmover mis sentimientos, por más que en mi interior las considerase vanas.

Una llovizna ligera aceleró la ceremonia póstuma y con pasos presurosos nos encaminamos a las puertas de aquella ciudad de los muertos, a la cual, ineluctablemente, regresaríamos algún día para no retornar. Los pinos achacosos se balanceaban al golpe del viento silbando su fúnebre melodía, mientras los sauces lloraban lágrimas del cielo que eran recogidas ávidamente por la tierra sedienta.

Allá, en la más terrible de las soledades, quedaba aquel que siempre había estado rodeado de amigos y familiares.

Triste condición y fin del ser humano, nacer para morir y siempre tener que morir para dejar vivir.

Cadenas seculares de vida y muerte. Misterios que la mente humana inútilmente trata de violar.

IV

Apenas aparecía el disco anaranjado anunciando el nuevo día y ya los latidos de vida alegraban aquella casona de los aldeaños del pueblo. En mis sueños de niño se me antojaba un castillo feudal, quizá por haber estado reciamente construido de sólido sillar con remates de ladrillo rojo, sobre un pequeño promontorio. El casco del pueblo estaba a nuestros pies. Aquel sitio era un observatorio privilegiado.

La puerta central de entrada era de roble macizo con pequeños adornos cuadrados de hierro. Una mano gigante empuñando una bola —también de hierro—, que a mí me parecía el mundo, era el llamador que nunca usábamos. Siempre estaba abierta.

Un amplio recibidor que servía de sala, sorprendía a las visitas con sus cuadros extravagantes que vigilaban dos cabezas de venado disecadas.

Ocho recámaras se repartían a los lados del corredor colosal, cuyas paredes revestidas con un mosaico-azulejo, daban la permanente sensación de alegría y felicidad. Comedor y cocina se juntaban con un portalito cuya puerta era la que más utilizábamos por su fácil acceso a los servicios, patio y corrales. Gruesas vigas de madera espiaban desde lo alto los movimientos de sus moradores.

Afuera, un jardín amorosamente atendido en donde predominaban las rosas-reinas, claveles, lirios, nardos y tímidas maravillas, era embalsamado por el aroma penetrante y seductor de los jazmines.

Atrás, la huerta con aguacates, perales, ciruelos, higueras y nogales. Más abajo, hacia el río, perfume de azahares, naranjos y limoneros en floración.

En el corredor, colgadas en los ramales de la bugambilia morada, jaulas multicolores que albergaban canarios,ruiseñores y clarines, cuyos delicados cantos contrastaban con la algarabía de mis hermanos, que solían bromear en las abluciones matinales arrojando el agua fría que revivía a los desvelados.

Los únicos dos servicios de baño y excusado eran demandados con urgencia por los más desesperados. El tío, al ocuparse de estos menesteres, acostumbraba fumarse un cigarro de hoja con toda paciencia, mientras evacuaba, porque así, según decía, provocaba la fácil desocupación del intestino. El motín entre hermanos y hermanas era entonces inminente. Algunos no esperaban e iban con pasitos apretados hacia los corrales, siempre con el ojo avizor de que no los sorprendiera la tía Virgen y defendiéndose con un palo de las embestidas de los cerdos, que buscaban en el excremento las delicias de un postre.

Una mesa enorme ocupaba el centro del comedor alrededor de la cual nos sentábamos en orden riguroso todos los componentes de aquella gran familia, a los primeros albores de la aurora. Grandes cacerolas de frijoles humeaban en el fogón, cuyo fuego era avivado por mis hermanas que estuvieran de turno en la cocina, auxiliadas por dos criadas que trituraban el maíz remojado para hacer la masa de las riquísimas tortillas. Ollas de café hervían despidiendo su aroma peculiar. Las sartenes gemían al contacto de la manteca de cerdo y los huevos frescos saltaban frenéticos al mezclarse con los chiles, cebollas y tomates.

A una orden del tío Pedro, quien ocupaba invariablemente la cabecera, empezaba la batalla por la subsistencia. Había necesidad de convertirse en un verdadero perito en estrategia militar, para poder llenar el estómago siempre hambriento.

Canastos de pan eran devorados en menos que canta un gallo, por aquellas bocas sin fondo. En breves minutos los alimentos eran arrasados materialmente, quedando el campo desnudo de especies comestibles. El almuerzo estaba concluido y cada quien volaba a sus labores: escuela, taller de cos-

tura y la mayoría al campo. Las avejillas se dispersaban en busca de nuevos horizontes, quedándose en el hogar algunas de mis hermanas, mi madre y la tía Virgen. Ellas también listas a librar la lucha diaria en los quehaceres domésticos y en las disputas que el carácter violento de la tía provocaba.

V

Entramos mi tía Virgen y yo al cuarto que servía de oficina al tío Pedro. El sol quebraba sus rayos en el enorme ventanal acariciando con su mano de luz aquellos objetos tan queridos, el escritorio de cortina, la silla con asiento de cuero de borrego, el antiquísimo tintero, libros de autores disímbolos, armas de diferentes calibres y marcas.

Aquellas cosas me parecieron marchitas, esperando quizás también el consuelo de su muerte. Es curioso, pero los objetos parecen cobrar vida cuando se les trata y se les usa. Son seres animados con propia personalidad y están vibrando en comunicación constante con su amo que los maneja y cuida. Al desaparecer éste, ellos también mueren a su modo, ahogándose en la inmensa laguna de su nostalgia.

Mi inconsolable tía cuyo temple de acero había sido sometido a la dura prueba, hurgaba entre los cajones perfumados a cedro de aquel viejo escritorio, en el cual solía trabajar el ser ausente.

Al tropezar sus manos con alguna prenda consentida, sollozaba presa de sentida añoranza. Los recuerdos acudían a su mente al fijar su vista en el reloj chapeado en oro que le había obsequiado en uno de sus aniversarios de bodas. Ella, que no había podido engendrar hijos a pesar de tenernos a nosotros, se aferraba inconscientemente en un quizá justificado afán de posesión de reliquias antiguas y joyas, además de su colección de pajarillos, gatos y perros. Esos eran para ella los verdaderos hijos, absurda sustitución de los auténticos que nunca pudo traer al mundo.

La pobrecilla de la tía, según contaba mi madre, había sufrido terriblemente en su juventud por la falta de descen-

dientes. Mutuamente se culpaban ella y el tío Pedro, ocasionando tan frecuentes disgustos, la ausencia de éste en el hogar, por varios días. La única vez que se decidieron a consultar al boticario, a falta de médico, el diagnóstico confuso y me imagino ampuloso, del estúpido de don Nabor, no los sacó de dudas. Para no errarle, declaró estériles a los dos. Sólo la ignorancia supina de mis tíos, los llevó con un hombre que presumía de sabio y que era en realidad, como decían en mi pueblo, una perfecta vaca.

La dureza de su natural carácter se recrudeció y a nosotros nos trataban como a soldados. De vez en vez, asomaba en aquellos rostros amargados, la dulzura de una sonrisa.

VI

De todos mis hermanos destacaba el mayor de los hombres, Enrique. Era alto, bien parecido, marrullero y camorrista, pero con una inteligencia tan despierta que pronto se convirtió en el favorito de mi tío Pedro a quien invariablemente acompañaba en sus continuas correrías por los campos y rancherías. Su sonrisa era cautivadora. Siempre de buen humor, listo a la ironía con su palabra fácil y sardónica. Quizá por eso el tío también sentía atracción por mi simpático hermano.

Enrique conocía a la perfección todos los caprichos y estados de ánimo del tío. Sabía cuándo estaba de buen o mal humor y también tenía la gracia de hacerle cambiar de carácter en algunas ocasiones, por cierto muy contadas.

Con penetrante sentido de observación decía que me fijara en los ojos del tío cuando pretendiera pedirle algún servicio. En los ojos —expresaba— está el secreto. El tío tiene uno bueno y el otro malo. El izquierdo es viscoso, turbio, no ve de frente, es su lado torcido y malvado. Sin embargo, el derecho es limpio, mira de frente, sin tortuosidad, es su ojo bondadoso. En las alteraciones de sus órganos visuales se encuentra el sí o el no.

Pienso que algunas veces le fallaba a Enrique su teoría, porque con mucha frecuencia lo veíamos atravesar el corral como un venado, seguido de cerca por el tío que blandía su favorita y flexible vara de membrillo, que caía como látigo sobre las partes más blandas de mi hermano, haciéndole gruesos verdugones que lo imposibilitaban a montar en su caballo preferido, por un par de días.

Cuando sucedían estos repetidos incidentes, ya fuera con Enrique o con otro de mis hermanos, mis padres aguantaban sin chistar las arbitrariedades del tío, elevándose a los aires en sonos de protesta, las sonoras trompetillas de mis muy femeninas hermanas. Nadie se atrevía a más.

VII

La casa alegre y cascabelera estaba de luto. Las sombras se apretujaban por los rincones huyendo de la luz. La noche caía con su negra capa cobijando bestias, árboles y montes.

El amplio corredor de arquería española, recibía en silencio a los vecinos y familiares que asistían a los rosarios.

La tía Virgen con sus ojos enrojecidos alzaba su rostro apergaminado en demanda de atención.

En seguida, con su voz cascada recitaba maquinalmente el Padrenuestro hasta la primera mitad. Los demás, atropellada y presurosamente, completábamos el resto de la oración en murmullos semejantes a las piedras arrastradas por el riachuelo en sus épocas de creciente.

Ensortijadas en las invocaciones del Padrenuestro, venían las Salves, que hablan de las rogativas de nosotros los pecadores a la Madre de Dios por nuestra salvación, “ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén”.

No sé por qué al oír la palabra muerte, miraba de soslayo a mis padres, pensando quizá que por su edad avanzada, serían los que acudirían pronto al llamado de Dios, dejando fuera de toda eventualidad a mis jóvenes y saluda-

bles hermanos, algunos de ellos tan ajenos y sin embargo tan cercanos a la verdad del misterio supremo.

Cuando hacía estas reflexiones recordaba mi despertar a la vida. Los primeros contactos con mis semejantes. Mi madre, mis hermanos. De mi subconsciente brotaron los lejanos y felices días de mi infancia, que me llevaron a entablar una plática con el recuerdo.

“Tendré cuatro o cinco años. Me encuentro jugando en el corralón de mi casa. Oigo un alegre tintineo y el trotar de un caballo. Dejo con premura el pozo que estoy haciendo en la tierra y corro desbocado a buscar a mi madre. La encuentro envuelta en un delantal preparando unas ricas galletas para la cena. Le hago ver que el vendedor de helados está frente a la casa y le pido me compre un cono de nieve. Allá vamos rumbo a la puerta donde se encuentra esperando arriba de su cochecito el viejo nevero; me da el cono y arrea su escuálida bestia haciendo sonar la campanita. Mi madre regresa a sus quehaceres y yo me quedo extático, mirando embelesado al viejo que se aleja. Saboreo mi nieve y espero a que el vendedor se pierda en la lejanía. Apenas se escucha ya el vibrar metálico de la campanita. Se va, se aleja, y queda en mis oídos el murmullo, el choque de las herraduras en el empedrado y el sonar lejano de un ritmo, de un lenguaje encantador”...

VIII

Al despuntar el alba y después del almuerzo, Enrique personalmente ensillaba los caballos para emprender las tareas cotidianas en compañía del tío Pedro.

La tía Virgen, si estaba de buenas, salía al portal para decirle adiós a su esposo. Mi madre invariablemente despedía a Enrique haciéndole la señal de la cruz a guisa de bendición. Sus ojos siempre tristes, se quedaban clavados en las figuras de los jinetes, hasta que el lomerío, con sus crestas caprichosas, los devoraba.

En la lejanía una tenue polvareda envolvía a tío y sobrino que trotaban acompasados en sus nobles brutos. El tío, que presumía de haber nacido montado a caballo, era efectivamente un excelente jinete. A sus dotes naturales de inteligencia debía su prosperidad. Era muy ladino para los negocios obteniendo siempre el mejor provecho en la compra y venta de ganado, que era su principal actividad. Así, todos los días recorría poblados y rancherías regateando el precio de las reses y de pasada cobrando los réditos del dinero que prestaba.

En los alrededores todo mundo lo conocía y se ponía en guardia cuando comenzaba a tratar, pues hábilmente “El Viejo”, como solían decirle, quizá por su redonda cabeza plateada, sacaba partido de sus razonamientos. No faltaban pechos cuando compraba alguna res. “Que estaba muy flaca”, “que la vaca recién parida estaba seca” y así, a su modo ranchero, aducía miles de pretextos para comprar barato.

Lo difícil para el tío venía cuando se presentaba la temporada de venta del ganado, pues haciendo “de tripas corazón”, se acercaba a su compadre Genovevo para que éste lo sacara de apuros con los compradores norteamericanos. El tal compadre “Bevo”, como le decía mi tío, era un competidor suyo en la compra y venta de animales, pero el socarrón tenía la ventaja de hablar y entender un poco de inglés, idioma que era un verdadero crucigrama para el pobre de mi tío, que en vano y por más que “parara las orejas” con los tratantes del país vecino, se quedaba en “ayunas”, es decir, sin entender absolutamente nada, pero siempre con la desconfianza latente de que Bevo lo hubiera engañado.

Una noche recién regresaban de sus labores, inopinadamente el tío notificó a mis padres que había decidido mandar a estudiar a Enrique a los Estados Unidos.

Esa noche no se me puede olvidar, pues por vez primera oí hablar a mi padre oponiéndose a la determinación de su enérgico concuño. Mi madre no pudo contener el llanto y abrazándose de Enrique volcó su sentimiento negativo.

Pero la suerte estaba echada y no había apelación posi-

ble. Enrique marcharía al vecino país del norte. Quien mandaba, así lo había dispuesto.

Al acostarnos los hermanos a lo largo del corredor, algunos en catres de lona y otros en el suelo, oíamos imperceptiblemente los gemidos de mi madre y la voz dulce y consoladora de mi padre que balbuceaba casi en secreto.

De pronto, como las tempestades que llegan sin anunciarse, se alzó la protesta. Haciendo voz de falsete, algunos de mis hermanos —¿o sería alguna de mis hermanas?—, lanzó a los aires el insulto máximo que ponía fuera de sí al tío Pedro: “viejo jorro”, (estéril) y las carcajadas repercutieron por toda la casa lastimando las paredes. De un salto y en ropas menores el tío Pedro blandió su ancho cinturón azotando a diestra y siniestra. Aquello era un maremágnum, pues en la oscuridad se movían diferentes siluetas y todas ellas, como si fueran un eco, gritaban entre risotadas y ayes lastimeros; “viejo jorro”, “viejo jorro”. Algunos pegaban la estampida para el patio o los corrales; otros buscábamos guarecernos debajo de las camas, pero la furia y la dignidad del hombre ofendido en su amor propio, por haberle negado la naturaleza aptitud para poder engendrar hijos, seguía su destructora obra. La voz ronca de la tía Virgen: “Pedro, Pedro, no hagas caso, el diablo se te ha metido en el cuerpo, ¡apacíguate, serénate!”, logró el milagro de calmar a aquella bestia enloquecida.

IX

La campiña norteña con sus áridos montes y colosales montañas, recibía jubilosa el baño luminoso de un sol que hacía descender sus rayos dorados en una mañana límpida y pura, con un cielo azul, libre de nubes impertinentes.

En caravana familiar atravesamos el pueblo de casas iguales, simétricamente alineadas, de construcción de adobe, barro y sillares amarillos, para ir rumbo a la estación del ferrocarril a esperar la llegada del tren que venía de Mé-

xico con destino a Laredo.

Dejamos atrás la plaza rumbosa, de frondosos álamos, fresnos y eucaliptos, con sus bancas de madera y su kiosco descolorido, albergue de enamorados, para persignarnos apresuradamente en las puertas de la vetusta iglesia de estilo churrigüesco —bella herencia de nuestros antepasados españoles—, yendo a desembocar finalmente, siempre por la calle principal, en los andenes mismos del ferrocarril, cuyas paralelas aceras esperaban pacientes la llegada del tren.

Enrique, el héroe de todos nosotros, y que a la sazón frisaba apenas los veinte años, se cubría su ensortijada cabellera atrigueñada con una cachucha de cuadros anaranjados y negros. Sus brillantes ojos verdes acusaban extraña inquietud. Iba cargado como un gitano con maletas y bultos que mi previsora madre había preparado con esmero. Llevaba además de su ropa y efectos personales, una canasta rebosante de naranjas, plátanos y manzanas, así como una buena provisión de tortillas de harina que en forma de “tacos”, guardaban celosamente en su vientre: huevos, chorizo o frijoles ya preparados, además de una porción de “lonches de cabrito”, suficientes para alimentar a una docena de personas. Mi madre, así, quería satisfacer los antojos de los platillos favoritos de Enrique, sin concebir su ingenuidad e ignorancia en requisitos aduanales, que tales alimentos y frutas llegarían tan sólo hasta los límites de la frontera.

El agudo silbato de la locomotora anunciando su llegada, apresuró aquella inolvidable despedida. Mis hermanas mayores engalanadas con sus vestidos domingueros, coqueteaban con los amigos de la familia y curiosos del pueblo. El tío Pedro, vestido de negro, dirigía fulminantes miradas de reproche a las más atrevidas, en tanto que mi padre y mi madre aprisionaban a Enrique entre sus brazos, hilvanándole consejos con bendiciones.

Al transcurrir de unos cuantos minutos, reglamentarios en un poblado de poca importancia, anunció el tren su partida con silbatazos cortos que taladraban las orejas. Lo que no se dijo durante la espera, en vano se pretendió hacerlo

en unos cuantos segundos. Comenzó el diluvio de abrazos, gritos, besos y recomendaciones. Mi hermano prometió escribirme estirándome la oreja, según cariñosa costumbre. Me pareció que a pesar de su atolondramiento, iba feliz.

La negra chimenea de la locomotora resoplaba enormes bocanadas de humo al cielo, y se me figuraba que hacía mover las caderas de sus carros, como mujer provocativa.

La serpiente de acero se fue alejando por los vericuetos de la serranía, dejándonos un vacío en el corazón. Extáticos contemplamos su total huida.

Aquel año no regresaría a la ciudad con mis tías y por lo mismo suspendería mis estudios. El tío Pedro, celoso de la economía doméstica y haciendo cálculos de lo que costaría la estancia de Enrique en el extranjero, quiso me quedara en el pueblo para sustituir en la parte que a mí pudiera corresponderme, el lugar del ausente. Entre los tres hermanos varones restantes nos repartiríamos el trabajo.

Mi primera ocupación por las mañanas era darle de beber agua a los marranos. Las manos no acostumbradas a trabajos violentos se ampollaban al estirar la cuerda de la noria. Eran diez cubetazos diarios. Diez viajes del balde al recipiente y diez vueltas a los "chiqueros" de aquellos cerdos glotones. Después de tan tremenda tarea viraba mis pies rápidamente hacia la mesa del almuerzo.

El tío Pedro algunas veces me ordenaba que saliera con él por las mañanas, yendo medroso a su lado a las más cercanas haciendas. Imposible de olvidar aquella ocasión en la cual me obligó a punta de chicotazos a subirme a un caballo bronco. Más tardé en posar mis sentaderas en aquella bestia salvaje, que en sentirme elevado por los aires para caer violentamente de bruces en la tierra impregnada de estiércol y pastura.

Las carcajadas de los vaqueros eran para mí como un himno a la burla. Y otra vez la demanda imperiosa de mi tío instándome a trepar nuevamente al bruto para que "me hiciera hombre". Y de nuevo, vuelta de narices por tierra causándome escoriaciones en la cara y en los brazos. Fueron inútiles mis lágrimas de niño para conmover a aquel sádico. Otra vez al caballo y por gracia de Dios, la última. Caí rebotando como un muñeco en las puertas del corral, perdiendo el conocimiento.

Cuando desperté, una mujer de la hacienda que visitábamos, con ternura maternal atendía mi cabeza ensangrentada. Volví a cerrar los ojos al respirar el aroma de un bálsamo reconfortante parecido al alcanfor. Mis oídos registraron "cuchicheos" extraños dentro del jacal y mis ojos contemplaron una escena insólita. El tío Pedro acariciaba confiadamente las amplias posaderas de la mujer, propinándole besos sonoros en la boca. Al percatarse de que lo estaba mirando, la apartó bruscamente y me dijo: "¿te sientes mejor? A ti te falta mucho para que seas machito. Levántate y vámonos". Le obedecí maquinalmente y me encaminé hacia los caballos. Todavía escuché que detrás de la puerta seguían los besos "tronados" de despedida y luego surgió la figura del tío calándose el sombrero tejano de palma. La mano que me curó, abanicó el aire diciéndonos adiós.

En el camino de regreso el tío venía taciturno. No despegó los labios hasta que estuvimos a un paso de los umbrales de la finca. Sólo musitó estas palabras: "sea hombrecito y mucho cuidado de ir a la tía con cosas".

Intuí que a pesar de todo, aquel gigante despiadado temía a la tía Virgen.

Una tarde que acompañé a mi padre al "tendajo" propiedad del tío Pedro, recibí primero que nadie una grata sorpresa: carta de Enrique.

en unos cuantos segundos. Comenzó el diluvio de abrazos, gritos, besos y recomendaciones. Mi hermano prometió escribirme estirándome la oreja, según cariñosa costumbre. Me pareció que a pesar de su atolondramiento, iba feliz.

La negra chimenea de la locomotora resoplaba enormes bocanadas de humo al cielo, y se me figuraba que hacía mover las caderas de sus carros, como mujer provocativa.

La serpiente de acero se fue alejando por los vericuetos de la serranía, dejándonos un vacío en el corazón. Extáticos contemplamos su total huida.

Aquel año no regresaría a la ciudad con mis tías y por lo mismo suspendería mis estudios. El tío Pedro, celoso de la economía doméstica y haciendo cálculos de lo que costaría la estancia de Enrique en el extranjero, quiso me quedara en el pueblo para sustituir en la parte que a mí pudiera corresponderme, el lugar del ausente. Entre los tres hermanos varones restantes nos repartiríamos el trabajo.

Mi primera ocupación por las mañanas era darle de beber agua a los marranos. Las manos no acostumbradas a trabajos violentos se ampollaban al estirar la cuerda de la noria. Eran diez cubetazos diarios. Diez viajes del balde al recipiente y diez vueltas a los "chiqueros" de aquellos cerdos glotones. Después de tan tremenda tarea viraba mis pies rápidamente hacia la mesa del almuerzo.

El tío Pedro algunas veces me ordenaba que saliera con él por las mañanas, yendo medroso a su lado a las más cercanas haciendas. Imposible de olvidar aquella ocasión en la cual me obligó a punta de chicotazos a subirme a un caballo bronco. Más tardé en posar mis sentaderas en aquella bestia salvaje, que en sentirme elevado por los aires para caer violentamente de bruces en la tierra impregnada de estiércol y pastura.

Las carcajadas de los vaqueros eran para mí como un himno a la burla. Y otra vez la demanda imperiosa de mi tío instándome a trepar nuevamente al bruto para que "me hiciera hombre". Y de nuevo, vuelta de narices por tierra causándome escoriaciones en la cara y en los brazos. Fueron inútiles mis lágrimas de niño para conmover a aquel sádico. Otra vez al caballo y por gracia de Dios, la última. Caí rebotando como un muñeco en las puertas del corral, perdiendo el conocimiento.

Cuando desperté, una mujer de la hacienda que visitábamos, con ternura maternal atendía mi cabeza ensangrentada. Volví a cerrar los ojos al respirar el aroma de un bálsamo reconfortante parecido al alcanfor. Mis oídos registraron "cuchicheos" extraños dentro del jacal y mis ojos contemplaron una escena insólita. El tío Pedro acariciaba confiadamente las amplias posaderas de la mujer, propinándole besos sonoros en la boca. Al percatarse de que lo estaba mirando, la apartó bruscamente y me dijo: "¿te sientes mejor? A ti te falta mucho para que seas machito. Levántate y vámonos". Le obedecí maquinalmente y me encaminé hacia los caballos. Todavía escuché que detrás de la puerta seguían los besos "tronados" de despedida y luego surgió la figura del tío calándose el sombrero tejano de palma. La mano que me curó, abanicó el aire diciéndonos adiós.

En el camino de regreso el tío venía taciturno. No despegó los labios hasta que estuvimos a un paso de los umbrales de la finca. Sólo musitó estas palabras: "sea hombrecito y mucho cuidado de ir a la tía con cosas".

Intuí que a pesar de todo, aquel gigante despiadado temía a la tía Virgen.

Una tarde que acompañé a mi padre al "tendajo" propiedad del tío Pedro, recibí primero que nadie una grata sorpresa: carta de Enrique.

Inesperadamente llegó al comercio el anciano cartero del pueblo, Don Jesusito, preguntando con su voz aflautada si yo estaba presente. Al saltar por encima del mostrador, encarándome, el viejo sacó de su maltrecha maleta un sobre que me entregó de inmediato. “¡Papá, papá, carta de Enrique, carta de Enrique!”, grité a todo pulmón. Mi padre, emocionado, dejó de atender a una señora moviendo contra su costumbre desafortadamente los brazos, derribando la gran botella de aceite de linaza que fue a chorrear sobre el depósito de azúcar. “Léeme la carta, pronto, qué dice, cómo está, cuándo viene”. Con mucha parsimonia y presunción —puesto que sabía leer— ante los presentes, ya que ninguno se movió, comencé a dar lectura a la misiva que me enviaba mi hermano.

Cerramos la tienda antes de la hora, pues mi padre ansiaba que todos en la casa, especialmente mi madre, se enteraran del contenido que aquel papel misteriosamente —para él— guardaba. El pobre tropezaba en el camino con sus enfermas piernas temblorosas, lamentándose profundamente de no haber tenido oportunidad de aprender a leer. “Pero tú y Enrique sí saben y tienen que ayudar a sus hermanos a ilustrarse”. Con eso se consolaba el bondadoso ignorante.

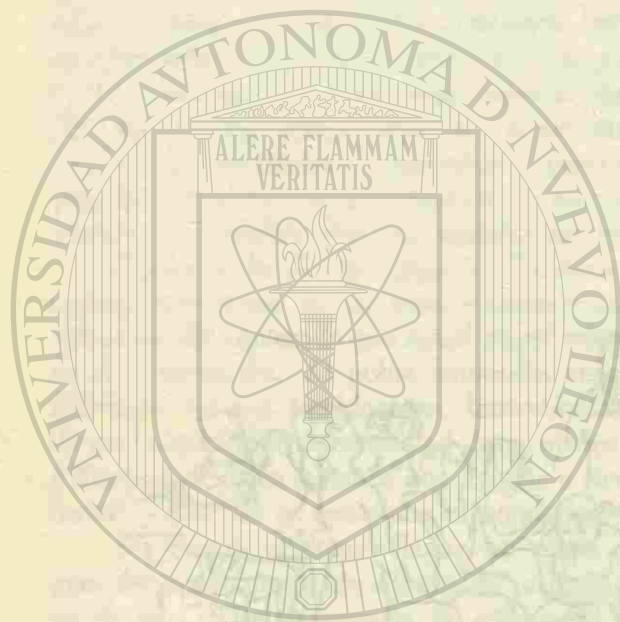
En nuestra prisa por llegar, no vimos el humo de la fogata del asado instalado afuera de la cocina, señal inequívoca de que ya se encontraba de regreso el tío Pedro, preparando personalmente algunos pedazos de carne de res para la cena.

Nos salió al paso e interpeló a mi padre sobre el motivo de tan prematuro regreso de sus obligaciones. “Carta de Enrique”, replicó papá alegremente. ¿“Y por qué desgraciados cierras el negocio”? Mi padre no contestó penetrando a la casa por la cocina a la vez que agitaba en su mano el sobre violado.

De inmediato hubo reunión de familia, esperando todos con impaciencia que “su majestad”, el tío, se dignara presidir el acontecimiento.

Entró “bufando” con su cara excitada por el coraje. ¿Por qué “diantres” no se dirige a mí? La respuesta no se





hizo esperar mucho. Fue pronta y seca. La garganta bronca de la tía Virgen, barboteó: "Porque tú no sabes leer, animal, apenas si sabes contar". La mecha se encendió y empezó la trifulca con insultos gruesos.

La tía Virgen pocas veces "echaba su cuarto a espadas" y cuando esto sucedía aquello se convertía en un manicomio. Los bigotes ralos y negros de la tía, temblaban de rabia, dándole a su moreno rostro un aspecto diabólico.

Tras la tempestad venía la calma. Los ojos enfurecidos de ambos se enviaban mensajes vengativos, mientras yo daba lectura a los episodios narrados por Enrique en su aventura.

El olor de la carne asada se nos metía por las fosas de la nariz, mientras el apetitoso manjar, se retorció en la parrilla del asador, lubricando las glándulas salivales.

La salsa de tomate con chile "piquín" del monte alegraba las tortillas recién salidas del "comal". La carne jugosa era agujoneada y devorada por incisivos hambrientos. "Panza llena, corazón contento". Tras la opípara cena, los comentarios de sobremesa. Enrique era el tema.

Arriba, en el cielo, las estrellas hacían guiños a la luna.

XII

Enrique sufría penalidades por el desconocimiento absoluto del idioma. No sé quién le recomendó al tío un Colegio para Administradores de Negocios en Filadelfia y hasta esas latitudes fue a parar mi hermano. Desesperadamente decía en sus cartas que el inglés "no le entraba", a lo cual agregaba como comentario el tío, "nada más falta que a este bruto se le olvide el español para que se quede mudo".

Me escribía que había cultivado amistad con un muchacho cubano compañero de estudios y al cual se pegaba como el náufrago al salvavidas, pues el caribeño ya "masticaba" algo de inglés.

Me relató también todos los incidentes del viaje hasta su llegada. Sus angustias principiaron al cruzar la frontera,

precisamente al hacer el transbordo del tren que debería llevarlo a su destino. Para su buena fortuna uno de los empleados era de ascendencia mexicana y al darse cuenta de los apuros de Enrique, en español, le explicó los movimientos que debería hacer al llegar a las siguientes ciudades; qué número de tren debería abordar, a qué horas, y en fin, procuró orientar al "pobre gallo que andaba en corrales ajenos". Antes de despedirse le colocó un tarjetón en la solapa del saco, a guisa de bulto de express, diciéndole que se lo enseñara a los subsiguientes empleados, pues allí estaban escritas en inglés las instrucciones para "dejar el paquete en su destino".

"Cuando llegué a la estación de Filadelfia, aquello me pareció un manicomio, multitudes abigarradas, gentes de todos colores hablando y parloteando. Me quedé inmóvil, asustado, dejándome llevar por aquel río de gente, sin oponer resistencia. No sabía qué hacer, ni a quién recurrir, me creía perdido en un mundo extraño. Estaba petrificado, sin ver, ni oír, exactamente a media calle de una gran avenida. Muchos y gigantescos centinelas de cemento y acero contemplaban mi tragedia. Los coches que casi no conocía, se multiplicaban saliendo de todas partes, haciendo lo imposible por no atropellarme. Vagamente recuerdo sonidos estridentes de claxons e imprecaciones violentas de sus conductores".

"Mudo de espanto me quedé cuando dos vigorosos brazos me levantaron en vilo, salvándome quizá de una muerte violenta, para depositarme en la orilla de la banqueta. Era un policía. Oía que me hablaba en tono de regaño, pero al verme convertido en un idiota, optó por llevarme a una delegación policíaca cercana. Al llegar ahí habló con unos hombres sin uniforme, los cuales me sentaron en una banca y desprendieron de mi brazo la única maleta que me quedaba, pues de los demás bultos ni supe, vaciando su contenido en un escritorio".

"Curiosearon un buen rato con mis pertenencias. Yo los veía como un autómatas, sin poder mover un dedo. El más joven de ellos se me acercó. Empezó a hablarme pausadamen-

te, con una voz serena y calmada. Sus ojos azules se posaron tranquilamente en los míos y comprendí en ese instante que aquel bondadoso hombre no me iba a hacer ningún daño, por lo contrario, quería ayudarme. Empecé a tartamudear y volviendo de mi ensimismamiento le dije que era mexicano, que iba a estudiar en el Colegio Comercial de Administradores. Se quedó, ahora él, perplejo. No conocía el idioma —"Are you mexican boy?"—, sin entender, le respondí que sí. Me preguntó algo del pasaporte y saqué de inmediato el mío de la bolsa secreta del saco. Afortunadamente allí venía un papel con el nombre de la Escuela y en seguida en un coche de la policía me llevó hasta las puertas del plantel. Me acompañó al interior del edificio y después de hablar con una persona, aguardamos la llegada de Mr. Williams, el Director. Pasé de unos ojos que irradiaban ternura, a los fríos y duros de quien iba a ser uno de mis maestros".

Después Enrique me relataba sus primeras experiencias, sus impresiones de los demás internados y la naciente amistad con aquel cubanito que le servía de intérprete y al cual recurrió inicialmente Mr. Williams para hacerse entender.

Daba compasión leer las primeras cartas de mi hermano. Pero yo sabía que poco a poco tendría que salir adelante. En las noches rezaba por él, pidiéndole a Dios que lo cuidara. Mi madre estaba inconsolable. Muchas veces la sorprendí llorando en silencio...

A veces por las tardes acompañaba al tío Pedro por los sembradíos y potreros cercanos. "Al ojo del amo engorda el caballo", solía decir sentenciosamente.

Encorvados sobre los surcos, los peones sepultaban la simiente. El tío, para no perder la costumbre, se apeaba del caballo y personalmente vaciaba en aquellas hondonadas lineales, los granos prometedores. Cosechaba maíz, frijol y tri-

go de preferencia, aunque había también algunos pequeños huertos de vegetales y verduras.

En la orilla del río en forma desordenada, bailoteaban con sus penachos esmeralda las varas verdes, amarillas y moradas de las cañas de azúcar.

Las épocas de "molienda" eran todo un acontecimiento. En estas faenas participaba toda la familia. Mis hermanos desatendían momentáneamente sus quehaceres en los campos, para ayudar en estos menesteres.

Unos engranes impulsaban dos lisos rodillos de fierro puestos en movimiento por algún animal de tiro sujeto a un largo palo, quien daba vueltas que se antojaban interminables. Así, con este procedimiento rudimentario, se extraía el jugo de la caña, que se convertía en una deliciosa bebida: el "aguamiel".

Merced al cocimiento de este líquido hasta un "punto" determinado, observado y calculado por un perito en esta materia: el tío Pedro, se obtenían los deliciosos "piloncillos" que eran vaciados en moldes de barro parecidos a un cono.

Mis hermanas gozaban en estas faenas vigilando los "peroles" de cobre, llamando a gritos al tío cuando calculaban que ya estaba en "su punto" aquella miel.

A veces se agregaban en los "peroles" corazones de nuez, siendo el "piloncillo de nuez" un dulce agradabilísimo al paladar.

Estas tareas se combinaban con las "calabazas en tacha" y los riquísimos "gajos de naranja agria" bañados por la miel de caña.

Mi madre, mis hermanas y a veces hasta la tía Virgen envueltas en llamativos "delantales", parecían hormiguitas laboriosas que se movían de un lado a otro impulsadas por una sana alegría. Ver así a los miembros de la familia era una bendición. Se olvidaban rencillas y todo mundo estaba de buen humor. "chupándose los dedos" con fruición.

La ausencia de Enrique ensombrecía aquellos días placenteros en los cuales se olvidaba todo lo malo.

Al caer el sol regresábamos en grupo a la cercana casa,

listos a devorar los cabritos que llevábamos preparados para asar. Era uno de nuestros alimentos predilectos que repetíamos con frecuencia en guisos diferentes.

Cada noche después de la cena, el tío me pedía las cartas de Enrique y se quedaba mirándolas, ansiosamente, como pretendiendo inútilmente desentrañar su contenido. Habían pasado varios meses de su partida y pronto se acercaban las fechas angustiosas de la venta del ganado. Necesitaba urgentemente que alguien lo auxiliara pues quería a toda costa prescindir de los servicios de su compadre "Bevo". Desesperado me mandaba llamar y me daba instrucciones para que yo se las transmitiera a Enrique. "Dile que aprenda pronto, que me está costando mucho el Colegio. Por lo que respecta al dinero que pide para la ropa y libros indícale que se aguante y que vaya a leer a las bibliotecas o como se llame".

Y dile esto y lo otro, pero siempre negándose a mandar más dinero que el absolutamente preciso y exacto de su colegiatura.

Yo comprendía, porque así me lo decía Enrique en sus misivas, que necesitaba estar más o menos bien vestido, pues le daba vergüenza andar como pordiosero siempre con la ropa ajena de su amigo el cubano.

Por más que intercedía en las pretensiones justas de Enrique, el tío movía negativamente la cabeza "terco como una mula".

Yo deseaba que "volaran los días". Lo quería porque así cesarían las penalidades de mi hermano y las aflicciones de mi madre. Pero aún faltaban por pasar acontecimientos imborrables.

XIV

Para los ocho meses de estancia en Filadelfia, Enrique había dejado de ser el joven tímido y atolondrado que delataban sus primeras cartas.

Ya conocía en parte la ciudad y se consideraba un experto en "torear" automóviles. Los domingos previo permi-

so del Director, se marchaba con varios compañeros rumbo al puerto fluvial. Hacían excursiones en lancha por el enorme río viendo pender sobre sus cabezas el enorme y gigantesco puente colgante. En ocasiones iban a lonchar al majestuoso Fairmount Park, lugar en donde comenzó para Enrique su gran aventura.

Llegó una carta que leí parcialmente a los familiares. A pesar de que venían “muchas letras”, como lo apuntó al notar su brevedad el tío Pedro, era imposible para mí revelar lo que confidencialmente relataba mi hermano.

“Estoy enamorado. Pero terrible y locamente enamorado. Alicia es trigüña, aperlada. Largas crenchas doradas caen sobre sus hombros en catarata triunfal. Ojos azul claro, nariz pequeña y coqueta. Labios francamente sensuales e incitantes, rojos y jugosos como la granada. Su carácter alegre, abierto, despreocupado, con esa insolencia cruel de quien se sabe joven y hermosa. Cuerpo de estatua. Demasiado perfecto para su edad”.

“Cuando mis ojos de aturdido y sencillo aldeano aun inocentes y puros, tuvieron la osadía de mirarla, y ella la ocurrencia de clavar los suyos en los míos, a partir de ese instante sin haber cruzado una palabra, fui y soy suyo”.

No tenía remedio. Enrique estaba perdido. Aquel mocetón, ignorante aún de las lides del amor, iba a librar su primera batalla.

Las cartas se sucedían unas a otras haciendo sospechar al tío Pedro y a mis padres, pero principalmente a mi madre, que aquella parquedad de noticias para ellos, no era normal, a pesar de mis esfuerzos en urdir historias que fueran de interés familiar.

“Algo le pasa a Enrique”, decía mi madre dejándose llevar por ese instinto maternal que nunca se equivoca.

A veces para disimular y sin despegar mis ojos de la carta, inventaba nombres de compañeros y maestros, describía las aulas de estudio, las recámaras, los campos deportivos, procurando agrandar lo que Enrique someramente mencionaba. Mi pobre cabeza tenía que trabajar de prisa para

ocultar el verdadero motivo.

Muy pronto Enrique me iba a poner en “tales aprietos” que no tuve más alternativa: convertirme en su cómplice.

XV

“Unos señores quieren ver a Don Julito y Doña Julita”, anunció la voz gangosa de Panchita la fiel y vieja sirvienta.

Escuché un raro murmullo que partía de una de las recámaras de mis hermanas, luego unas risitas nerviosas, coincidiendo todo esto con la súbita palidez de Julia, mi hermana mayor, que a la sazón se encontraba sentada en una vieja mecedora del recibidor.

“Que pasen”, ordenó obsequiosamente el tío Pedro, levantando su vista de unas fotografías de Filadelfia que había tenido la buena ocurrencia de mandar Enrique y las cuales, aclaraba, se las habían regalado.

Traspusieron el umbral de la puerta entornada, tres figuras masculinas. Iban contra su costumbre, ataviadas con sus mejores prendas domingueras.

Julia salió precipitadamente de la estancia rumbo a las recámaras.

Cambiados los saludos de rigor e invitados a tomar asiento, merced a una fulminante mirada que me dirigió el tío Pedro, desaparecí del lugar yendo a reunirme con mis hermanas que “cuchicheaban” en las habitaciones contiguas.

Por lo que pude ver y lo mucho que pude oír, aquella sorpresiva visita iba nada menos que en “comisión” para “pedir” la mano de mi dulce hermana Julia. Aquella misteriosa y reservada muchacha nos iba a dar oficialmente el título de “cuñados” y más adelante el de “tíos”.

Faltó un “pelito” para que “se tirara la manteca” y el tío Pedro lo echara todo a perder.

Voluntarioso y celoso como si fuera el propio padre, interpeló a los visitantes molestándolos con preguntas groseras

sobre "si el pretendiente era honrado y hombre suficiente para mantener a mi hermana". Uno de aquellos señores se atrevió a decirle: "Mire don Pedro, venimos a pedir el consentimiento de los padres y queremos en su caso, la opinión y anuencia de ellos, no la suya". Aquello dejó herido al león. Por unos instantes pensamos que no habría casamiento, pero la voz de la madre se dejó escuchar melosa y lastimeramente en defensa y por la felicidad de la hija. Ellos estaban de acuerdo en el matrimonio de Julia. No se escuchó una palabra más. El tío, ya sin otra salida y para recuperar su autoridad momentáneamente perdida, replicó, "Buenas noches caballeros, ya les mandaremos avisar la fecha que fijaremos para la boda". Todos se levantaron estrechándose las manos, excepto la tía Virgen que seguía como clavada en su sillón. Parecía una momia nostálgica pensando quizá en la partida de una hija que no pudo ser.

Aquella noche al acostarnos, las muchachas estaban inquietas comentando en voz baja el acontecimiento. Los "chistidos" del tío Pedro pusieron un manto sobre sus bocas.

Al amanecer unos pasos inquietos me despertaron. Eran los de mi madre. Llevaba en sus manos una vasija humeante envuelta en una toalla. Olguita, la más chica de mis hermanas, que me seguía en edad, estaba ardiendo en calentura.

XVI

Enrique peligrosamente se hundía cada vez más. "Ella recorrió el velo de mi inocencia. Me abrió las puertas del amor. El amor dulce y amargo. Placer y sufrimiento".

"Juntar mis labios a los de la mujer amada, sentir su propio estremecimiento, el susurro de su respiración anhelante, la tersura de sus labios en flor. El leve rozar de mi rostro en sus cabellos perfumados. El tierno mirar de sus ojos brillantes y enigmáticos. Llenar con mis brazos su cuerpo tentador y fragante; estrecharlo suavemente y luego mirar en sus ojos la invitación...".

A gritos, porque también así se escribe, Enrique demandaba más y más dinero. Tenía la urgente necesidad de proveerse para seguir alimentando aquella terrible pasión que lo consumía.

Y lo que tenía que pasar, sucedió.

Concedor de la ignorancia del tío, pero sabedor también de su malicia, se arriesgó a "jugar una carta" decisiva. Era necesario que yo me prestase al juego.

No tuve más remedio que aceptar comprendiendo el grave estado anímico de mi hermano, creyendo con esto salvarlo de cometer algún delito. Por otra parte, la idea de "sacarle" dinero al avaro de mi tío, me causaba una morbosa e íntima satisfacción.

"Tío, tío, carta de Enrique". Y de nuevo presidiendo el consejo familiar, el patriarca escuchaba.

"Dile a mi tío Pedro que ya muy pronto regresaré, además de saber hablar y escribir el inglés, he aprendido muchas cosas para ayudarlo a llevar más en orden sus negocios, haciéndole economías considerables". Al entender el hombrón que Enrique le iba a ahorrar dinero, le chispeaban los ojos alegremente haciendo guiños de aprobación.

"Dile también, por si le interesa, que acaba de llegar a Filadelfia un profesor de idiomas que enseña a hablar a los perros. Muchos de los ricos de por acá están muy entusiasmados llevándolos a inscribir".

"Ojalá que la tía Virgen quisiera desprenderse por una corta temporada de 'Cazador'. Estoy seguro, ya que le tiene tanto cariño, que le gustaría verlo hablar como nosotros y platicar con él".

El dardo dio en el talón de Aquiles. De soslayo percibí en el rostro de la tía, reflejada una de sus muy contadas sonrisas.

"En caso de que les convenga (aquí ya escribía en plural) hazles ver que la matrícula es limitada y pronto se va a cerrar, abriéndose quizá de nuevo hasta el próximo año".

Terminaba su audaz carta diciendo:

"Saludos cariñosos para todos. Muchos recuerdos y be-

sos a mamá. No se te pase felicitar a Julia en el día de su boda, sintiendo mucho no poder estar presente”.

Por breves instantes la expectación reinó en la sala. La estancia transpiraba una atmósfera de suspenso.

“Es increíble. No es posible eso que dice Enrique” tartajó trémulo el tío.

De mi propia cosecha, agregué: “Usted se imagina tío, a ‘Cazador’ hablando, le ahorraría muchas vueltas y sobre todo sería un espía ideal para vigilar a los peones en sus trabajos”.

Aquella *leña* avivó aún más el fuego del entusiasmo. La decisión fue pronta sin darle margen a la reflexión.

“Ahorita mismo le escribes a Enrique pidiéndole más informes y preguntándole cuánto cuesta la “enseñada del perro”. Un rictus de codicia asomó en aquel semblante de duro continente. En seguida, dirigiéndose hacia mis demás hermanos, agregó: “Y ustedes mucho cuidado con decir a nadie que ‘Cazador’ va a hablar como la gente”. “Es necesario que todos guardemos absoluta reserva”, apuntó con énfasis dramático.

Sólo Dios sabía lo que aquella mente elucubraba. La imaginación, con su corte de fantasías, había capturado una presa fácil.

Los ojillos secos y apagados de la tía Virgen, brillaron con una luz desconocida. Yo adivinaba que en esa forma singular, daba el respaldo a las palabras del tío y consecuentemente, su más amplia aprobación.

La suerte estaba echada.

XVII

En vísperas de la boda todo era algarabía en la casa.

Mis hermanas adornaban las paredes de por sí elegantes del corredor, según mi parecer, con listas kilométricas de colores azul y blanco, ya que esta combinación era la divisa de “Las hijas de María”.

Unos trabajadores “especialistas” cubrían el rojizo piso de cemento con metros interminables de manta blanca.

Cada arco de aquel majestuoso corredor ostentaba también gigantescos “moños” de tela azul y blanca, en serie alternada, sujetando cada uno de ellos gladiolas amarillas, rojas, lilas y anaranjadas.

Tiestos de flores en una variedad infinita, formaban valla a todo lo largo, cual firmes soldados abigarrados. Sillas de madera en numeración progresiva, esperaban inmutables a todos los invitados.

Contrastando con la alegría de las risas y el ajeteo, una de las recámaras permanecía cerrada. En su interior, dos personas mirándose en silencio presintiendo lo inevitable, sufrían: Olguita, que continuaba enferma y cada día peor y mi santa madre, mártir abnegada. Aquel cuadro era doloroso. Mi hermanita seguía postrada y con altas temperaturas. El médico traído especialmente hablaba de fiebre reumática complicada con otras afecciones difíciles de explicar. Se concretó a recetar algunos medicamentos que personalmente fui a traer a la ciudad en viaje especial, deteniéndome por breves minutos en la casa de mis tías, portando saludos de mis gentes y con el encargo de recordarles no faltaran a la fiesta de bodas de Julia.

Los trinos de los canarios y los zenzontles, en escalas armoniosas, anunciaron la llegada del gran día.

Comenzaron las carreras y las precipitaciones: que el vestido de la novia, que la corona de azahares y todas esas pequeñas y grandes cosas que suceden en los momentos previos de todos los matrimonios del mundo.

La “nota negra” estuvo al borde de causarla el tío Pedro. Terco y obcecado, se empeñaba a entrar en el templo del brazo de Julia para entregarla a su prometido, tarea que la costumbre ha impuesto al padre. De nueva cuenta la tía Virgen evitó el escándalo, frustrando las intenciones de aquel padre “postizo”.

La ceremonia con música sacra de fondo, estuvo lucidísima. No cabía ni una sola alma en la única nave de la vieja Iglesia. Tal parecía que todo el pueblo se había dado

sos a mamá. No se te pase felicitar a Julia en el día de su boda, sintiendo mucho no poder estar presente”.

Por breves instantes la expectación reinó en la sala. La estancia transpiraba una atmósfera de suspenso.

“Es increíble. No es posible eso que dice Enrique” tartajó trémulo el tío.

De mi propia cosecha, agregué: “Usted se imagina tío, a ‘Cazador’ hablando, le ahorraría muchas vueltas y sobre todo sería un espía ideal para vigilar a los peones en sus trabajos”.

Aquella *leña* avivó aún más el fuego del entusiasmo. La decisión fue pronta sin darle margen a la reflexión.

“Ahorita mismo le escribes a Enrique pidiéndole más informes y preguntándole cuánto cuesta la “enseñada del perro”. Un rictus de codicia asomó en aquel semblante de duro continente. En seguida, dirigiéndose hacia mis demás hermanos, agregó: “Y ustedes mucho cuidado con decir a nadie que “Cazador” va a hablar como la gente”. “Es necesario que todos guardemos absoluta reserva”, apuntó con énfasis dramático.

Sólo Dios sabía lo que aquella mente elucubraba. La imaginación, con su corte de fantasías, había capturado una presa fácil.

Los ojillos secos y apagados de la tía Virgen, brillaron con una luz desconocida. Yo adivinaba que en esa forma singular, daba el respaldo a las palabras del tío y consecuentemente, su más amplia aprobación.

La suerte estaba echada.

XVII

En vísperas de la boda todo era algarabía en la casa.

Mis hermanas adornaban las paredes de por sí elegantes del corredor, según mi parecer, con listas kilométricas de colores azul y blanco, ya que esta combinación era la divisa de “Las hijas de María”.

Unos trabajadores “especialistas” cubrían el rojizo piso de cemento con metros interminables de manta blanca.

Cada arco de aquel majestuoso corredor ostentaba también gigantescos “moños” de tela azul y blanca, en serie alternada, sujetando cada uno de ellos gladiolas amarillas, rojas, lilas y anaranjadas.

Tiestos de flores en una variedad infinita, formaban valla a todo lo largo, cual firmes soldados abigarrados. Sillas de madera en numeración progresiva, esperaban inmutables a todos los invitados.

Contrastando con la alegría de las risas y el ajeteo, una de las recámaras permanecía cerrada. En su interior, dos personas mirándose en silencio presintiendo lo inevitable, sufrían: Olguita, que continuaba enferma y cada día peor y mi santa madre, mártir abnegada. Aquel cuadro era doloroso. Mi hermanita seguía postrada y con altas temperaturas. El médico traído especialmente hablaba de fiebre reumática complicada con otras afecciones difíciles de explicar. Se concretó a recetar algunos medicamentos que personalmente fui a traer a la ciudad en viaje especial, deteniéndome por breves minutos en la casa de mis tías, portando saludos de mis gentes y con el encargo de recordarles no faltaran a la fiesta de bodas de Julia.

Los trinos de los canarios y los zenzontles, en escalas armoniosas, anunciaron la llegada del gran día.

Comenzaron las carreras y las precipitaciones: que el vestido de la novia, que la corona de azahares y todas esas pequeñas y grandes cosas que suceden en los momentos previos de todos los matrimonios del mundo.

La “nota negra” estuvo al borde de causarla el tío Pedro. Terco y obcecado, se empeñaba a entrar en el templo del brazo de Julia para entregarla a su prometido, tarea que la costumbre ha impuesto al padre. De nueva cuenta la tía Virgen evitó el escándalo, frustrando las intenciones de aquel padre “postizo”.

La ceremonia con música sacra de fondo, estuvo lucidísima. No cabía ni una sola alma en la única nave de la vieja Iglesia. Tal parecía que todo el pueblo se había dado

cita para no perder detalle del casamiento.

Abajo del portal y en el jardín, se sirvió la espléndida, abundante y diversa comida. Había “barbacoa de cabeza de res”, “cabrito asado”, “machacado con huevo”, “cabrito en su sangre o fritada”, “carnita de puerco al estilo Jalisco”, “gallina en mole poblano”, “menudo” y muchos suculentos platillos. Todo esto acompañado con exquisita cerveza de la región.

El tío Pedro andaba más alegre que “unas castañuelas”. Se prodigaba atendiendo a los invitados con una satisfacción completamente desconocida para mí. Pensaba, para mis adentros, que aquel hombre nos quería en verdad, tal como si fuéramos sus verdaderos hijos. Me reprochaba juzgarlo tan duramente y aunque me pesara recordarlo, volví a vivir aquella escena que me tocó presenciar en las puertas de una miserable choza de las rancherías circunvecinas. Fue tan rápido, que no alcancé a concebir en su grandiosa magnitud, aquellas palabras de una anciana andrajosa, que saliéndonos al paso, se abrazó de una de las piernas del tío, diciéndole: “Don Pedro, Don Pedro, muchas gracias por lo que hizo por nosotros. Dios lo bendiga”. El tío, apartando a la vieja sin pronunciar palabra, fustigó el corcel para proseguir la marcha. Silenciosamente lo seguí, zumbándome en mi cerebro las frases que acababa de escuchar y no acertaba a comprender.

Los novios, defendiéndose de los puñados de arroz que arrojaban alegremente las amistades, decían “adioses” interminables entre risas y abrazos. Por fin se fueron a cumplir con su destino.

El bullicio se fue apagando. También una luz se extinguía paulatinamente en el interior de la casa. Olguita seguía grave.

XVIII

Tras la respuesta de Enrique muy temprano embarca-

mos con todas las comodidades y precauciones a “Cazador”. La tía Virgen lo despidió con mimos y besos como si se tratara de un hijo que fuera a la guerra.

Por la tarde nos sorprendió la inesperada visita de don Esteban, el profesor del pueblo, quien previamente había sido mandado llamar por el tío Pedro. Adiviné el motivo de su presencia y me dio un brinco el corazón de sólo pensar que el tío pudiera leer las cartas de Enrique y descubrir el secreto.

No estaba equivocado. El tío había decidido aprender a leer y a escribir. “Es una vergüenza —nos dijo—, que el perro pronto vaya a saber hablar y yo ni siquiera sepa leer”.

En los días siguientes recibimos unas bellas postales de Julia. Guadalajara, México, Acapulco. ¡Maravillas de la tierra mexicana!

También hubo noticias de Enrique. “Dile al tío Pedro que “Cazador” ya está en la escuela de perros. El profesor me dijo que era muy inteligente pues ya había aprendido a “deletrear”. Es necesario que envíe cincuenta dólares más de lo previsto, porque está necesitando una alimentación especial que lo ayudará en sus tareas”.

Enrique no perdía tiempo en “extraer el oro de la mina” y escribía casi a diario.

“Ya pronunció sus primeras palabras. Ya no ladra, ahora habla. Me dijo que saludara a la tía Virgen y al tío Pedro, y les mandara cariñosos recuerdos”.

Aparejada venía la demanda de más dinero.

“Hoy salí con “Cazador” para enseñarle la ciudad. Le compré unos chocolates que me dijo le habían gustado mucho”. El pobre “ya brincaba” por regresarse al pueblo. Me prometió estudiar con ahinco para graduarse lo antes posible. Siente nostalgia por las caricias de la tía Virgen”.

Quien sin duda sentía nostalgia y no precisamente por las caricias de la inocente tía, era el insensato de Enrique. Su amor volcánico había llegado a su clímax, derrochando todo el dinero en satisfacer los caprichos de aquella “vampiresa” que lo tenía preso en sus redes.

Ya le había advertido el peligro que corríamos, pues el tío Pedro con delirante entusiasmo aprendía rápidamente haciendo progresos reales.

A veces me acusaba la conciencia de seguir haciéndole el juego a mi hermano. Me dio coraje y tristeza al enterarme de que "Cazador", no bien había llegado, cuando fue "despedido" con ciega y jubilosa patada que le propinara Enrique. Aquel can había ido a sumarse a los millares de perros vagabundos de Filadelfia. No concebía en mi hermano aquella falta. Siempre había demostrado tener un corazón de oro para con los animales. La verdadera culpable era ella.

XIX

Por la madrugada abordé el tren que iba a la ciudad con el encargo urgente y desesperado de traer al doctor, pues Olguita había entrado en agonía.

Al sentarme en las duras butacas de barrotes y ya casi en marcha el tren, vi pasar por fuera de la ventanilla una cabeza canosa que se movía precipitadamente. Era el tío Pedro en persona que se había decidido acompañarme a última hora.

Tomó asiento a mi lado respirando fatigosamente. Creía notar en su cara señales de abatimiento y debilidad.

En el camino, sus redondos ojos horadaban el firmamento. Iba pensativo y triste. Yo no me explicaba el cambio que se había operado en aquel vigoroso hombre.

Mi sorpresa creció cuando comenzó a hablar, alarmándome francamente al oírle una voz que no parecía la suya. Las palabras sonaban quebradas y huecas.

Se lamentaba de la cruel enfermedad de Olguita, creyendo que no se salvaría. "Ojalá Dios nos haga un milagro y sane a la criaturita", exclamó emitiendo un gran suspiro.

En varias ocasiones el tío Pedro había demostrado únicamente para mi hermanita enferma, una especial predilec-

ción. Mis otras hermanas celosas de tal preferencia, le decían "la consentida" del tío.

Lo cierto era que aquella muralla se derrumbaba, tocándome a mí presenciar el principio de su caída. Continuó haciendo confidencias como si hablara consigo mismo, sin voltear a verme. Decía que se sentía él también enfermo y aunque nunca había "ocupado" a los doctores, ahora aprovecharía el viaje para hacerlo. Distraidamente hablaba casi en secreto con los ojos fijos en el cielo, tal como si estuviera confesándose con el mismo Dios.

Sólo unas cuantas horas permanecemos en la ciudad, regresando en el tren de la tarde, acompañados del médico y otro facultativo especialista amigo suyo.

Después de examinar detenidamente a la enfermita, acordaron trasladarla de inmediato a un hospital, para lo cual se hicieron los arreglos necesarios acompañando a Olguita mi madre y una de mis hermanas. Los profesionistas abrigaban esperanza de salvarle la vida al tenerla en un centro de salud, donde los elementos y auxilios estuvieran a la mano.

A media noche regresamos nuevamente a la casa después de acompañar a la comitiva.

El tío en lugar de irse a dormir, se arrellenó en uno de los sillones del portal mirando las estrellas que brillaban en el cielo. Al notar que yo estaba cerca de él, acarició por primera y única vez en su vida mi cabeza, y exclamó sordamente: "Tú, hijo, eres tan pequeño como Olguita. Los niños tienen derecho a vivir la vida. No es justo que la muerte se los lleve. Daría mi vida por la salvación de la "coyotita" (*). Yo ya estoy viejo y cansado, he vivido mucho y Dios me ha favorecido siempre. No pido, ni ambiciono más".

"Me gustaría morir en un día fresco y nublado. Esos han sido los días en que más suerte he tenido en los negocios".

De repente calló. Sus ojos se humedecieron dejando escapar dos lágrimas temblorosas.

Incrédulo y avergonzado me alejé en silencio respetando

(*) En el norte de México se da este nombre al miembro más pequeño de la familia.

el dolor de un hombre.

XX

Enrique regresaba. El tío Pedro orgullosamente leyó en voz alta la carta dirigida a su nombre.

“Anoche, después de la brillante graduación en la cual sacó el primer lugar ‘Cazador’, me lo llevé al cine para que mirara y oyera una película mexicana. Estaba gustosísimo. Me encargó de comunicarle que lo felicitara a usted por haber aprendido a leer y a escribir. También me suplicó que agregara unos dólares ‘extras’ al valor de los pasajes, pues quería hacerle un obsequio al Profesor, así como comprarles algunos regalos a sus compañeros de Escuela. El pobre lloró de emoción al recibir su diploma, diciéndome que ese sería su mejor presente para la tía Virgen”.

Y por allí la sarta de invenciones y boberías salidas de la imaginación de mi hermano.

Aún no me explico tamaña candidez del tío en “tragarse” las mentiras, sin dar asomos de sospecha. A pesar de su notable cambio temía fundadamente de lo que fuera a ocurrir cuando llegara Enrique sin “Cazador”.

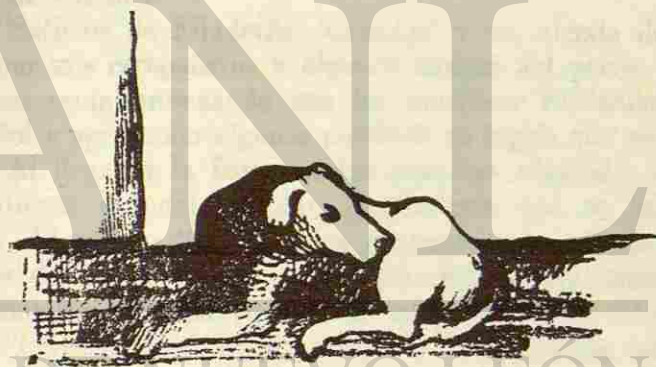
Por mi parte, también recibí las últimas noticias. Sus letras estaban preñadas de amargura. Su gran amor lo había traicionado abandonándolo por su amigo el cubano.

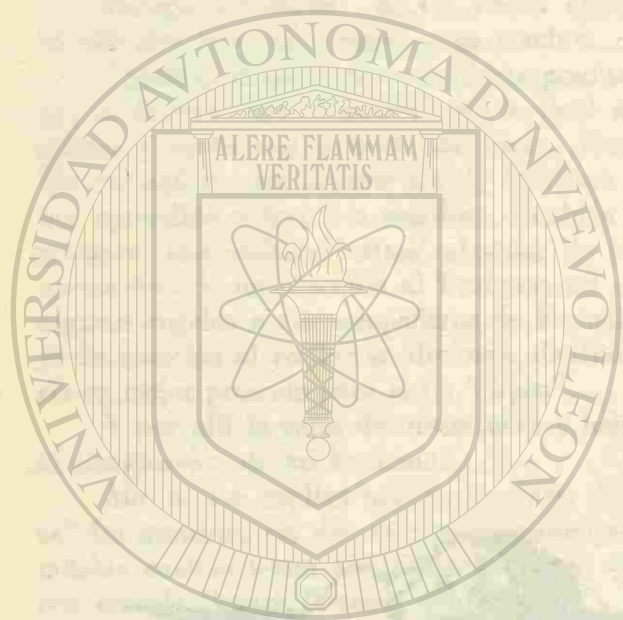
“Sufro y me arrepiento por todas las locuras que cometí. Me ha quedado en el alma una huella amarga. Su traición dejó una marca indeleble: la primera herida en mi corazón”.

Este era el corolario cursi de quien había jugado con fuego olvidándose de sus principios honestos, para perderse en el callejón oscuro de la pasión.

En tropel nos lanzamos a la estación a esperar la llegada de Enrique. El tío Pedro daba muestras de gran nerviosidad.

Por fin escuchamos en la lejanía el aullido doloroso de





la locomotora. Se acercó rápidamente para aminorar su marcha antes de llegar a los andenes.

El tren había llegado trayéndonos al hermano ausente. ¡Once largos meses habían transcurrido!

¡Enrique!, ¡Enrique!, clamamos jubilosos cuando vimos aparecer su ensortijada cabellera. Venía más alto y grueso. Abrazos, besos y la pregunta obligada:

—¿Dónde está “Cazador”?

“De eso quería hablarle tío”. —¿Dónde está “Cazador”? volvió a tronar imperiosa la voz del tío, tornándose su rostro escarlata.

Por esos instantes volvió a ser el de antes. Mi pensamiento vislumbró intenciones homicidas. Aquello acabaría mal.

Apartándolo de nosotros, Enrique empezó a gesticular desesperadamente. Con sigilo me coloqué a espaldas del tío. Enrique hablaba.

“Salimos de Filadelfia ‘Cazador’ y yo, siendo despedidos por mis compañeros y algunos amigos del perro. En el camino venía bromeando con los pasajeros hablándoles en español y agregando algunas palabras en inglés que yo le decía. Al llegar a la frontera, los guardias aduanales se sorprendieron oyéndolo hablar, pidiéndome que se los vendiera. El propio ‘Cazador’ les contestó una serie de majaderías diciéndoles que no era “mercancía” para venderse y mil tonterías más que produjeron carcajadas entre ellos.

“Cerca de aquí, en la parada de Cerro Grande, me dijo: —Oye Enrique, no seas ‘agarrado’ y cómprame un ‘lonche de cabrito’ porque tengo mucha hambre. Después de engullirse dos lonches, se ‘echó’ tranquilamente en el asiento sin dejar de hablar y ‘vacilar’ con los pasajeros, diciéndoles tantas ‘picardías’, que no sé de dónde las sacaría”

“Al arrancar el tren me espetó de repente: —Cómo quisiera estar ya en la casa. Te aseguro que voy a vivir como un Rey. Le voy a sacar al tío Pedro un platal para largarme, pues ni crea que voy a vivir en un ‘mugroso’ rancho. ¿Y por qué le vas a pedir dinero?, le contesté yo. —En primer lugar, porque yo sé muchas cosas de él y se las voy a platicar

a la tía Virgen. En segundo, porque era muy malo conmigo y me daba patadas. Por eso tengo muchas ganas de vengarme. ¿Y qué le vas a contar a la tía Virgen? —Pues le voy a “chismear” que tenía varias queridas por las rancharías y que en las noches se levantaba para acostarse con Chonita la criada. De inmediato le repliqué, conminándolo a que no fuera a hacer eso. No me hizo caso, se rió y se burló de mí. Entonces me dio tanto coraje con el “desgraciado”, que lo arrojé por la ventanilla del tren estrellándolo contra las rocas”.

—“Perdóneme tío, no sé si hice bien o mal al matarlo”.

Confuso y aturdido contestó el tío Pedro:

—Hiciste muy bien, sobrino.

Al regresar a la casa el propio tío inventó a su vez una historia. Le dijo a la tía Virgen que el pobre “Cazador” se había envenenado con una mala comida en el camino, pero que fue auxiliado por un cura viajero en sus últimos momentos, musitando para ella (como le dijo Enrique) sus últimas palabras.

La pobre vieja lloró como una “Magdalena”.

La conciencia “nunca dormida, mudo y pertinaz testigo que no deja sin castigo ningún crimen de la vida”, me recordaba.

Profundos suspiros de alivio emitieron nuestros pechos después de pasado “el temporal”.

XXI

Mi madre llegó a la ciudad al día siguiente del arribo de mi hermano.

Su siempre melancólica cara irradiaba ahora alegría. Era la más feliz de las madres de la tierra. ¡Dios había hecho el milagro! Olguita se salvaría.

Después de saludar a todos y besar emocionada a Enrique, nos contó que gracias a la oportuna y esmerada intervención de los médicos especialistas del hospital, mi querida hermanita había prácticamente “resucitado”.

“Ya no la contábamos, pero Nuestro Señor escuchó mis rezos con su infinita misericordia. ¡Es un milagro, es un milagro!, repetía entre llorosa y enternecida”.

Bendito el cielo porque al fin habían cesado aquellas semanas de angustia y nuestro hogar volvía a su normalidad en vísperas de las primeras heladas.

Enrique avergonzado de sus malas acciones se había prometido pagar con creces, delineándose una conducta vertical. Sus hechos a través del tiempo, se encargarían de confirmar la enmienda.

Peró... el roble se desgajaba.

El tío Pedro había dejado de ser el hombre rudo. Demacrado y triste se desplazaba como un sonámbulo.

Esa misma tarde estuvo encerrado en su oficina hablando largamente con Enrique. Mi hermano salió cabizbajo y pensativo.

Por la noche toda la familia cenamos juntos. Fue una velada en la que campeó la concordia y el cariño. Se hicieron votos por la unidad y armonía entre los hermanos a instancias de una voz otrora autoritaria y que en esta ocasión sonaba condescendiente y sabia:

—“Ahora que ha regresado Enrique, he decidido dejar en sus manos la responsabilidad de mis negocios que desde este momento serán también de ustedes. El se encargará de corregir los muchos errores que cometí, algunos de buena y otros, con pena lo confieso, de mala fe. Al retirarme, sólo les recomiendo que sigan siendo los ejemplares hermanos que siempre he conocido, no olvidando ser cada día mejores hijos. Procuren trabajar mucho y sobre todo, sean fundamentalmente buenos”.

Dirigiéndose hacia mi hermano, terminó diciendo:

—“Mi buen Enrique, educa y ayuda a tus hermanos. Creo y confío en ti”.

Nos levantamos de la mesa atónitos, mirándonos sin creer, unos a otros. Jamás hubiéramos sospechado que el tío fuera capaz de hablar en esa forma. Su trato para con nosotros siempre había sido áspero y brusco. Para mí, no fue más que una confirmación de lo sucedido aquel día y sobre to-

do aquella noche reveladora en el portal. Un temblor de presentimientos sacudió mi cuerpo.

La tía y mi madre permanecían mudas de sorpresa. Tenían ante sí a un hombre nuevo.

Nos retiramos a dormir calladamente. Hacer ruido o hablar fuerte, rompería el encanto de una noche plena de bellos y puros sentimientos.

Afuera y adentro de la casa, reinaba una paz celestial.

XXII

Amaneció muerto aquella mañana otoñal. La muerte lo sorprendió en la madurez de su existencia. En la antesala del invierno.

Un viento helado, pero agradable, movía con sorprendente facilidad las gruesas nubes que cubrían el cielo.

La vida se le fue apagando como esas llamas de las cerillas que poco a poco se van consumiendo.

Inútiles fueron los esfuerzos desesperados de salvarle la existencia, después de aquel primer repentino ataque al corazón ocurrido al filo de la media noche.

Cuando alguien propuso salir violentamente a la ciudad por el médico, tarea por demás infructuosa, el enfermo protestó oponiéndose.

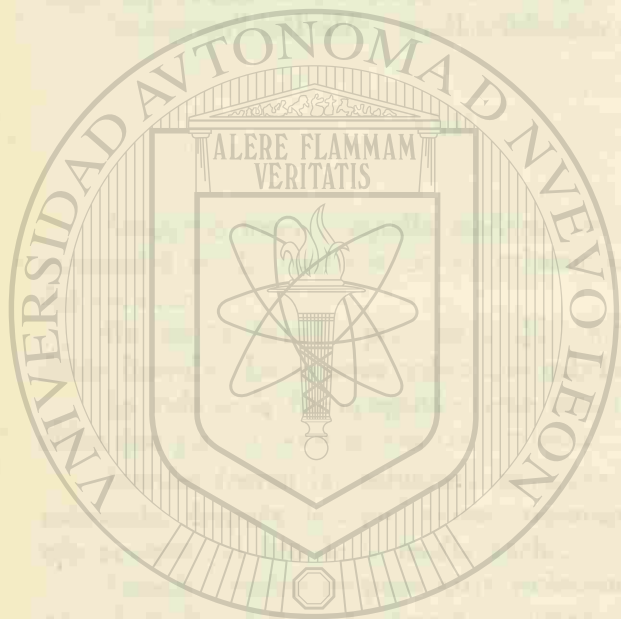
“Por favor no se asusten. Esto ya lo esperaba y deseaba. La muerte no es lo terrible que piensan ahorita ustedes. Lo único que lamento de veras es no haber sabido aprovechar ni comprender la vida en toda su magnitud”.

“Ahora, ya tarde para mí, pero no para ustedes, lo veo todo muy sencillo. Tantas vilezas y podredumbres, tantos medios malditos para conquistar el oro, la gloria y los placeres, objeto y fin de los humanos, vienen a ser en esta hora de la verdad suprema, punto menos que nada”.

“No equivoquen el verdadero camino de la vida. Pureza, honradad, conformidad, son los hermosos atributos de quien vive cerca de Dios”.

Un segundo ataque cortó las pausadas palabras que se quedaron grabadas para siempre en mi mente.

Quizá la imagen de su sonrisa postrera, tal vez el recuerdo de aquella inolvidable noche que pidió al Señor ofrendarle su vida por la de Olguita, me impulsaron a hilvanar, a una distancia de treinta años, estos modestos apuntes, como un homenaje a la memoria de aquel recio hombre que nos hiciera gozar, reír y también llorar: Mi Tío Pedro.



SEBASTIAN

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEBASTIAN

I

El pobre de Sebastián llevaba veinte años desempeñando el mismo oficio: peluquero. Aquel hombre no tenía más mérito que el discutible de ser obediente y disciplinado.

El pueblo creciente pronto se convertiría en ciudad y más tarde, con la conjugación milagrosa de los tiempos, en una gran metrópoli. Entre tanto sucedía el inevitable fenómeno, nosotros, pueblo chico, nos veíamos como una gran familia.

Don Sebas, apócope de Sebastián, era convertido en un "Don Cebos", merced a un rápido e intencionado atropellamiento de la vocal a, por la redonda o. El diminutivo apodo se aplicaba limpiamente y con mucha frecuencia sin que se percatara de la ofensa el cándido figaro.

Efectivamente, el inofensivo y buenazo de Sebastián era un pequeño hombrecito esmirriado, flacucho y un mucho deseado. Una curiosa y rara mescolanza de inocencia, dulzura y fetidez de aliento. Lo único que tenía de grande eran los ojos. Unos ojos desmesurados y saltones, tales como si fueran dos rocas viscosas y lagrimeantes, a punto de arrojarse al mar. Ojos que le daban la apariencia permanente de vivir siempre asustado y los cuales, quisiera uno que no, inconscientemente relacionaba o asociaba con la familia de los

batracios. Don Sebas era todo un sapo anémico.

En aquellos felices días de mi infancia, Sebastián vivía en compañía de su hermana Chabelita, Profesora empírica y al decir de mi mamá "una muchacha muy talentosa". En honor a la verdad y a pesar de ser un convencido de todo lo apuntado por mi madre, nunca, por más esfuerzos que hice, encontré más inteligencia en aquella mujer, que la acreditada por mis propios ojos un mediodía de tantos.

Cabe decir que nuestros patios, siempre rebosantes de árboles frutales —granados principalmente— eran solamente separados por una hilera de mezquites que, a guisa de valla culebreaban preciosa y coquetamente por los linderos de ambas propiedades. Así, que para mí y los demás chicos del barrio nos era muy fácil salvar la muralla verde, para encontrarnos sin más ni más en huerto ajeno.

Recordaba que aquel mediodía de plena canícula infernal, mi madre me había hecho el encargo de llevarles, como obsequio de su parte, un plato de higos recién cortados a Chabelita y a Sebas para que les sirvieran de postre después de la comida. Como el camino más corto es el recto, atravesé por la barda de mezquites encontrándome inopinadamente y en cucullas a la profesora, con sus grandes gafas de carey haciendo equilibrios sobre el descanso relativo de la punta de su afilada nariz. Aquella mujer estaba dedicada en cuerpo, alma, mente y manos a una tarea por demás edificante. Resulta que tendido sobre la banqueta de cemento, un colchón de franjas azules y blancas recibía el cruel y ardoroso impacto de los rayos solares y allí, en franca actitud de alerta, la paciente mentora aguardaba a que salieran de sus escondrijos esos horribles y repugnantes bichos chupadores de la sangre, que conocemos por el nombre de chinches, las cuales en cantidades de espanto, atropelladamente huían de sus escondites buscando con afán desesperado lugares más frescos y confortables, mientras la culta profesora las pillaba entre sus dedos para matarlas una a una, "tronándolas" entre sus uñas sanguinolentas, con un deleite que a mí me pareció morboso.

Al acercarme a la cazadora de chinches, mis pies calzados no pudieron evitar el apachurramiento de varias docenas, que cual nubes rojizas amenazadas por la tempestad, escapaban desesperadamente tratando de fugarse de los dedos homicidas de la profesora.

Al cumplir precipitadamente con mi cometido, Chabelita me dio las gracias por los higos, sin soltar una presa que tenía apretujada entre el índice y el pulgar. Al despedirme del campo de batalla, mis zapatos iban dejando huellas púrpuras sobre el camino.

Por eso, insisto, de que lo mirado por mis ojos en aquel mediodía de Julio, no pudo haber sido el talento ponderado por mi santa madre. Aquella diabólica mujer era una sádica o una bruta..

II

Era la deliciosa temporada de vacaciones escolares. Bajo el amparo de una robusta mora que nos regalaba sin recato su espléndida sombra, holgazaneábamos todas las tardes los chicos del barrio. Tal cobija protectora quedaba casi a las mismas puertas del "Triunfador", el contradictorio y optimista nombre que ostentaba la peluquería de Sebastián.

Para matar el tiempo se ponían en práctica toda clase de juegos para alejar el aburrimiento. Así, jugábamos a las escondidas, al uno, dos, tres por mí, a la varita escondida, al burro, a los encantados, a las seguideras y a tantos otros pasatiempos que olvida mi frágil memoria, pero que aún me hacen suspirar con nostalgia.

Una tarde de tantas, un "fortingo" de alquiler depositaba su preciosa carga a las puertas de la peluquería; se trataba de don Ramoncito y la ciega; cruel mote con el cual conocíamos a la media costilla del progenitor de Sebastián, la rubicunda Doña Esthercita. Efectivamente, la pobre mujer tenía que soportar sobre sus pies una verdadera montaña de carne ya que estaba gordísima y si a esto le agregamos

que traía unos lentes que parecían “fondo de botella”, pues la pobre podría en mala comparación equipararse, según los términos taurinos, a un “bicho burriciego”.

Sebas ayudó a bajar a su padre del automóvil arcaico y en seguida entre los dos, con la desinteresada ayuda del chofer y la activa participación de nosotros, logramos destapar el carro que al verse librado de su carga, me pareció escucharle un bufido de agradecimiento. Al sacar a doña Esthercita, Miguel, Salvador y yo, que estábamos parados sobre el estribo contrario haciendo contrapeso, nos sacudimos como resortes. Una vez que desaparecieron por la puerta, soltamos tales carcajadas que del esfuerzo nos dolía después el estómago.

Era un verdadero espectáculo ver a la pobre ballena ciega luchando terriblemente y sudando horrores, para poder apearse del coche.

Puntualmente y cada sábado por la tarde, invariablemente aparecía el destartalado carrito por las puertas del “Triunfador”. Ahora su inopinada presencia me intrigaba, ya que su aparición no era en el día acostumbrado.

Mientras tanto, nosotros seguíamos con nuestros juegos hasta bien caída la tarde. La puerta de la peluquería continuaba cerrada cuando nos marchamos cada quien rumbo a nuestras casas.

Al llegar a mi hogar, nuestra vecina doña Mariquita charlaba con mi madre. Hablaban de la enfermedad de Chabelita y criticaban duramente la conducta de su progenitor. Supe hasta entonces que Sebas y Chabelita habían sido el fruto —¿fruto he dicho?— del primer matrimonio de don Ramoncito y la abnegada, leal y sufrida doña Rebeca, nombre con el cual ahora ya de difunta se le recordaba, quizá respetando su partida sin retorno, pues antes —según apuntaba doña Mariquita— a dicha matrona se le conocía en el poblado con el mote de la Cona, ya que el otrora romántico y enamorado de don Ramón, pregonaba que se iba a casar con la Rebecona, quedándose finalmente con la cola o sea con la Cona, la cual a estas alturas ya había alcanzado fama

de mártir entre todo el vecindario. Al fin y después de hacerla sufrir mucho, la Cona dejó de alentar, quedando los pequeños huerfanitos en las manos del ogro que ya era para mí —después de oír la plática— el papá del cándido Sebastián y la espiritual y ya próximo espíritu verdadero de Chabelita.

A mi estómago de niño, siempre hambriento, no le importó la crueldad de la charla y con deleite recibió las riquísimas “gorditas de harina”, hechas y torteadas en propia mano por mi mamá. Y la noche cayó...

III

Chaparro, delgado, con grandes y vivaces ojos negros, Enrique era nuestro líder. A él acudíamos todos nosotros y su casa era el centro de reunión de los chicos del barrio. A veces el jardín de su hogar se convertía en campo de épicas batallas y en ocasiones el refugio ideal para la confesión de nuestras cuitas. Allí nuestros primeros amores, purísimos como la luz del cielo, eran comentados a veces con alegría y otras con sarcasmo y burla, pero siempre con la buena fe que parte de la inocencia.

Enrique era el más atrevido de toda la chiquillada. Le gustaba ponernos a prueba y en el juego que le llamábamos “seguideras” había que desplegar toda nuestra agilidad y astucia. Se trataba de ir detrás de él, e imitar todo lo que éste hiciera. El lugar ideal para tan arriesgado pasatiempo, era una casa semi-destruida. Trepábamos por las paredes y luego en lo que existía de techo, haciendo equilibrios saltábamos de una barda a otra; en seguida continuábamos hacia unos enormes nogales para bajar por una de sus ramas hacia un mezquite cercano de allí para caer al suelo. Constantemente Enrique innovaba y no repetía los mismos movimientos, así, en ocasiones, nos hacía saltar una alta verja de fierro, coronada de puntas afiladas, para introducirnos a la casa de los Martínez. Allí teníamos que cuidarnos no sola-

mente de sus desconfiados moradores, sino sobre todo de los dos bravos "bulldogs" que a veces ataban en el patio. Esto último era muy conocido pues apenas el osado Enrique saltaba a tocar tierra del lado ajeno, cuando de inmediato se oían las grandes zancadas y los impresionantes ladridos de aquellas bestias. Rápidamente y con los nervios "de punta" regresábamos como rayos hacia el lado de la calle. Ni hablar que aquel que no "pisó tierra" en el terreno prohibido, era considerado como débil y cobarde. Las burlas y críticas para los miedosos ocupaban nuestras bocas por varios días, dándole su privilegiado lugar a los más valientes y osados. Allí, en esa reja de fierro con el pánico en mis ojos y paralizado de terror, sentí desgarrarse mi pantalón y el doloroso agujoneo de fieros colmillos taladró las carnosidades de mi sentadera izquierda. Gracias a la providencial ayuda de Enrique quien apresuradamente me asió, la cosa no llegó a tener consecuencias más grandes. Sólo Dios sabe lo que me hubiera ocurrido en los hocicos feroces de aquellas bestias enardecidas.

Sin embargo, hubo un accidente que tuvimos que lamentar. Se trató de un chico nuevo en el barrio a quien llamábamos Mingo. Era más pequeño que nosotros y menos avezado, así que al desplazarse del nogal para caer al mequite, la criatura no calculó bien y cayó al vacío estrellándose en el suelo y perdiendo el conocimiento. Hubo gran consternación y los padres de Salvador lo llevaron con urgencia a la casa del médico. El muchacho iba cubierto con una sábanita blanca que me impresionó tanto que yo en mis adentros lo creía muerto. Una pierna quebrada fue el resultado de su primera experiencia y el incidente pasó a la historia.

Otros días organizábamos excursiones y muy temprano por la mañana salíamos de nuestras casas equipados con provisiones en forma de "lonches" y caramayolas conteniendo limonada. A pie, comenzábamos a ascender la imponente e impresionante serranía cercana: un largo y potente brazo de la Sierra Madre Oriental. Alegrementemente, tal y como correspondía a aquella edad dorada, trotábamos por las veredas y aspirábamos con toda la capacidad de nuestros pulmones

el aire vivificante y oxigenado que despedía la frondosa espesura de los pinos perfumados. Las vistas del esplendoroso panorama eran sencillamente maravillosas y cautivadoras. Al llegar a la cima, corríamos por el lomo de la montaña admirando a uno y otro lado el espectáculo más bello que pudiera regalarnos la naturaleza. En el infinito, sobre nuestras cabezas, el cielo irradiaba destellos azulados. Su límpida transparencia era como nuestras almas adolescentes. Allí en aquellas cumbres inolvidables, nosotros, pequeños, chiquillos, nos sentíamos más cerca de Dios...

IV

Con el trotar de las horas y el galopar de los días, las vacaciones tocaron a su fin y todos volvimos de nuevo a nuestras escuelas.

Allá, tras las téticas paredes del "Triunfador", lentamente se iba consumiendo Chabelita. Esa era la razón de las continuas visitas de don Ramón y su gorda costilla.

Yo me imaginaba a la profesora muy seria, muy quietecita y orondamente solemne en su lecho de moribunda, mientras un cortejo de chinches desfilaban en marcha triunfal recorriendo con sus patas asquerosas el esquelético cuerpo amarillento.

Como la agonía era muy lenta y el cuerpecito endeble y quebradizo de Chabelita se resistía tesoneramente a abandonar este valle de lágrimas —pero también de risas y encantos— acabó por mudarse definitivamente don Ramón con su cegatona pelota de carne. Por fin acabarían las angustias y los trabajos complicados para el difícil traslado de la voluminosa mole con anteojos. Aquella "fortinguita" no se quejaría más de sufrir tal sobrecarga, ni su dueño de embolsarse los centavos del miserable de don Ramón.

Sebas, hijo bondadosísimo, cedió su cuarto, su cama, su ropero, sus trastos, en una palabra se entregó todo entero a la omnívota, unilateral y ególatra voluntad de su señor

padre. El noble peluquero, hombre maduro y ya encanecido, era un títere en las manos del anciano abusivo. Las bocas, siempre sueltas de nuestros vecinos, contaminadas de sapos y culebras, lanzaban los peores improperios en contra del progenitor tiránico.

Al posesionarse prácticamente de la casa, Don Ramón se instaló cómodamente, mientras que Sebas en su apocamiento y entrega absoluta a los caprichos de su padre, se refugió en el cuartito que servía para arrojar los "triques". Allí, entre todas aquellas cosas que ya no servían para nada y eran recuerdos inútiles, se acomodaba un ser que se asemejaba a los objetos que lo rodeaban, pero que tenía el signo de aquel que dijo: "Bienaventurados los nobles de espíritu, los mansos, porque de ellos será el reino de los cielos".

En una cajita de madera, color blanca, propia para una señorita, una tarde de invierno se llevaron los hombres de la funeraria los despojos mortales de Chabelita. Tras larga y penosísima incertidumbre del origen y cura de su mal, el organismo, de por sí muy débil, cedió por fin, al paso de la muerte.

Nunca había visto un cadáver ni jamás asistido a un entierro. Aquello fue para mí algo tan vivamente impresionante que nunca he podido olvidarlo. Muchas veces por las noches me despertaba sobresaltado porque en sueños se me aparecía el rostro desencajado, flaco y amarillento de la muerta con los ojos hundidos tendiéndome los brazos.

Recuerdo que pasé largo tiempo contemplando a través del cristal del ataúd la cara de Chabelita con sus dos manitas flacas, blancas y brillantes, aferradas a un crucifijo. Fue una tontería entablar apuestas con los chicos del barrio en el absurdo sentido de ver quién era más hombre y se quedaba con la vista fija en el rostro de la muerta más rato. A veces se me hacía que aquella mujer de pronto abriría los ojos y me castigaría por mi insolencia. No ocurrió así, pero por largo tiempo la imagen de la difunta me persiguió durante mis sueños de adolescente.

Cuando me asomaba a través de la cerca y dirigía mi vista hacia el patio vecino, sentía la presencia de la profesora

ra y me parecía verla con aquel colchón a rayas persiguiendo implacablemente fantasmas imaginarios.

Una figura solitaria, encorvada y triste, cortaba con desgano las granadas que colgaban pendientes de las ramas de su árbol madre. Era Sebas, que ahora, se había hecho más retraído y mucho más distraído. Tal parecía como si su hermana hubiera sido para él más que una compañera, una amiga, una amante, una esposa. Estaba deshecho. Sin embargo, todo parecía continuar en su sitio: la casa, los árboles, las viejas maderas acumuladas en un rincón del patio y hasta aquellas grandes piedras que miraban sin ver y lloraban sin derramar lágrimas...

V

Muy temprano todos los días recorría el mismo camino para la Escuela. Ocasionalmente me desviaba de rumbo con el solo interés de observar los cambios que la población, en su incesante crecimiento, experimentaba. Aquí y allá nuevas casas; relucientes establecimientos comerciales; calles estrenando su nuevecita pavimentación y los viejos pobladores caminando orgullosamente sobre la tersa lisura que olía a chapopote fresco. No cabía ni la menor duda de que constantemente se operaban progresos inusitados y a la par con ellos, nuevas gentes, nuevos rostros, más prosperidad y también más calamidades.

Puntualmente sonaba la campana y atropelladamente comenzábamos a formar filas los distintos grupos, alineándonos de uno en fondo de acuerdo con las estaturas, del más pequeño al más grande; en seguida la columna se ponía en marcha hacia el salón de clases. Aún, como si lo estuviera viendo, recuerdo aquel vetusto cuarto con sus pupitres amarillos, el mapa de la República Mexicana y al frente, los retratos con marcos viejos y desteñidos de nuestros patriarcas y héroes: Hidalgo, Juárez, Morelos.

Bernardo era el nombre de nuestro Profesor. Mestizo, con marcados rasgos indígenas, su rostro moreno tenía una expresión triste. Nunca, que recuerde, le vi más que un solo traje de color negro, muy brillante a consecuencia, quizás, del uso constante y de las frecuentes planchadas; sin embargo,

siempre se veía pulcro y su voz, esa dulce y maravillosa voz, poseía encanto y hechizo al difundirse por los ámbitos del salón de clase. Era un orador natural, pero sin afectaciones, su expresión era clara, con tonalidades que agradaban y a la vez cautivaban al auditorio. Sus palabras en las explicaciones cotidianas, eran simples y sencillas y a pesar de que nuestro grupo era numeroso, parecía que al hablar se estaba dirigiendo personalmente, individualmente, a cada uno de nosotros. Al recordarlo, siento la mordedura de la ingratitud, por haber olvidado por muchos años a aquel gran modesto hombre.

La hora del recreo era la hora del bullicio, de la algarabía, de las risas, de los juegos, de las travesuras. Los quince minutos pasaban sin sentirlos y de nuevo la campana tañía con lamentos de llamado, convocando el retorno a las clases. Allí quedaron jirones de mi vida. Pedazos tiernos de mi alma de niño.

Por el camino de la Escuela existía un rústico taller de marmolería, instalado bajo un techo de gruesas láminas de cartón, sin paredes y cuyos operarios trabajaban, prácticamente, a la vista de cualquier curioso. Había, diseminados sin orden, varios monumentos de mármol y granito que se vendían para ornamentar las tumbas del cementerio. Me detenía en ocasiones algunos buenos ratos para contemplar a mis anchas, aquellas obras de arte que parecían salir de milagro de las manos maravillosas de aquellos humildes artistas. Así, copias de La Piedad de Miguel Ángel; cristos desfallecientes y lánguidos; vírgenes angustiadas, etc., formaban el grueso de las creaciones que salían de la inspiración de los artesanos. Por allí cerca, debajo de una piedra, escondía mi tesoro; era una pequeña cajita de lámina redonda, donde guardaba todo mi capital, unas moneditas de uno, dos y cinco centavos. Para mí era sumamente emocionante salir corriendo de la Escuela para hurgar con ansia debajo del pedruzco y hallar allí, intacto, el importe de mis ahorros. Después, emprendía la carrera empujando, o mejor dicho golpeando una piedrecita con los pies, haciéndola rodar calle arriba, hasta que llegaba a mi casa.

Por lo regular mi madre calculaba mi llegada y salía a la puerta a esperarme con sus amorosos brazos abiertos en cruz. ¡Cómo recuerdo aquella figurita que se recortaba en el marco cenizo! Al evocarla, tiemblan angustiosas mis lágrimas en los ojos empañados. Ella no sólo fue mi madre, sino mi guía, mi baluarte, mi todo. Al nacer yo, único y primogénito hijo, murió mi padre al que sólo conocí en viejas fotografías. Formaba hogar con nosotros, la tía Aurelia, hermana mayor de mi madre y soltera; mujer seca, tajante y reservada, que dejaba entrever en las finas comisuras de sus labios una profunda amargura. Mientras tanto, el tiempo seguía su marcha...

VI

Los sábados por la tarde invariablemente concurría a la peluquería de Sebastián. Era desde hacía años el lugar predilecto, pues allí nos dábamos cita los muchachos del barrio. Mientras le cortaba el pelo a algún cliente, nosotros nos entreteníamos releyendo las revistas que de viejas se caían a pedazos, o mortificando de cuando en cuando al pobre de Sebas con nuestras bromas.

Amarrado a la pata del sillón de trabajo, tenía un gallo giro que, al provocarlo, saltaba desesperado buscando pelea. Esto ponía fuera de sí al peluquero y su amenaza máxima era indicarnos que si volvíamos a "cocorear" al gallo nos corría y no volveríamos a tener permiso de pasarla allí. Jamás cumplió sus amenazas y siempre retornábamos los sábados por la tarde con nuevos bríos para saciar nuestras travesuras.

De vez en vez, veíamos asomarse la cabeza de don Ramón siempre para ordenarle alguna necedad a Sebas, quien solícito y obediente dejaba a medio pelar al parroquiano para ir en auxilio de lo mandado por su padre. Así, en ocasiones, la extravagante solicitud era que sacara agua fresca de la noria y allá iba el buen hijo a cumplir con la diligencia. Otras veces lo enviaba al comercio cercano para que le trajera cigarrillos y el pobre peluquero se deshacía en excusas con el cliente en turno y echaba a correr para atender el capricho de su padre. Muchas ocasiones nosotros nos ofrecíamos para

aligerarle un poco la carga, pues los sábados principalmente, tenía mucho trabajo y todo el día permanecía parado y terminaba con las manos destrozadas y los pies hinchados. Que supiéramos, él era el único sostén de la casa, pues don Ramón con sus reumas y su consorte siempre sentada a consecuencia de su desproporcionada gordura, no producían nada y sí consumían.

Sebas, sólo tenía una válvula de escape y gozaba al contarnos tres chistes y cuatro adivinanzas, siempre los mismos, con una candoridad que a nosotros, aún niños, nos conmovía por su simpleza. Al escucharlo, fingíamos sorpresa y luego de vernos unos a otros forzando nuestras risas, terminábamos en verdad a carcajadas. Sebastián se regocijaba y reía con una risa sana, infantil y dale de nuevo a platicarnos el mismo chiste. La adivinanza más colorada y de más impacto era aquella de: "enmedio de dos cerritos salió un torito bramando" al unísono las gargantas se expandían para dar paso al torrente de gritos entrecortados por lágrimas, pues de tanto reír, llorábamos de gozo.

Salvador, irreflexivo y travieso fue el tremendo ocurrente que logró clavar en la mitad del inocente y puro corazón de Sebas, el puñal de la pasión. ¿Cómo ocurrió esto? como suelen suceder las grandes cosas, los acontecimientos catastróficos, los temblores, y las tempestades que llegan sin previo aviso.

Una tarde que no había parroquianos, Salvador y Miguel se dieron a la tarea de "muletear" al figaro diciéndole entre otras alabanzas que era el más artista y el mejor peluquero de todo México, que sus manos eran un prodigio cortando cabellos y que las rasuradas dejaban la piel tersa y pulida. Tales vulgares adulaciones eran creídas y devoradas íntegramente por el cerebro de Sebas quien sonreía complacido y convencido. De pronto, el "cabezón" Salvador exclamó ocurrente: ¿oiga, don Sebas y por qué no se casa usted con Graciela que lo quiere mucho? —¿qué, quién, Graciela me quiere?— balbuceó pálido y sorprendido el inocente figaro. Claro, a todos nos lo ha dicho y usted ¿por qué no la corresponde? terció osadamente Salvador. Un silencio pro-

longado y luego una voz hueca angustiada, pero visiblemente emocionada, repitió como hablando consigo mismo: —"Graciela, Graciela, me quiere"— y los pomos de perfumes, brillantinas y lavandas que estaba acomodando, con gran estrépito se hicieron añicos en el suelo. Y en el aire quedó flotando un sutil veneno. . .

VII

El incidente aparentemente inocente y sin consecuencias ya había sido olvidado por nosotros y como siempre el siguiente sábado por la tarde llegamos a nuestro favorito punto de reunión: "El Triunfador". Don Sebas estaba contra costumbre más parlachín y alegre; incluso algo extraño me llamaba poderosamente la atención y no sabía exactamente qué era. Poco a poco me fui dando cuenta que Sebas no era el mismo exteriormente, su negro y sempiterno pantalón, había sido sustituido por uno de color gris claro muy limpiecito y recién planchado. La camisa siempre adornada con unas costras antiguas en el cuello, era ahora alba e inmaculada, su rostro tenía también un algo distinto y su mirada antes preñada de temores y timideces lucía más viva; sus ojos estaban alegres y perspicaces denotando una inteligencia reveladora. En una palabra don Sebastián era o parecía otra persona; nunca lo vi tan feliz como entonces. Al repetimos por milésima ocasión la adivinanza de "agua pasa por mi casa, cate cate de mi corazón" parecía que el alma se le quería salir por la boca al pronunciar la palabra corazón. ¿El motivo? ¿cuál era la causa de cambio tan marcado en una persona austera, triste y simple? De súbito, se me heló la sangre al recordar las últimas palabras del sábado anterior, las cuales retumbaron como un eco en la cabeza: ¡"Graciela, Graciela me quiere!". ¿Qué acaso el pobre viejo había creído de veras lo que sin pensar dijera el atolondrado Salvador? Mis dudas pronto se disiparon al hacerme una discreta seña para que lo siguiera, poniendo de pretexto ante los demás muchachos que me iba a hacer un encargo. Traspusimos la puerta de la peluquería que daba acceso al corredor y nos encaminamos hacia el fondo, al humilde cuartucho que

aligerarle un poco la carga, pues los sábados principalmente, tenía mucho trabajo y todo el día permanecía parado y terminaba con las manos destrozadas y los pies hinchados. Que supiéramos, él era el único sostén de la casa, pues don Ramón con sus reumas y su consorte siempre sentada a consecuencia de su desproporcionada gordura, no producían nada y sí consumían.

Sebas, sólo tenía una válvula de escape y gozaba al contarnos tres chistes y cuatro adivinanzas, siempre los mismos, con una candoridad que a nosotros, aún niños, nos conmovía por su simpleza. Al escucharlo, fingíamos sorpresa y luego de vernos unos a otros forzando nuestras risas, terminábamos en verdad a carcajadas. Sebastián se regocijaba y reía con una risa sana, infantil y dale de nuevo a platicarnos el mismo chiste. La adivinanza más colorada y de más impacto era aquella de: "enmedio de dos cerritos salió un torito bramando" al unísono las gargantas se expandían para dar paso al torrente de gritos entrecortados por lágrimas, pues de tanto reír, llorábamos de gozo.

Salvador, irreflexivo y travieso fue el tremendo ocurrence que logró clavar en la mitad del inocente y puro corazón de Sebas, el puñal de la pasión. ¿Cómo ocurrió esto? como suelen suceder las grandes cosas, los acontecimientos catastróficos, los temblores, y las tempestades que llegan sin previo aviso.

Una tarde que no había parroquianos, Salvador y Miguel se dieron a la tarea de "muletear" al figaro diciéndole entre otras alabanzas que era el más artista y el mejor peluquero de todo México, que sus manos eran un prodigio cortando cabellos y que las rasuradas dejaban la piel tersa y pulida. Tales vulgares adulaciones eran creídas y devoradas íntegramente por el cerebro de Sebas quien sonreía complacido y convencido. De pronto, el "cabezón" Salvador exclamó ocurrence: ¿oiga, don Sebas y por qué no se casa usted con Graciela que lo quiere mucho? —¿qué, quién, Graciela me quiere?— balbuceó pálido y sorprendido el inocente figaro. Claro, a todos nos lo ha dicho y usted ¿por qué no la corresponde? terció osadamente Salvador. Un silencio pro-

longado y luego una voz hueca angustiada, pero visiblemente emocionada, repitió como hablando consigo mismo: —"Graciela, Graciela, me quiere"— y los pomos de perfumes, brillantinas y lavandas que estaba acomodando, con gran estrépito se hicieron añicos en el suelo. Y en el aire quedó flotando un sutil veneno. . .

VII

El incidente aparentemente inocente y sin consecuencias ya había sido olvidado por nosotros y como siempre el siguiente sábado por la tarde llegamos a nuestro favorito punto de reunión: "El Triunfador". Don Sebas estaba contra costumbre más parlachín y alegre; incluso algo extraño me llamaba poderosamente la atención y no sabía exactamente qué era. Poco a poco me fui dando cuenta que Sebas no era el mismo exteriormente, su negro y sempiterno pantalón, había sido sustituido por uno de color gris claro muy limpiecito y recién planchado. La camisa siempre adornada con unas costras antiguas en el cuello, era ahora alba e inmaculada, su rostro tenía también un algo distinto y su mirada antes preñada de temores y timideces lucía más viva; sus ojos estaban alegres y perspicaces denotando una inteligencia reveladora. En una palabra don Sebastián era o parecía otra persona; nunca lo vi tan feliz como entonces. Al repetimos por milésima ocasión la adivinanza de "agua pasa por mi casa, cate cate de mi corazón" parecía que el alma se le quería salir por la boca al pronunciar la palabra corazón. ¿El motivo? ¿cuál era la causa de cambio tan marcado en una persona austera, triste y simple? De súbito, se me heló la sangre al recordar las últimas palabras del sábado anterior, las cuales retumbaron como un eco en la cabeza: ¡"Graciela, Graciela me quiere!". ¿Qué acaso el pobre viejo había creído de veras lo que sin pensar dijera el atolondrado Salvador? Mis dudas pronto se disiparon al hacerme una discreta seña para que lo siguiera, poniendo de pretexto ante los demás muchachos que me iba a hacer un encargo. Traspusimos la puerta de la peluquería que daba acceso al corredor y nos encaminamos hacia el fondo, al humilde cuartucho que

servía de vivienda a Sebastián. Al pasar por el patio vi de reojo a doña Esthercita arrullándose en una vieja mecedora con un gato en el regazo y también alcancé a mirar a don Ramón tirado cuan largo era, en un camastro de garigoleados tubos de latón. Al entrar en el aposento sentí lástima y asco, salvo el catrecito todo lo demás era desorden y suciedad, pensé un poco dolorosamente, que Sebastián, un ser humano, era allí otro objeto desvencijado que formaba parte de aquel concierto de cosas abandonadas. Las manos de Sebas hurgaron nerviosamente el vientre de un viejo ropero que tenía roto el espejo y sacaron un pequeño envoltorio cuidadosamente amarrado con unas cintas blancas y en tono bajo, confidencial y misterioso me dijo: —Mira Carlitos, te voy a rogar que por favor entregues este presente a Graciélita— y te suplico. —agregó— no les digas nada a los muchachos.

Yo me quedé estupefacto con el paquetito en mis manos e incrédulo repetí —¿a Graciélita don Sebas? —Sí, a Graciélita y dale también esta cartita —sacando de abajo del colchón un pequeño sobrecito color de rosa.

Todavía no salía de mi asombro cuando antes de cerrar la puerta de su vivienda, don Sebas, con ojos suplicantes y casi llorosos, me dijo —Por favor Carlitos, guarda bien esas cosas y dáselas lo más pronto a Graciélita.

“Graciélita”, “Graciélita”, me fui repitiendo por el camino de regreso a la peluquería. Afortunadamente ya los chicos se habían ido y no tuve necesidad de darles explicaciones. Don Sebas ayudó a subir al chirriante sillón de trabajo a un señor obeso y me despidió con una palmadita en la espalda poniendo en trance sus ojos saltones que parecían decirme: “cumple tu encomienda y corre, corre a entregar mi encargo, a ti te entrego mi secreto, dáselo, dale mi corazón a Graciélita, a Graciélita...”

VIII

“Graciélita, Graciélita”. Como un martillo incesante se sucedían las palabras en el subconsciente durante el sueño. De

vez en cuando despertaba sobresaltado y como un ladrón que no quiere dejarse sorprender, checaba y volvía a checar que el paquetito estuviera en su sitio y la carta también. Había escondido aquellos objetos encomendados a mi custodia, atrás de unos libros viejos y voluminosos, ya que esa noche no pude localizar a Graciela y aunque hubiera querido cumplir con la misión, no hubiera sido posible por la repentina irrupción de fuerte chubasco. Sin serlo, me sentía un delincuente. El hecho de guardar un secreto me hacía temblar de emociones desconocidas entonces para mí. Por vez primera había ocultado a mi madre una confidencia y esto me hacía sentirme incómodo en mi interior. Era como haber cometido una falta o un pecado y no haberlo confesado. Siendo ya un adolescente y no habiendo aún sentido el cosquilleo de amor, ni el aguijoneo de la premura sexual, ahora me atacaba de improviso una curiosidad por aquellas cosas a las cuales no les daba ninguna importancia. Es más, no me había puesto a pensar en la tremenda distancia de años que llevaba Sebastián a Graciela, sólo veía a un hombre y una mujer —casi una niña— que estaban enamorados y consecuentemente tendrían que casarse. Esas ideas eran la médula de lo que revoloteaba en mi cabeza de niño y me hacían gozar el misterio de ser una especie de cupido entre dos almas. Lo que me inquietaba interiormente era el hecho simple de no comunicarle a mamá lo que me estaba pasando, pero, aún sin malicia, yo intuía que eso no le hubiera gustado a Sebas. El me había prevenido de no decirles nada a los muchachos y quizá le molestaría que lo supiera mi madre. Esa era precisamente mi lucha. ¿Por qué tenía que ocultárselo a mamá?

Antes de que amaneciera ya estaba levantado y fui a sacar del escondite la carta y el bultito. Los miré detenidamente y observé que el sobre estaba mal pegado y de inmediato comprendí que la humedad que trasminaba por la pared del escondrijo había reblandecido la goma y abierto la carta. Me asusté tanto que debí de haberme puesto pálido. —Y ahora qué hago, me repetía con angustia de culpabilidad. En esos precisos instantes de desesperación y con aquel sobre

en mis manos, hizo su aparición mi madre que portaba en las suyas una taza de té de limón, yerbabuena y canela, dizque para el resfriado. Al verla tan de improviso me dio un salto el corazón— y el cuerpo creo que también— pues mi madre al verme tan sorprendido, se asustó y dejó caer la humeante taza que se quebró en el suelo haciendo gran estrépito. —¡Qué tienes hijito, qué te pasa!— me preguntó abrazándome con mortificación. —Nada mamá, no me pasa nada, lo que sucedió fue que entró usted tan de repente que me espanté. —¿Y por qué te amedrentas conmigo? replicó, clavando sus ojos en la carta que aún conservaba entre mis dedos.

... Y ahora sí que se me nubló la vista y me tembló todo el cuerpo...

Cuando prácticamente volví en mí, contemplé a mi madre mirándome dulcemente con una sonrisa enigmática y tierna.

Con voz apenas perceptible murmuró: —comprendo, comprendo hijito, ya tienes edad para ver a las muchachas y escribir cartitas, las mariposas antes de serlo, son capullitos de seda y tú ya saliste del cascarón. Y así como llegó, se fue de nuevo a sus quehaceres dejándome perplejo.

Apresuradamente volví a pegar el sobre con la goma que tenía entre mis útiles escolares. Aunque mi madre se llevara la impresión de que había dejado de ser un niño, daba gracias al cielo de que el secreto de Sebastián permaneciera incólume...

IX

Era en verdad una tarea desagradable hacer entrega del mensaje de Sebas a Graciela, no porque fuera difícil verla, sino porque yo comprendía que aquella muchacha aunque coqueta y ligera, no sabía nada de la broma dicha por Salvador al acaso y sin ninguna meditación y que tan honda huella dejara en el alma del crédulo peluquero.

Mucho me mortificaba y a la vez extrañaba que nadie salvo yo, se diera cuenta del cambio operado por Sebastián en solo una semana de manifestada la insensata revelación. Ese hombre era otro. Aquella triste figura sin aspiraciones ni ambiciones, que llevaba una existencia incolora, insípida, monótona, de pronto, con una mentira al parecer intrascendente, se había convertido, gracias a la inocencia y simplicidad, en un hombre que aún conservando intacta su pureza y su candor, había oído repiquetear por vez primera en su corazón, las campanas siempre inspiradoras del amor.

En cuanto a Gracielita, la tal Gracielita era la muchacha más descocada del barrio, había desfilado como novia de todos los hermanos mayores de mis amigos. Alta para su edad, tenía dentro de aquella cara redondeada unos ojos picarescos, ora adolescentes, ora inundados y desbordados de súplica amorosa. Su cuerpo sin ser perfecto, tenía la armonía de las curvas juveniles y su pecho las turgencias de una matrona. Era para el aún carente de malicia, un espectáculo verla caminar por la calle meneando atrevidamente sus caderas, pero para los ya iniciados, aquello era el acabóse. Las miradas lúbricas seguían aquellos pasos dándole vuelo a la imaginación.

Actualmente se le veía acompañada por un chofer de un camión de carga del cual estaba, al decir de sus amigas, completamente "chiflada". Era Graciela la hermana de Javier, un jovencito como nosotros, muy seriecito, muy formalito, paliducho y con una pasta de sacerdote que no podía con ella. El tiempo se encargó de confirmarlo. Llegó a cura.

En cuanto a la hermanita, ya "pintaba" desde chamaca. Y el tiempo poco después, sentenciaba sus pasos. Acabó en mujerzuela.

Pero nos hemos salido del tema en divagaciones. Volvamos los ojos a la edad color de rosa, olvidémonos de las crueldades de la vida y no adelantemos las manecillas del tiempo...

Misterioso como un ratoncillo, dejé en las manos de Graciela el paquete y la carta —y¿esto? preguntó entre sor-

prendida y curiosa—. Mira, es un encargo de don Sebastián, —parece que el pobre viejo te quiere—, agregué de mi propia cosecha.

¿De quién? ¿de ese mugroso peluquero? y entonces para darse importancia delante de las muchachas que la acompañaban, empezó a soltar tales carcajadas que por un momento me pareció que aquella risa era de un ser desequilibrado, de una loca.

Al instante comprendí que había cometido una muy grave e irreparable equivocación. Nunca debería haber puesto en tales manos un obsequio y una tierna o al menos sincera misiva que provenía de un inocente. Con el apresuramiento de cumplir con la encomienda no reparé en el gran daño que sin querer le iba a causar a Sebastián. Sabía a pesar de mi poca experiencia, que Graciela aunque muy joven aún, ya era una maestra muy avezada en las artes del amor y del engaño. Había pasado, como lo apunté antes, por los brazos de algunos hermanos mayores de mis adolescentes amigos y era ya, toda una pájara.

—Abrelo, ábrelo, dijeron a coro las voces de Lili, Alicia y Martha, muertas de curiosidad—. Graciela, de un brusco tirón arrancó el ridículo moñito arrojándolo al suelo y entonces, ante los pasmados ojos apareció un esplendoroso objeto como especie de broche o prendedor, que tiempo después supe era un auténtico camafeo pompeyano. Tenía grabada una hermosa carita de una jovencita con bucles que le caían sobre los hombros con un color marfil de tintes rosados y alrededor, haciendo marco a tan bello rostro, unas piedrecitas blancas muy refulgentes que despedían destellos violeta al darles la luz. Como es fácil suponer, también luego me enteré de que aquellas piedras eran limpiísimos diamantes de un valor incalculable.

Luego, aquella salvaje, sin ningún miramiento, rompió el rosado sobrecito y empezó a leer en voz alta el contenido de la secreta e íntima misiva juntando su cabeza con las demás muchachas que formaron un círculo del cual salían y se oían entre grandes carcajadas, unas cuantas palabras sueltas, pues

las risas estentóreas ahogaban la lectura... “era de mi abuelita”... “diste luz a mi alma triste”... “te amo con todo mi corazón”... y já... já... já... já...

Aquellas risotadas me taladraban en verdad el alma. Sentí un odio jamás experimentado en contra de aquella descocada.

Pero la vida tenía que continuar con sus alegrías y sinsabores...

X

El sábado como de costumbre, hicimos nuestra bulliciosa llegada al local que servía de centro de trabajo a Sebastián. Nuestro arribo, era visto con malos ojos por las gentes de edad que nos reprendían y chistaban.

“El Triunfador” estaba repleto de clientela que esperaba turno para confiar su barba o su cabellera, a las manos expertas del “artista Sebas”, quien más jubiloso y optimista, nos recibió con elocuentes guiños y una alegría afiebrada. Mientras cumplía sus deberes mochando, tijereteando y peinando, me volteaba a ver con impaciente ansiedad tratando de adivinar en mi rostro algún indicio revelador de que la misión había sido cumplida y desde luego con éxito, pues la cara de él, así lo requería.

También y como era ya sabido, los gritos de don Ramón interrumpían la tarea del buen hijo, quien presuroso, con su pantalón y camisa relucientes, marchaba a grandes zancadas para ver que era lo que se le ofrecía a su necio padre. Resulta que para colmo de males doña Estercita, la bromosa y rubicunda ciega, se encontraba enferma y cada ocasión que se le ocurría ir al excusado, don Ramón solicitaba la necesaria y eficaz ayuda de su hijo para poderla levantar de la cama. Aquella mujer era una llave descompuesta, suposición pensada por mí, dadas las frecuentes llamadas a Sebas.

Por fin, en un clarito de la jornada, sigilosamente y con

disimulo me preguntó casi al oído —¿entregaste el encarguito?— sí, —respondí en susurro— desde el miércoles: —Gracias, muchas gracias, Carlitos— dijo casi cantando y siguió cortando el pelo con más bríos que nunca al caballero sentado en el estrambótico y ruidoso sillón.

Estaba reflexionando sobre el problema que sin quererlo había tomado posesión de mí, cuando todos nos levantamos horrorizados de nuestras sillas al oír unos gritos desaforados que venían del interior de la casa. Como torbellino nos arrojamos hacia dentro pues las exclamaciones de dolor amenazaban con rompernos el tímpano y aunque no era el preciso momento de comparaciones, en una fracción de segundo, aquellos terribles alaridos mentalmente los asocié con los gruñidos producidos por un cerdo atorado en alguna cerca. Al llegar al cuarto acompañado de Sebas, amigos y parroquianos, el espectáculo no podía ser más dramático: doña Esther se había caído de la cama y tenía materialmente apachurrado a su esposo, quien perdió el conocimiento al momento de acercarnos a prestar auxilio. Doña Esther toda conmocionada y sofocada destilando chorros de sudor, buscaba a tientas sus gruesos anteojos despreocupándose, dado el susto, de cubrir aquellas moles de carne que descubría su bata, haciendo un mutis a la impudicia.

Era tanta la confusión que de no ser por la fortaleza de uno de los hombres, que, saltándoseles las venas del cuello, en un esfuerzo sobrehumano, logró medio levantar a Esthercita, salvando así, en consecuencia, al padre de Sebastián, que milagrosamente no había muerto por asfixia. De inmediato y dado el lamentable estado de don Ramón, corrimos por el Doctor mientras algunos proporcionaban los primeros auxilios.

Pronto la alarma cundió entre el vecindario y para cuando regresamos jadeantes al lugar de los acontecimientos, aquello era una verdadera romería, ya que pretender entrar era un imposible; así, que atravesamos la calle y nos internamos en la frondosa alameda que aún no estaba formada, como posteriormente, en un gran parque, pero que tenía en ese instan-

te toda la salvaje majestuosidad de lo natural. Hileras de álamos, nogales y fresnos daban a aquel paraje un encanto imponente y embrujador. Ese bosque estaba desaliñado, descuidado, aún no venía el tiempo de arreglarlo, amputarle muchos de sus árboles y convertirlo en un jardín, que luego, a pesar de su hermosura plástica, me pareció en su formación igual y simétrica, un tanto monótono e insípido.

La alameda era el sitio favorito e ideal para jugar a los escondites. Se marcaba convencionalmente una área y so pena de no salirse de ella, entre arbustos, rocas y árboles, trepábamos como ardillas por todos los obstáculos con el afán de encontrar el escondite apropiado. No hay seguramente quien no recuerde con nostalgia la alameda de su lugar.

Las alamedas han sido sitios de encanto, pero también de tragedias. De grandes amores y grandes decepciones. Aquellos árboles majestuosos que oxigenan la ciudad, imperturbables ante el devenir del tiempo, contemplan con serena ironía la diaria comedia humana...

XI

Todas las noches en la esquina del barrio se aparecía como de casualidad don Sebas muy limpiecito, rasuradito y bien engomado del cabello. Se detenía a platicar con nosotros el par de horas que nos autorizaban en nuestras casas, pero sus ojos no nos acompañaban pues estaban taladrando la esquina de enfrente, lugar donde acostumbraban reunirse las muchachas. Al principio casi pasó desapercibido sin llamar la atención de nuestros padres, pero luego mi observadora madre me preguntó una de tantas noches cuál era el objeto de la presencia de Sebastián en la esquina. Aunque yo lo sabía, preferí decirle una blanca mentira antes de revelar el verdadero motivo de las visitas del enamorado figaro. Sebas después de atender a su padre que seguía malo, se daba la vuelta a la manzana y se detenía dizque a conversar con la palomilla pero muy alerta con lo que acontecía enfrente.

Como las muchachas ya sabían que aquel inocente se las "pelaba" por Graciela, al notar su presencia empezaban

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

a corear: Graciela, Graciela, Graciela, y la muy coqueta lanzaba un beso con la mano al sitio en que se encontraba Sebas, quien lo recogía con el pensamiento y lo atesoraba en el corazón. Nosotros, ya sabedores de un secreto a voces, por nuestra parte guardábamos las apariencias para no ahuyentarlo. Una noche acabando de llegar Sebas y después de aventarle el consabido beso, Graciela corrió al encuentro de su adorado Roberto, el chofer de camión, que por desgracia llegó de improviso esa ocasión. Don Sebas se restregaba los ojos ante lo que consideraba increíble y todavía tuvo que soportar ver que al dar la vuelta la pareja en la esquina, entre las sombras de los árboles, los dos jóvenes se entrelazaban sus cinturas y unían sus bocas en un gran beso. Las muchachas irrumpieron en carcajadas burlándose del pobre Sebas, entre tanto que mis amigos indiferentes ante el dolor ajeno, iniciaban un juego intrascendente. Sebastián se fue de inmediato pero no pudo ocultar —cuando menos para mí— sus ojos inundados de gruesas lágrimas. Al volverme, lo vi alejarse lentamente con su cabeza baja, trastabillando los pasos, tal como si estuviera borracho. Sólo Dios sabía la tragedia interna que se desarrollaba en aquella alma ingenua y buena. Por una coincidencia del destino o por haberlo así acordado, esa misma noche Graciela desapareció huyendo de su hogar, e iniciando también su carrera pendiente abajo.

Posteriormente y por chismes que partían de las mismas amigas de Graciela, se supo que en Guadalajara al vender el camafeo obsequiado por Sebastián y esperando que le dieran una bicoca se quedó pasmada al conocer el altísimo valor de aquella valiosa obra de arte, a pesar de la depreciación que naturalmente hizo el comprador. Con aquel capital vivió y gozó a lo grande una temporada corta en compañía de su Roberto, que inexperto y vicioso, dilapidó rápidamente lo que hubiera sido una sólida base para aquel matrimonio que no llegó a consumarse y sólo le quedó a la pobre muchacha el lastre del alcoholismo, antesala del camino hacia la prostitución. A pesar de ser un chamaco en esa época, no pude olvidarme del suceso, pero sobre todo de aque-

llas caras de los padres de Graciela; gentes buenas, honradísimas, trabajadoras, a quienes les quedó un hondo surco en las penalidades del alma y unas ojeras eternas en sus ahora para siempre tristes rostros. Si no hubiera sido por Javier, aquellos desventurados habrían muerto prematuramente. Aquel jovencito, a pesar de su corta edad, sabiendo e intuyendo la hendísima mortificación causada por su desgraciada hermana, se dedicó a distraer en todas las formas imaginadas a sus queridos progenitores, para ahuyentarles el fantasma que se quería anidar en sus mentes. Tal era su empeño que, ordenarse sacerdote fue un pequeño paso de transición que honró a sus padres y lo dignificó a él.

Volviendo a Sebastián, como los males nunca vienen solos, tuvo que afrontar un nuevo y grave problema, su padre se moría irremediamente y sus días de existencia estaban, según el médico, contados. Y allí, al lado de su enfermo estaba pegado el fiel y buen hijo, rumiando su dolor y templando su resistencia emotiva ante lo inevitable...

XII

A través del patio se colaron con presagios de muerte los gritos histéricos de Esthercita, que aún no viendo, miraba a través de los oídos presintiendo la fatal cercanía de la parca. Apresuradamente seguí a mi madre cruzando la pequeña huerta, movido más por la curiosidad que por la piedad. A cada grito se me "enchinaba" el cuerpo, pero, repitió, aquellos horribles aullidos me causaban más que dolor, una morbosa hilaridad. No me explico por qué no sentí ni siquiera compasión y si Sebas no hubiera estado de por medio, ni la agonía de don Ramón ni los lloriqueos de su esposa, hubieran podido de veras conmovirme.

Los rumores y cuchicheos de los vecinos y familiares haciendo rueda en el patio, se confundían en curiosas mezclas del lenguaje, no entendiéndose concretamente nada de lo que hablaban. Parecían abejas enloquecidas zumbando alrededor del panal.

Al llegar el cura, la gente no cabía y se apretujaba en el cuarto del moribundo por lo que el sacerdote se vio en la necesidad de ordenar que se salieran al corredor, pues iba a confesar a don Ramón y precisaba quedarse a solas con él.

Como un autómatas salió Sebastián de la habitación encaminándose hacia su humilde cuarto; como nadie lo acompañaba, yo lo hice tomándole en un impulso que me salió de adentro, una de sus manos. Sorprendido se volteó a verme con sus grandes y saltones ojos desmesuradamente inflamados y enrojecidos y al observarlo, sentí tanta pena por él, que casi sin darme cuenta, mis ojos se empañaron con velos turbios y comencé a llorar; sí, estaba llorando al palpar de cerca el sincero y auténtico dolor de aquel buenísimo hombre. Calladamente se acercó mi madre posando suavemente sus lánguidas manecitas en mis hombros, como si con aquel contacto me transmitiera un silencioso mensaje de solidaridad y ternura en mi espontánea acción.

Una vocecilla pillona reclamaba con urgencia a Sebastián desde los umbrales del cuarto de don Ramón: —Sebastián, chillaba la vocecita— te llama el padre Juan.

A grandes zancadas se acercó el hijo adolorido introduciéndose con el sacerdote hasta la propia orilla de la cama del moribundo.

—Sebastián, —dijo el eclesiástico— tu anciano papá, en artículo mortis se ha confesado y ha recibido de mis manos la extremaunción; como su estado es gravísimo y casi no puede hablar, quiere que te acerques a su boca pues desea hacerte algunos encargos.

El atribulado peluquero rápidamente puso su grande oreja, presto a escuchar los últimos mandatos de su tirano progenitor. En ese instante una flema hervía en la garganta y hubo necesidad de levantar la cabeza de don Ramón para que la expulsara y con tal motivo la gente ávida de curiosidad se arremolinó alrededor de la cama y entonces aquel viejo agonizante, casi gritando tartajeó desesperado: —quiero que te cases con ella. —¿Con quién papá? preguntó angustiado Sebas —con ella, porque yo le di palabra de matrimonio y no se lo cumplí. —Sí papá, sí papá, pero con

quién? —¿Con Esther! ¿Con Esther! —vomitaba en estertores el anciano haciendo esfuerzos sobrehumanos.

Como un eco de repetición la noticia oída por todos, levantó un verdadero alud de comentarios, protestas y risas, que le restaron seriedad al trance mortal a que de inmediato pasó don Ramón, dejando por fin sus oídos sordos a los espeluznantes chillidos de Esthercita que, adolorida por la muerte, o atormentada por la inesperada petición, aumentaba el volumen de sus berridos.

La muerte sellaba un compromiso y daba como única herencia al inesperado y atónito novio, a una robusta esposa de tercera o cuarta mano...

XIII

Era la temporada de lluvias y el quinto día que incesantemente caía del cielo aquel preciado líquido, tras una agobian-te sequía prolongada por varios años. Este día que jamás olvidaré, fue el escogido por las vecinas y comadres para casar a Sebastián con Esther y cumplir así con el mandato póstumo del difunto don Ramón. La ceremonia la ofició el mismo sacerdote que le dio la absolución, de tal manera que en mi mente de jovencito, no cabía tal monstruosidad, pues las mismas manos que desataron del ombligo de este mundo a don Ramón, por un mero capricho satánico de éste, iban a aatar para siempre a su único hijo con una mujer que podría ser no sólo su madre, sino su abuela, toda achacosa, fea, gorda, miope, enferma, latosa, pero eso sí, presumiendo de vestido blanco indiferente a los dardos venenosos de las boquitas siempre comunicativas de mis amables y recordadas vecinas. Decía que aquello me parecía una comedia y sentí un odio atroz contra el Padre Juan que muy profesional y solemne, ponía toda la elocuencia de que era capaz en sus palabras, como si estuviera realmente casando a dos adolescentes enamorados. El sabía muy bien y Dios de seguro se lo reprocharía, que estaba cometiendo un verdadero cri-

men al matrimoniarse a la fuerza a un pobre hombre, sumiso y obediente hasta el sacrificio.

La lluvia arreciaba y amenazaba con entrar por los vitrales sacudiendo violentamente las ventanas y puertas. Lo que había sido agua mansa era ahora una verdadera catarata acompañada de truenos y relámpagos. Al compás de esta sinfonía siniestra e infernal, Sebastián tomaba como esposa para toda la vida a la amante de su padre. Esther lloriqueaba de emoción, derramando el rimel que en cantidades fabulosas se había embadurnado en sus pegajosas pestañas. Se veía tan monstruosamente ridícula con su vestido de tafeta blanco que parecía un tamal con pasas que le brotaban de los ojos.

A la hora de las felicitaciones aquella dama gorda, ahora convertida oficialmente en señora, seguía llorando quizá de arrepentimiento o tal vez de gusto, la verdad no se sabía, pero al mirar a través de los gruesísimos cristales de los lentes, sus enormes ojos de ternera a medio degollar, acusaban un chispazo de alegría. ¡Entonces pues, la bribona estaba contenta con el cambio que el destino le deparaba de trocar al padre por el hijo!

La ceremonia había concluido y aún llovía a cántaros. Las calles eran unos verdaderos ríos imposibles de cruzar. Las bestias de tiro estaban inquietas como oliendo la tragedia que se avecinaba relinchando enloquecidas.

A duras penas y nadando materialmente salimos del templo que se encontraba a sólo una cuadra de la casa. Esther era un objeto difícil de manejar por su voluminosidad, cayendo a cada instante al suelo, arruinándose su peinado, su vestido y también sus rollizas rodillas. En medio de aquella tempestad entre las luces moradas de los relámpagos, todos los invitados y testigos de la boda, luchaban a brazo partido para dominar a los caballos que asustados escapaban desbocados, quedándose algunas de las personas a pie y quienes olvidándose de los animales se dirigían apresuradamente a sus casas completamente empapados.

Un rumor sordo y luego un gran estallido fue el comienzo del final. —¡La represa, la represa, se ha reventado!

Las voces aquellas estaban preñadas de un pánico aterrador. El drama de la inundación se iniciaba...

XIV

Aquel fatídico día del casamiento de Sebastián amaneció lloviendo en una forma más pertinaz que los días anteriores, aumentando gradualmente la fuerza de la lluvia hasta convertirse finalmente en un verdadero chubasco.

Serían las once y media de la mañana cuando recién concluida la ceremonia religiosa, se escuchó a lo lejos un fuerte ruido que retumbó en la bóveda de la iglesia. La represa, la nueva represa, casi recién construida, no pudo soportar la fuerte presión a que se vio sometida y tuvo que rajarse abriendo sus brazos de cemento y fierro, para soltar en forma desordenada y tempestuosa el caudal que contenía en su vientre. Casi al instante, todas aquellas tierras bajas aledañas, tomadas por sorpresa, se vieron cubiertas por la gran avenida sepultando a sus moradores y arrasando implacablemente todo aquello que se atravesaba en su paso impetuoso.

Al principio, entre gritos desesperados y confusos escuchábamos los ayes inútiles y angustiosos de las víctimas, los lastimeros balidos de las ovejas, los desgarrantes ladridos de los perros, el imperioso cacaraqueo de las gallinas y una serie interminable de explosivos ruidos extraños y sordos como de casas desplomándose y sacudiéndose violentamente y los agudos y espeluznantes chillidos de los alambres eléctricos que chicoteaban sin gobierno silbando por los aires un lúgubre canto de muerte.

Por un verdadero milagro nuestro barrio no fue inundado por encontrarse más alto que el resto de la población, pero obedeciendo al aviso apremiante del instinto de conservación, toda la familia, incluyendo a los animales domésticos, nos trepamos a la azotea de la casa, divisando a lo lejos la gran cresta de la creciente, que en forma aterradora, como una guadaña gigantesca, venía segando vidas por centenas.

men al matrimoniarse a la fuerza a un pobre hombre, sumiso y obediente hasta el sacrificio.

La lluvia arreciaba y amenazaba con entrar por los vitrales sacudiendo violentamente las ventanas y puertas. Lo que había sido agua mansa era ahora una verdadera catarata acompañada de truenos y relámpagos. Al compás de esta sinfonía siniestra e infernal, Sebastián tomaba como esposa para toda la vida a la amante de su padre. Esther lloriqueaba de emoción, derramando el rimel que en cantidades fabulosas se había embadurnado en sus pegajosas pestañas. Se veía tan monstruosamente ridícula con su vestido de tafeta blanco que parecía un tamal con pasas que le brotaban de los ojos.

A la hora de las felicitaciones aquella dama gorda, ahora convertida oficialmente en señora, seguía llorando quizá de arrepentimiento o tal vez de gusto, la verdad no se sabía, pero al mirar a través de los gruesísimos cristales de los lentes, sus enormes ojos de ternera a medio degollar, acusaban un chispazo de alegría. ¡Entonces pues, la bribona estaba contenta con el cambio que el destino le deparaba de trocar al padre por el hijo!

La ceremonia había concluido y aún llovía a cántaros. Las calles eran unos verdaderos ríos imposibles de cruzar. Las bestias de tiro estaban inquietas como oliendo la tragedia que se avecinaba relinchando enloquecidas.

A duras penas y nadando materialmente salimos del templo que se encontraba a sólo una cuadra de la casa. Esther era un objeto difícil de manejar por su voluminosidad, cayendo a cada instante al suelo, arruinándose su peinado, su vestido y también sus rollizas rodillas. En medio de aquella tempestad entre las luces moradas de los relámpagos, todos los invitados y testigos de la boda, luchaban a brazo partido para dominar a los caballos que asustados escapaban desbocados, quedándose algunas de las personas a pie y quienes olvidándose de los animales se dirigían apresuradamente a sus casas completamente empapados.

Un rumor sordo y luego un gran estallido fue el comienzo del final. —¡La represa, la represa, se ha reventado!

Las voces aquellas estaban preñadas de un pánico aterrador. El drama de la inundación se iniciaba...

XIV

Aquel fatídico día del casamiento de Sebastián amaneció lloviendo en una forma más pertinaz que los días anteriores, aumentando gradualmente la fuerza de la lluvia hasta convertirse finalmente en un verdadero chubasco.

Serían las once y media de la mañana cuando recién concluida la ceremonia religiosa, se escuchó a lo lejos un fuerte ruido que retumbó en la bóveda de la iglesia. La represa, la nueva represa, casi recién construida, no pudo soportar la fuerte presión a que se vio sometida y tuvo que rajarse abriendo sus brazos de cemento y fierro, para soltar en forma desordenada y tempestuosa el caudal que contenía en su vientre. Casi al instante, todas aquellas tierras bajas aledañas, tomadas por sorpresa, se vieron cubiertas por la gran avenida sepultando a sus moradores y arrasando implacablemente todo aquello que se atravesaba en su paso impetuoso.

Al principio, entre gritos desesperados y confusos escuchábamos los ayes inútiles y angustiosos de las víctimas, los lastimeros balidos de las ovejas, los desgarrantes ladridos de los perros, el imperioso cacaraqueo de las gallinas y una serie interminable de explosivos ruidos extraños y sordos como de casas desplomándose y sacudiéndose violentamente y los agudos y espeluznantes chillidos de los alambres eléctricos que chicoteaban sin gobierno silbando por los aires un lúgubre canto de muerte.

Por un verdadero milagro nuestro barrio no fue inundado por encontrarse más alto que el resto de la población, pero obedeciendo al aviso apremiante del instinto de conservación, toda la familia, incluyendo a los animales domésticos, nos trepamos a la azotea de la casa, divisando a lo lejos la gran cresta de la creciente, que en forma aterradora, como una guadaña gigantesca, venía segando vidas por centenas.

Casi rozando nos pasaron las embravecidas aguas llevando en su alocada carrera un increíble cargamento de seres y cosas: cadáveres de hombres, mujeres, niños, ancianos, perros, gatos, caballos, vacas, roperos, camas, maderas, telas desgarradas, pedruzcos, carretas, árboles y hasta casas enteras. Aquello era inconcebible, una pesadilla arrancada de las mismas entrañas del infierno. Vimos inauditos actos de valor y un sinnúmero de hechos cobardes. Abandonos de hijos, de esposas y hasta de madres. Allí cada quien luchaba por salvarse a sí mismo. Escenas de tragedia y si cabe, de risa helada. Comedias donde el dramatismo y la comicidad, apenas se medían en el ancho de un cabello. Mujeres anónimas, madres heroicas que sin vacilar se arrojaban en aquellos brazos turbios tratando de salvar a sus pequeños. Hombres que soltaban a sus mujeres por asirse a un madero de esperanza. Actos de valor insensato como aquel que arriesgó su vida por salvar la de su gallo. Niños aterrorizados que velozmente pasaban sobre los despojos de sus hogares, camino a la muerte. Viejecitas que agarraban en un último y desesperado esfuerzo la mecedora de sus añoranzas en las asesinas aguas achocolatadas. Cristos mutilados navegaban en ruda y cruel ironía al lado de cuadros de mujeres desnudas con los cabellos pintados; mientras que sobre un tablón endeble un cerdito gruñía a su compañera abriendo sus ojos azorados. De vez en vez, cruzaban piernas, brazos y cabezas sin vida. Inútil, absolutamente inútil poder hacer algo. Los que teníamos la fortuna de estar viviendo, queríamos morir de dolor y desesepación por nuestra impotencia.

Día veintiocho de Agosto de 1936. Fecha catastrófica para mi querida y joven ciudad. Final de todas las luchas y de todos los esfuerzos que iban encaminados al bienestar y al progreso.

Dolor y angustia. Destrucción y muerte. ¿Por qué Dios mío? como un eco colectivo se elevaba la pregunta sin respuesta. ¿Por qué Dios mío? ¿Por qué?...

XV

Tiempo. Gran amigo. Hacedor y deshacedor. Su solo

transcurso mitiga, reconforta y alivia las penas más hondas. A su paso las llagas se cierran, la mente se distrae y finalmente todo se resume en el recuerdo.

Poco a poco se restañaron las heridas en los cuerpos y en las almas. Las brechas, las casas derrumbadas, aquellos lodazales, fueron desapareciendo para dar paso a una nueva ciudad, remozada y modernizada; su fisonomía volvió a ser limpia y hermosa. Solamente como prueba y testimonio del recién pasado, los vestidos negros de las mujeres, cual banderas luctuosas, acusaban la tragedia ocurrida.

Realmente no sé cómo calificar a aquellos primeros colonizadores de mi ciudad, sólo se me antoja decir que eran sencillamente unos verdaderos hombres. Invencibles, volvieron a poner piedra sobre piedra y pronto el humo de las pequeñas fábricas, retornó a volar en el aire con mensajes de prosperidad y victoria.

Tomando experiencia del grave suceso, las aguas se desviaron canalizándolas hacia otras zonas donde más tarde fueran guardadas por una gran presa; como casi todo hubo de cambiarse, las avenidas se ensancharon, las calles se alinearon y toda la ciudad en un concierto de orden se transformó en una nueva urbe más limpia, más simétrica, en una palabra, en una futura gran metrópoli.

Volviendo a nuestro héroe Sebastián, diré que desde un principio guardó su distancia respecto a su esposa legítima, tratándola con la compostura y el respeto que se le prodiga a una madre. El había cumplido la promesa a su padre y veía en doña Esther a la verdadera esposa de don Ramón. Es más, él continuó durmiendo en su mismo humilde cuartito y al recrudecer en ella sus viejas enfermedades, empezó a cuidarla y atenderla casi como lo hacía con su padre.

Como el trabajo aumentaba en la peluquería, Sebastián contrató a un joven aprendiz para que lo auxiliara y también —esto por consejo de las vecinas— a una muchacha que pudiera atender tanto a la inútil de doña Esther como a los quehaceres propios de la casa.

En un principio y antes de solicitar la ayuda de las personas mencionadas, Sebastián se había hundido materialmente

en todos los aspectos. El hombre se notaba acabado, extenuado y poco comunicativo. Ahora y sobre todo con la presencia de María, su humor volvía a cobrar aleteos de optimismo.

Aquella jovencita pulcra, seria y bonitilla que llevara el mismo nombre de la madre de Cristo, comenzó a influir lenta pero eficazmente en el ánimo de Sebas. Sus ojos, aquellos ojillos que tiempo atrás brillaron con fulgores extraños cuando andaba chiflado con Graciela, adquirieron resplandores nuevos y su paso cobró la agilidad y firmeza de una persona que se siente joven y saludable.

Invariablemente todas las mañanas oíamos desde la casa la voz delgadita de Esther —¿Sebastián, ya te levantaste hijo?— Sí Esthercita, ya voy a atenderla —contestaba aquel desde su cuartucho.

Obvio sería repetir que aquel matrimonio absurdo era considerado como tal por el sacramento, pero en la realidad, la pareja —cuando menos Sebas— seguía viendo y tratando a Esthercita como la viuda de su padre.

Pronto y con los primeros claros del alba se escuchaba sonar el zaguán, en seguida los pasos precipitados de Sebastián y tras cerrar la puerta, breves taconazos anunciaban que María había llegado. Así se iniciaba día tras día, un ritual que llegó a hacerse una costumbre. Al principio, cuando Sebastián abría la puerta y entraba María, se escuchaban cuchicheos y susurros, pero a medida que pasaba el tiempo aquello era todo una zalamería. Sebas corría eufórico y luego hablaba a grandes voces con María saludándola con mucha efusión. Aquellas atenciones y cortesías significaban muy a las claras los sentimientos del figaro hacia la muchacha y según se notó más adelante, aquellos chicoleos eran correspondidos por la joven que también se había enamorado de Sebastián.

Todo iba maravillosamente, pero de repente el rencor y los celos anidaron en un pecho egoísta: Esther iba a reclamar sus derechos de esposa...

XVI

El idilio iba cada día en aumento. Los enamorados ape-

nas sí disimulaban sus sentimientos frente a las demás personas. Pero todo mundo, sabiendo feliz a Sebastián que tanto había sufrido, se hacía de la "vista gorda" y aprobaba tácitamente el romance.

El peluquero estaba más activo que nunca y por vez primera en su vida, la fortuna le sonreía también en lo económico. Los clientes salían satisfechos por la ejecución rápida proveniente de sus diestras manos. A cada progreso, el figaro veía más por su figura y presentación. Primero se fue a arreglar la dentadura, en seguida, con ayuda de su auxiliar, principió a acicalarse y darse un corte de pelo interesante, después comenzaron sus visitas con el sastre y por último a procurarse buenas viandas y comer como Dios manda. Total aquel hombrecito cambió radicalmente y también las transformaciones se operaron en la propia casa. Poco a poco, aquel caserón sórdido, se fue convirtiendo en un albergue moderno, funcional y cómodo. Lo único que no cambiaba y por el contrario con el transcurso del tiempo se amargaba más y cada día se hacía más insoportable, era Esther. Sus lamentos y quejas eran escuchados por los vecinos inmediatos, quienes, conociéndola, ponían oídos sordos a sus ayes lastimeros.

A iniciativa de María, aquel nuevo hogar, ahora inundado de luz y alegría, recibió con júbilo una bandada de pájarillos que volaban a discreción dentro de una enorme y vistosa jaula que compró Sebastián, irradiando cantos y colores que se dispersaban por toda la casa y lugares circunvecinos. Desde nuestro hogar, oíamos complacidos los alegres trinos de aquellas avecitas de Dios.

Pronto, casi sin darse cuenta llegó la fatídica fecha del aniversario de bodas y con él, el golpe del recuerdo de la gran tragedia. Fue día de luto y de tristes remembranzas para el grueso de la población, pero para Esther fue la fecha del Aniversario de bodas, y ella como mujer casada, tenía derecho a que su primer año se recordara y lo que es el colmo... se celebrara; así, inopinadamente se lo manifestó en los albores de la mañana a su marido quien estaba muy distante

y ajeno a la extraordinaria y peculiar memoria de su esposa legítima, pensando solamente en el momento en que llegara su adorada María, motivo y fin de su nueva vida. Así que cuando escuchó la voz melosa y aflautada de la gorda: ¿hijo, te acuerdas? —hoy cumplimos nuestro primer año de casados, como estamos muy bien económicamente, quiero que a la noche invitemos a los vecinos y amigos para celebrarlo—. Al oír aquellas palabras, Sebastián se sintió herido como por un rayo viniendo en tropel a su memoria las escenas de la muerte de su papá y luego aquella promesa que su alma inmaculada y sumisa ofrendaba: contraer matrimonio con la querida de su padre. Y por si fuera poco, aquel día terrible, horrendo, infernal, aquel día arrancado de las páginas escalofrantes de la Divina Comedia, en la cual una ciudad entera se ahogaba, venía de nuevo a presentarse en fantasmagóricos pasajes. Pues sí, ese día estaba marcado fatalmente como la fecha de su matrimonio y ahora su hipopótamo consorte se encargaba de recordárselo y resregárselo en un alarde de cinismo. Con toda la furia contenida por tantos años de paciencia y pasividad, Sebastián, el nuevo Sebastián, iba a replicar impulsado por la ira, pero unos toques coquetos y breves anunciaron la llegada del ser más querido de la tierra: ¡María!, quien sin proponérselo ni saberlo, evitó por el momento el choque inevitable. Al oír Esther que Sebastián corría hacia la puerta, haciendo un esfuerzo tremendísimo logró incorporarse en la cama, quedando en una postura ridícula entre acostada y sentada, pero eso sí, con el oído muy alerta a la escena que se desarrollaba en el pasillo entre Sebastián y María quienes amorosamente agarrados de la mano, hablaban en voz baja comentando la actitud de Esther. Sebastián que no tenía secretos para con su amada, por un momento perdió su compostura y casi gritando le dijo: —Es una ingrata, quiere vengarse porque sabe que ando contigo— María, tratando de consolarlo y serenarlo le aconsejaba: —déjala, no le hagas caso, tú sabes que es un capricho, no puede la pobre sostenerse en pie—. En eso, se oyó algo que rebotó en el suelo y una aguda voceci-

lla que exclamó con odio: ¡ramera!...

XVII

Otra vez más y ante aquellos maullidos enloquecedores, el tropel de vecinos no se hizo esperar y pronto el patio que daba acceso a la habitación se vio inundado de curiosos, quienes ante los ayes dolorosos de la gorda y sus entrecortadas imprecaciones, no acertaban a entender, de fijo, qué era lo que decía, aunque se asomaban de repente frases clarísimas como: “ramera”, “ladrona de maridos”, y otras de color más subido.

Por fin y entre todos los que amablemente aportaron sus brazos para de pasada gozar (?) con aquellas turgentes, mórvidas y mantecosas carnes, Esther fue colocada en una silla, resoplando como una vieja locomotora. Una vez que se repuso un poco, empezó a lloriquear su desgracia, invitando con sus gimoteos y lágrimas a una compasión colectiva. —Canalla, me has traicionado con esa busca-hombres y tenía que ser en este gran día de nuestro aniversario. Saquen de aquí a esa mosquita muerta que ya no deshonre esta casa— y por allí la ramplona perorata, hasta que se vio interrumpida por una voz que, aunque denotaba emoción, era tranquila y sentenciosa: Tienes razón Esther, tenía que ser en este día, gran día de aniversario de Bodas para ti, pero también el más aterrador y trágico para nuestra comunidad. ¿Qué acaso no recuerdas que como una maldición en tu sagrado día de forzada y ridícula boda, la mitad de la población murió ahogada? Eres, además de tonta, una insensata egoísta, no tienes siquiera el menor recato, ni la más mínima vergüenza, ya que regaladamente te entregaste a don Ramón; y desatendiendo el llamado de algún sentimiento noble, no detuviste la promesa de un inocente, en el preciso momento en que es difícil decir que no a nadie. Eres la mujer más vanidosa y estúpida que he conocido. Desde el momento que no tuviste la dignidad para consumir el absurdo matrimonio que por

intermedio del cura, Dios sancionó, he sentido asco y desprecio por ti y aún siendo creyente como soy, tengo mis dudas muy serias respecto de la validez de tu casamiento. En cuanto a María, esa honesta y buena muchacha que vino a darle verdadera vida a Sebastián, vale sin comparación alguna un millón de veces más que tú, y a ella y a Sebastián les digo delante de todos, que defiendan su amor y realicen sus ilusiones de acuerdo con lo que la vida les reclama.

En el fondo, casi desapercibido, estaba el sencillo y humilde sacerdote quien dijo compungido en baja voz: —Tiene razón Aurelia, Dios me perdona, pero, tiene razón.

Aquellas palabras fueron las únicas y las últimas. El silencio reinó en la estancia y patio, comenzando a disgregarse los asistentes sin hacer comentarios. El Padre Juan se acercó a mi tía Aurelia acompañándola a través de los huertos rumbo a mi casa.

Entretanto mi cabeza todavía no acababa de acertar a comprender cómo había sido que mi tía Aurelia, tan callada, tan insignificante, hubiera sido capaz de hablar tan categóricamente, que nadie, ni Esther, ni el cura, se atrevieron a interrumpirla.

Poco a poco la gente fue dispersándose, quedándose sola, ridícula y triste, la gorda Esther en aquel viejo sillón de madera. Sebastián fue a encerrarse en su modesta vivienda y María calladamente se había ido rumbo a su casa.

Pronto cayó la noche de aquel día inolvidable. En el cielo gruesos nubarrones parecían querer recordarnos la tragedia pasada. Y en mi cabeza seguían martillando las palabras de mi tía Aurelia. ¿Pero cómo había sido posible que ella fuera la heroína? ¿Por qué tuvo el valor y la decisión de hablar así?

Más tarde, un poco más tarde, supe el por qué: Un pequeño incidente, una casualidad, me dieron la clave en la vida de Aurelia. Supe su gran secreto...

XVIII

Gotearon las horas. Cada mañana los alegres pajarillos

saludaban la llegada del astro rey, pregonando el nuevo día con gorjeos de felicidad.

Sebastián, de nuevo triste y abatido, daba de comer a las avecillas que le había dejado en prenda su amada y tal como ella lo hacía, las llamaba por sus nombres, nombres puestos de acuerdo con las gracias o cualidades de los pajaritos, así: coqueta, peinada, brincona, monada, eran los pequeños bautizados, que al recibir sus granitos de alimento, entonaban verdaderas sinfonías de agradecimiento.

Constante, fiel y tan bueno que olvidaba agravios, Sebas daba todas las mañanas sus vueltas a Esther para preguntarle como había amanecido y que era lo que podía ofrecérsele. La pobre gorda había quedado sumida en una especie de letargo. Humillada y despreciada, procuraba no llamar la atención, desplazándose torpemente como una sombra al baño, cargando sola y a duras penas, como un fardo, su enorme cuerpo. Daba mucha lástima verla tanteando con sus toscas manos —ojos de ciego— las vasijas que iba a utilizar. Esther estaba quedando irremediamente ciega y su salud se desmejoraba, por lo que Sebastián llamó al médico para que la visitara con regularidad y optó, por consejo de éste, por ponerle a su cuidado a una muchacha estudiante de enfermería durante la crisis.

Después de aquel incidente, María no había vuelto a la casa, yéndose a vivir con unos tíos a un pueblecito no muy distante de la ciudad. Esos parientes era lo único que le quedaba en la vida, pues sus padres y hermanitos habían muerto cuando la inundación, salvándose ella por la coincidencia milagrosa de estar en esos días terribles, visitando a los mismos familiares a los que ahora de nuevo recurría. Su tío Anselmo y su tía Teresita eran primos entre sí, siendo la segunda, hermana de su casi recién finada mamá.

Aquellos viejos veían a María como a su propia hija y ahora más que nunca estaban encariñados con ella, pues la tragedia les había traído al hijo que nunca pudieron concebir.

Por su parte, Sebastián, ya sabedor del paradero de María, por carta solicitó el permiso correspondiente para poder ir a visitarla y una vez concedido, cada domingo desde muy temprano abordaba el tren que lo conducía cerca del poblado en cuyo andén de la pequeña estación, lo esperaba su amada en un guayín tirado por caballos para llevarlo en seguida al mero casco de la hacienda.

Cerca de la casita pobre, pero confortable, dominaba el contorno una breve colina a donde solían subir los enamorados a confiar sus cuitas de amor a la madre naturaleza. De la cúspide, que remataba en una meseta levemente inclinada, se podía admirar un paisaje de ensueño; pinos grandes y alargados rascaban con sus estiletes verdes el azul limpio y transparente del cielo; árboles de tonos parduscos serpenteaban caprichosamente la ladera de la montaña, contrastando con los guños de los álamos plateados y la coqueta esbeltez de los eucaliptos.

Por la noche, Sebas se despedía y cerca de la madrugada del lunes, recién llegado, se aprestaba de nuevo a trabajar, después de dormitar en el tren durante todo el trayecto. Cada fin de semana se hilvanaba a otra y la costumbre empezó a dejar huella. Al regreso, arrullándose con el monótono traqueteo de las ruedas del tren, Sebastián soltaba a volar las palomas de su fantasía y se imaginaba viviendo con María, juntos los dos, como dulces y amantes esposos. Soñaba en ser feliz y plenamente sentir cerca de sí al ser amado. Comprendía que el tiempo pasaba y muy pronto sería un viejo. Así que rogaba calladamente a Dios que le ayudara a resolver su problema. Le urgía reclamar a la vida su pedazo de dicha, antes que fuera demasiado tarde.

Sabía que legalmente podía intentar el divorcio de Esther, pero lo que más le preocupaba, mortificando tanto a él como a María era el aspecto espiritual, el religioso, pues desbaratar el lazo sacramental, era casi un imposible. El padre Juan le había dicho que tendrían que hacerse gestiones directas en el Vaticano, en Roma, ante un organismo llamado de la Rota, que conocía el aspecto legal y religioso del pedimento de divorcio, pero que éste procedimiento era muy tar-

dado y costoso. Se sentía en su interior liberado de la injusta carga que le impuso su finado papá, pues el propio sacerdote después del incidente de Esther, habló con él y le tranquilizó la conciencia, ya de por sí pura e inmaculada.

Así transcurrieron cerca de cuatro meses, hasta que un lunes por la madrugada, cerca de Nochebuena, al llegar a su casa, casi se le paralizó el corazón. Los vecinos a boca de jarro, le anunciaron que la gorda Esther, su legítima esposa, yacía muerta y la policía investigaba...

XIX

Gran alboroto se armó cuando hizo su aparición Sebastián. El policía encargado de la investigación recién llegado de la Capital, inmediatamente ordenó a sus subalternos la aprehensión del peluquero. Este aturdido y sorprendido, reclamaba débilmente y con voz apagada su situación, preguntando qué era lo que había pasado. El polizone en tono majadero y malicioso le espetó: --para qué te haces, si le diste su toma a la gorda. Segundos después lo llevaban casi a rastras hasta el borde de la cama en donde grotescamente reposaba el cadáver de Esther.

El pobre figaro no salía de su asombro. Tartamudeando y con los ojos llorosos y desorbitados preguntaba con angustia qué era lo que había sucedido. Al volver la cara se encontró con rostros duros y burlones. Más toscos y más fríos que el propio rostro de la muerte.

A empellones, cebándose en su debilidad e indefensión, aquellos salvajes representantes del orden y la justicia, arrojaron al presunto criminal en un coche desvencijado que pronto se encaminó a la tétrica cárcel ubicada en las afueras del poblado.

Por vez primera en la historia de la incipiente ciudad, por la noche se lanzó una "Extra" traída exprofeso de la cercana Capital, sin duda, alguien, algún cobarde de poco corazón, había hecho la denuncia del supuesto asesinato ante las autoridades judiciales de la vecina urbe, consistente en una sola hoja que encabezaba a ocho columnas el siguiente titular: SANGUINARIO CRIMEN y luego una relación de hechos espeluznantes en los cuales apuntaba el redactor que la

población temblaba ante la presencia de un sádico criminal que había asesinado monstruosamente a su "atractiva" esposa, y por ahí la sarta de estupideces que llevaban el objetivo de inculpar y prejuizar al aborrecible Sebastián.

Los vecinos, sabedores de la conducta de Sebas, a quienes les constaba que la difunta no había derramado una sola gota de sangre, ni tampoco era "atractiva", encabezados por los principales jefes de familia se unieron para defender al peluquero. Don Jesús, comerciante ampliamente conocido y estimado por su solvencia moral y honradez, contrató los servicios de un abogado, para que se aprestara cuanto antes a defender al que sabíamos de antemano era inocente. Su propósito era que Sebastián fuera puesto en libertad absoluta antes de la ya muy próxima Navidad.

Mientras tanto, allá en la inmunda prisión, Sebas era vejado y humillado en su dignidad de persona humana cumpliéndose en este hombre, la antigua y eterna crueldad. Pocos eran realmente los delincuentes y salvo raterillos y vagos, al caerles un pez gordo a los estrafalarios polizontes, éstos creyeron que maltratándolo y aislándolo en el peor de los calabozos, hacían un acto de colaboración a la justicia. El figaro lloraba desconsoladamente mirando por la única ventanilla al cielo implorando la comprensión y clemencia divinas...

XX

Una tarde, recién llegado de la Escuela y como era costumbre, me puse a jugar con Lobo, el enorme perrazo pastor alemán, a quien le hacía muchas maldades encerrándolo en el cuarto de triques y observando cómo se las ingeniaba para escaparse. En aquel cuartucho desvencijado, existían varias cajas que ya en otras ocasiones había abierto por curiosidad y sabía que contenían altos y emplumados sombreros muy pasados de moda y que con inexplicable celo guardaba mi tía Aurelia hasta, quizá, la consumación de los siglos. Esa tarde, lobo, en su afán desesperado por salir de su prisión —ya que lo había encajonado prácticamente— pretendió escabullirse saltando por arriba y derrumbó estrepitosamente algunas de las cajas sombrereras. Oí un tintineo metá-

lico y vi semi-oculto en una de las tapaderas, un pequeño sobrecito ya muy amarillento, parecido a una esquila, y que ostentaba, con letra muy garigoleada y menuda la siguiente leyenda: "Respetable señor Don Valeriano Garza de las Fuentes". De inmediato, entre temeroso e intrigado abrí el sobrecito y me encontré con el contenido siguiente: "Muy Respetable Señor: Tengo el alto e inmerecido honor de pedir en matrimonio la mano de su delicada hija Aurelia. Al leer este nombre, me dio un vuelco el corazón, pues por el raro estilo de la letra, me pareció leer Amalia, en lugar de Aurelia y Amalia era mi santa madre, a la cual pedía en matrimonio nada menos que Francisco Paredes Treviño, mi padre. Me quedé helado y pensativo y sin soltar la tarjetita, recogí del suelo dos pequeñas moneditas de oro, cuya fecha coincidía con la del matrimonio de mis padres. De pronto, súbitamente, me pareció ver la luz y recordé vagamente algunos trozos de pláticas que escuché muy niño entre cercanos parientes... sí, ahora hilvanaba. Conjeturaban que aquel antiguo enamorado de la esquina, mi padre, pretendía realmente a Aurelia, no a Amalia con la que se casó. Al volver a fijar mi vista con más insistencia sobre aquel hallazgo, sentí, intuí, la presencia de alguien. No salía de mi atolondramiento, me parecía por unos instantes perfectamente claro que la mujer pedida en esa esquelita era aquella cuyo nombre aparecía cada vez con mayor precisión. Sí, sin lugar a dudas —pensé— aquí se trata de Aurelia. Pensé que posiblemente mi abuelo, corto de vista, cometió sin quererlo, la más aberrante e injusta equivocación al leer e interpretar mal el verdadero nombre y quizá mi padre obligado por las circunstancias de aquellas estrictas normas sociales imperantes, no tuvo el coraje de hacer aclaraciones, o no pudo a tiempo —Dios sabría las razones— enmendar el absurdo error. Me acerqué nerviosamente al tragaluz para observar de nueva cuenta aquellos trozos, cuando una fuerza superior me hizo volver mi vista hacia la puerta. Allí, paradita, quieta, silenciosa, pero con los ojos llorosos estaba mi tía Aurelia. Al verme sorprendido, corrí, con la cartita en la mano y la abracé con todas las fuerzas de mi alma. Ella, que no derramaba jamás una lágrima

población temblaba ante la presencia de un sádico criminal que había asesinado monstruosamente a su "atractiva" esposa, y por ahí la sarta de estupideces que llevaban el objetivo de inculpar y prejuizar al aborrecible Sebastián.

Los vecinos, sabedores de la conducta de Sebas, a quienes les constaba que la difunta no había derramado una sola gota de sangre, ni tampoco era "atractiva", encabezados por los principales jefes de familia se unieron para defender al peluquero. Don Jesús, comerciante ampliamente conocido y estimado por su solvencia moral y honradez, contrató los servicios de un abogado, para que se aprestara cuanto antes a defender al que sabíamos de antemano era inocente. Su propósito era que Sebastián fuera puesto en libertad absoluta antes de la ya muy próxima Navidad.

Mientras tanto, allá en la inmundicia prisión, Sebas era vejado y humillado en su dignidad de persona humana cumpliéndose en este hombre, la antigua y eterna crueldad. Pocos eran realmente los delincuentes y salvo raterillos y vagos, al caerles un pez gordo a los estafalarios polizontes, éstos creyeron que maltratándolo y aislándolo en el peor de los calabozos, hacían un acto de colaboración a la justicia. El figaro lloraba desconsoladamente mirando por la única ventanilla al cielo implorando la comprensión y clemencia divinas...

XX

Una tarde, recién llegado de la Escuela y como era costumbre, me puse a jugar con Lobo, el enorme perrazo pastor alemán, a quien le hacía muchas maldades encerrándolo en el cuarto de triques y observando cómo se las ingeniaba para escaparse. En aquel cuartucho desvencijado, existían varias cajas que ya en otras ocasiones había abierto por curiosidad y sabía que contenían altos y emplumados sombreros muy pasados de moda y que con inexplicable celo guardaba mi tía Aurelia hasta, quizá, la consumación de los siglos. Esa tarde, lobo, en su afán desesperado por salir de su prisión —ya que lo había encajonado prácticamente— pretendió escabullirse saltando por arriba y derrumbó estrepitosamente algunas de las cajas sombrereras. Oí un tintineo metá-

lico y vi semi-oculto en una de las tapaderas, un pequeño sobrecito ya muy amarillento, parecido a una esquila, y que ostentaba, con letra muy garigoleada y menuda la siguiente leyenda: "Respetable señor Don Valeriano Garza de las Fuentes". De inmediato, entre temeroso e intrigado abrí el sobrecito y me encontré con el contenido siguiente: "Muy Respetable Señor: Tengo el alto e inmerecido honor de pedir en matrimonio la mano de su delicada hija Aurelia. Al leer este nombre, me dio un vuelco el corazón, pues por el raro estilo de la letra, me pareció leer Amalia, en lugar de Aurelia y Amalia era mi santa madre, a la cual pedía en matrimonio nada menos que Francisco Paredes Treviño, mi padre. Me quedé helado y pensativo y sin soltar la tarjetita, recogí del suelo dos pequeñas moneditas de oro, cuya fecha coincidía con la del matrimonio de mis padres. De pronto, súbitamente, me pareció ver la luz y recordé vagamente algunos trozos de pláticas que escuché muy niño entre cercanos parientes... sí, ahora hilvanaba. Conjeturaban que aquel antiguo enamorado de la esquina, mi padre, pretendía realmente a Aurelia, no a Amalia con la que se casó. Al volver a fijar mi vista con más insistencia sobre aquel hallazgo, sentí, intuí, la presencia de alguien. No salía de mi atolondramiento, me parecía por unos instantes perfectamente claro que la mujer pedida en esa esquelita era aquella cuyo nombre aparecía cada vez con mayor precisión. Sí, sin lugar a dudas —pensé— aquí se trata de Aurelia. Pensé que posiblemente mi abuelo, corto de vista, cometió sin quererlo, la más aberrante e injusta equivocación al leer e interpretar mal el verdadero nombre y quizá mi padre obligado por las circunstancias de aquellas estrictas normas sociales imperantes, no tuvo el coraje de hacer aclaraciones, o no pudo a tiempo —Dios sabía las razones— enmendar el absurdo error. Me acerqué nerviosamente al tragaluz para observar de nueva cuenta aquellos trozos, cuando una fuerza superior me hizo volver mi vista hacia la puerta. Allí, paradita, quieta, silenciosa, pero con los ojos llorosos estaba mi tía Aurelia. Al verme sorprendido, corrí, con la cartita en la mano y la abracé con todas las fuerzas de mi alma. Ella, que no derramaba jamás una lágrima

ma, estaba llorando abundantemente, sin extremos y sin quejas. Suavemente me quitó el pliego y sacando unos fósforos de su delantal, le prendió fuego. Las moneditas son tuyas, guárdalas, como estoy segura que sabrás guardar nuestro secreto sin que nunca jamás desgarras el corazón de tu madre, ni empañes la memoria de tu padre. Y sin más, dio media vuelta y se perdió entre los cuartos...

Don Jesús, con dinamismo y rapidez se movía para lograr la libertad de Sebastián y en unión del abogado, visitó al Juez y al Agente del Ministerio Público, para que activaran el trámite de la averiguación y pudieran dejar en libertad al inocente.

Mientras tanto, el pobre Sebas, sufría el calvario del prisionero; su celda lóbrega y maloliente, trasminaba humedad que aunada al frío reinante, hacían imposible la vida en aquella mazmorra. Don Jesús gestionó la salida de aquel humillante lugar y logró con súplicas y dádivas que al reo lo dejaran permanecer en la oficina de la cárcel.

Como los días pasaban y ningún funcionario tenía apuro en solucionar el caso, optó aquel recio y gran hombre de Don Jesús, en trasladarse a la capital a entrevistarse con el propio Gobernador del Estado. Al efecto, se hizo acompañar del litigante y dos vecinos del barrio que se animaron a acompañarlo. En la estación, al despedirlos, todo era bullicio y optimismo, parecía que la gente, el pueblo, veía en aquellos hombres, sobre todo en don Jesús, al prototipo del héroe de novela.

Después supimos la odisea de aquellos hombres desinteresados y nobles que creían que todos los seres eran como ellos, buenos, sinceros y francos. ¡Qué equivocados estaban! Hasta el más modesto portero se tornaba en el más grosero y déspota de los semejantes. Pero a don Jesús no le amilanaba la actitud despreciativa de aquellos malos empleados y con entrega y valor, logró, después de tres días de humillantes antesalas ver al personaje que se proponía. Al principio, el

funcionario ejecutivo mostróse recio y cauto, pero como buen zorro viejo, al rato recorrió el velo y descubrió la sinceridad y la verdad en aquellos corazones. Mandó llamar al Procurador de Justicia y en su presencia le dio instrucciones para que de inmediato enviara un abogado de su confianza y en caso de ser cierta la versión de aquellas personas, se desistiera de las acciones entabladas en contra de Sebastián. Por si fuera poco habló por teléfono con el Magistrado del Tribunal y le pidió cooperación. Ni qué decir que don Jesús y acompañantes agradecieron aquel raro gesto del Gobernante y con el mismo funcionario encargado de la investigación, regresaron en el tren aprovechando el trayecto para hablarle, platicarle más a fondo de quién era Sebastián. Para fortuna, el hombre enviado, resultó activo y honrado, iniciando como primer trámite la exhumación del cadáver de Esther, para determinar por medio de la autopsia el motivo de la verdadera causa de la muerte y al ser enterado por el médico legista de que el origen había sido una falla cardíaca y no el supuesto envenenamiento, ordenó la libertad del prisionero.

Poco faltó para que aquello se convirtiera en jubilosa fiesta patria, pues todo el barrio se vació materialmente en la puerta de la cárcel y entre vítores y aplausos se le dio de nuevo la bienvenida al seno de la sociedad a Sebastián. El figaro llorando emocionado daba las gracias a don Jesús y a todos los vecinos por su interés en haberlo ayudado en aquellos momentos duros de su vida.

María, que había estado pendiente desde la aprehensión de Sebas, se lanzó sin titubeos en brazos del figaro llorando verdaderamente conmovida. La gente los aplaudía y felicitaba, compartiendo con ellos, como si se tratara de una gran familia, aquellos momentos de auténtica felicidad. Mañana iba a ser un gran día. El día de la paz y la concordia humanas. Mañana sería Nochebuena...

XXII
¡Nochebuena! Júbilo y alegría desbordantes en los co-

razones. Los vecinos encabezados por don Jesús, organizaron una gran y succulenta tamalada en honor de Sebastián y María. La enorme y larga mesa se instaló entre la arboleda en el patio común de varias de nuestras casas. A pesar de ser invierno, el día se mostraba plácido y complaciente en su temperatura. De trecho en trecho, las mujeres adornaban la mesa con tuestos de flores que le daban mejor aspecto y un colorido alegre que irradiaba luz y bienestar. Aquello parecía una especie de "kermesse" y no faltó quienes de los muchachos llevaran guitarras, acordeones y músicas de boca y entonaran bellas y bravías melodías de nuestra región.

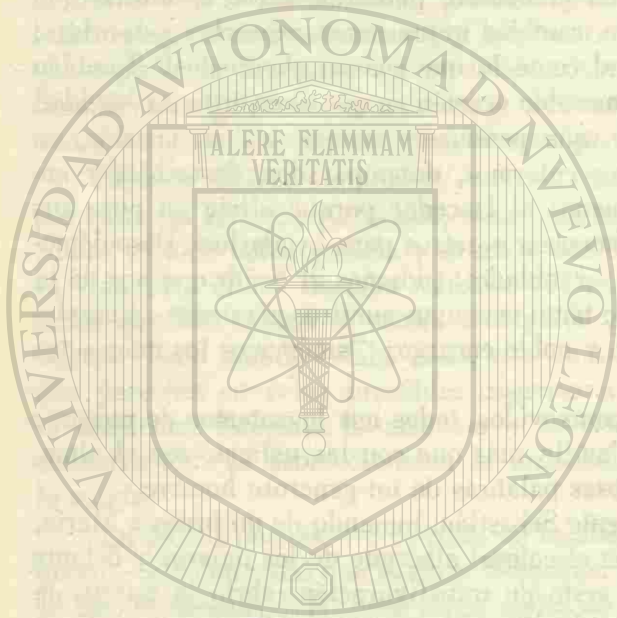
Sebas y María caminaban con las manos entrelazadas por entre las gentes, repartiendo, eufóricos, sonrisas y abrazos. Ahora ya todo había pasado y se abría una nueva y verdadera vida para ellos. Bastaba mirarlos tan contentos y enamorados que uno mismo se sentía contagiado por tal estado de ánimo. Todo mundo estaba feliz, con un sosiego y una paz que parecían en velos invisibles dispersarse gratamente por el ambiente. Reinaban la armonía y la concordia entre los concurrentes. El acontecimiento lo ameritaba y el gran día lo exigía.

En plenos postres —conservas de calabaza y naranja con queso— alguien pidió que hablara Sebastián. Al principio éste se hizo el desentendido, pero luego, todos al unísono, hicieron que, tambaleante e indeciso, se levantara el figaro. Todo mundo se calló y Sebastián, tartamudeando dijo: Queridos vecinos y amigos míos, una sola vez en mi vida me he sentido halagado y agasajado, ésta es esa ocasión y la comparto con la presencia del ser que más quiero en el mundo: María. Aquí se oyeron algunos aplausos y luego, más tranquilo y seguro continuó: Deveras me siento tan emocionado que no tengo más que palabras dictadas por el corazón agradecido para todos ustedes que han sido tan buenos conmigo. No quiero olvidar a don Jesús, quien tanto me ayudó para salir de prisión, no pudiendo nunca pagarle tan bello gesto. De pronto, como recordando algo, Sebastián anunció que este día tan grande era el santo de don Jesús y todos aplaudieron en dirección a éste, quien se levantó para agradecer los aplausos y alzan-

do las manos en ademán de silencio, habló así: respetables señoras, caballeros, amigos todos, muchas gracias por esta muestra de simpatía: sinceramente yo también estoy muy emocionado al ver aquí reunido a todo el vecindario como si formásemos una sola familia, realmente es para sentirse feliz, ojalá y hago mis votos en este día de Nochebuena, por que todos nuestros semejantes en el mundo, pudieran hacer lo mismo que nosotros, reunirse, cambiar impresiones, reproches y sonrisas; sentirse en verdad como lo que somos: ¡hermanos! También deseo en esta memorable ocasión en que el espíritu de Navidad nos ha abrazado, que pensemos, aunque sea un instante, en nuestros hermanos enfermos, desamparados, desvalidos y angustiados y roguemos al Hacedor porque alivie un poco sus penas y nos dé fuerzas a nosotros para ayudarlos. Despojémonos de egoísmos y vanidades; pidamos al Señor que nos dé la mansedumbre que tanto necesitan nuestros corazones. Curaplamos el más bello y noble encargo: "amémonos los unos a los otros".

Vivamente conmovidos, todos nos levantamos de nuestros asientos para aplaudir, más que con las palmas, con el alma, a aquellas generosas palabras de un generoso hombre.

Silenciosamente Sebastián, tomando de un brazo a María, se encaminó hacia el colosal albergue de los pájaros y delante de todos, en un gesto de transfiguración, abrió la puerta de la jaula, dándoles la libertad a sus queridas avecitas. Gran algarabía con el revolotear de aquella multicolor bandada de pajaritos; unos, partían derecho hacia el cielo infinito, otros, azorados, se posaban en las ramas de los árboles cercanos. Ni una palabra. ¡Parecía que flotaba sobre el ambiente el halo divino de la Paz!



UANL

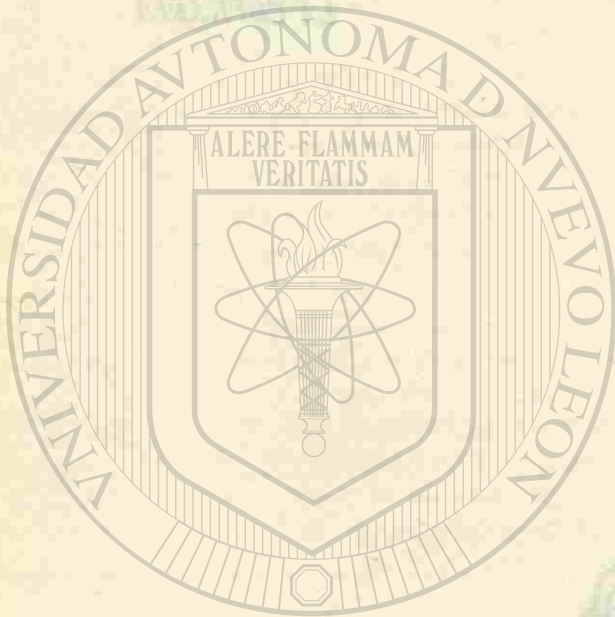
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA COFRADIA

EN ESTE MUNDO DE ILUSTRACIONES
NADA ES VERDADERO NI FANTASMA,
TODO ES REAL Y AL FIN DEL
DIA CRISTAL COMO EL SOL.



“LA VOZ DEL INVALIDO”

*“No de ilusiones que halagan
te hablaré, ni de moral
quiero que no hagas mal
ni dejes que te lo hagan”.*

*“Es la corte cosa brava,
todos mal de todos piensan.
Los enemigos comienzan
donde la nariz acaba”.*

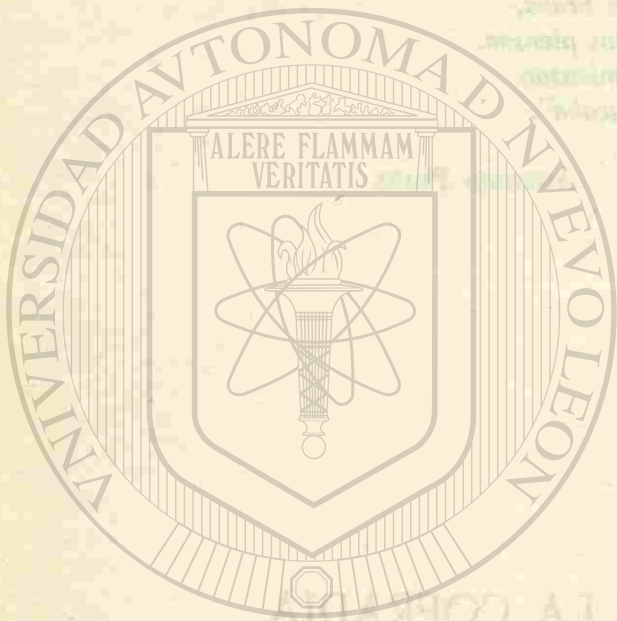
ANTONIO PLAZA

UANL
LA COFRADIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

“EN ESTE MUNDO TRAIOR
NADA ES VERDAD NI MENTIRA
TODO ES SEGUN EL COLOR
DEL CRISTAL CON QUE SE MIRA”.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*“Tú allí, con muy buenos modos
sé expansivo, sé jovial,
de todos piensa muy mal,
pero habla muy bien de todos”.*

*“Que mascarada es completa
la corte que veo con asco,
y sufre allí más de un chasco
quien no toma su careta”.*

ANTONIO PLAZA

I

*“Ni están todos los que son
ni son todos los que están”.*

—Nunca creí que el tiempo transcurriera tan rápidamente y me viera, de pronto, ante el honor, pero también ante la enorme responsabilidad de conducir por este período reglamentario, el destino de nuestro querido club.

—Qué lejos está aquél día venturoso del otoñal mes de noviembre de 1956, cuando invitado gentilmente por mi padrino, el siempre inquieto y activo Manuelito Céspedes, fui honrado en sociedad, tomándoseme la protesta como socio activo de nuestro fraternal y exclusivo “Club de la Cofradía”.

—Desde aquella época, vi pasar, con el transcurso del tiempo, como si fuera un encantador y maravilloso desfile cinematográfico, o como si hojeara, con nostalgia, algún álbum familiar, a buenos, qué diría, muy buenos amigos míos, que a pesar de sus innumerables ocupaciones, se prestaron, con gran desprendimiento, generosidad y desinterés, a entregar, mejor dicho, a ofrendar, un precioso e irrecuperable año de su vida en aras de nuestro club, tales fueron. . .

Ni el aletear de una mosca se escuchaba en esos solemnes momentos en el fastuoso salón de lujo "Los Vitrales", que resplandecía engalanado con sus preciosos adornos que resaltaban la belleza de los enormes rosetones ovalados que representaba cada uno de ellos, magníficas reproducciones de conocidas y famosas obras de la pintura universal y que daban vuelta en semi-círculo, tales como girasoles multicolores, semejando unos brazos abiertos, suspendidos en el aire a punto de consumir el abrazo; alrededor, cubriendo el espacio desde la alfombra, enormes espejos importados, hacían multiplicarse hasta el infinito, con inmaculada claridad, las elegantes figuras de las damas enjoyadas, que lucían peinados originales y modelos exclusivos; arriba, las gigantescas arañas de purísimo y sonoro cristal checoeslovaco, hacían guiños con sus matices tornasolados a los caballeros de etiqueta, guiños que a veces se autojaban procaces. "Los Vitrales", era el esplendoroso y obligado marco tradicional, para la célebre transmisión de poderes y formaba parte del gran hotel "Tulipanes de Oro", propiedad de "La Cofradía".

La mirada un tanto altiva y positivamente orgullosa de Laura Belgrano de Velasco, se posaba embelesada en el impecable rostro de su esposo, el ahora emocionado y ungido presidente del renombrado y mundialmente famoso club de servicio.

—Por fin llego al más alto puesto, a lo máximo, se repetía regodeándose mentalmente—, porque ahora ella también, automáticamente, pasaba a ser la presidenta de todas las aristocráticas (¿todas?) señoras de aquella exclusivísima élite.

Ricardo de Velasco se estiró, con un tic nervioso, el cuello de su alba camisa, alisándose la solapa del pulerísimo smoking blanco y con voz un poco engolada continuó: —a todos ellos, (se refería a los ex-presidentes que acababa de nombrar) a todos ellos —repitió con énfasis— justo es decirlo y reconocerlo, se les debió ese impulso vigoroso, del que aún en estos tiempos nos sentimos influenciados, por su sincera entrega y dinamismo, por haber redoblado esfuerzos y por haber llevado con elegancia y orgullo nuestra luminosa

banderola de amistad y servicio a la comunidad. A todos ellos, repito, en unión de su fieles y abnegadas esposas, ese tierno y fecundo ramillete de inspiración en nuestras obras, es nuestro propósito firme, honrarlos en este mi año de ejercicio en la presidencia, brindándoles un justo homenaje, como merecido galardón, al jirón de vida que dejaron en el club; y así como recordaremos a los vivos, también volveremos nuestro pensamiento hacia aquellos socios ausentes que nos han dejado. En su oportunidad, rendiremos a la ilustre memoria de todos ellos, un tributo, que será como una flor de siempre viva en su recuerdo.

—En las actividades materiales, procuraremos, con la muy necesaria e imprescindible ayuda de todos ustedes, construir, de acuerdo con nuestra gloriosa tradición, el que será el Anexo Social No. 28, para que junto con las demás obras realizadas por las anteriores directivas, sirva de testimonio en la gran y humanitaria labor que realiza "La Cofradía" por el mundo entero; obras hermosas y humanas que como un haz preñado de ilusiones y esperanzas, va dejando la huella en su incesante peregrinar, como eterna nochebuena milagrosa, aquí una poca de luz a los ciegos, allá, una escuela modesta al niño pobre ávido de saber; en ocasiones, un taller de bordado o de costura que adiestrará las manos a la pequeña carente de recursos y qué sé yo, un dispensario, unas máquinas de coser, unas herramientas, unos libros, en una palabra, dar, dar y volver a dar, y no solamente obras materiales, porque el dar y el bien se conjugan en acciones que nacen del corazón; así consolamos y ayudamos a nuestro semejante: restañando una herida, brindando una caricia al huérfano, protegiendo al angustiado, confortando al enfermo y en última instancia, si no tenemos más, alargando con humildad nuestra mano y dando un sincero saludo al prójimo, ya que estos nobles sentimientos, el dinero no los puede proporcionar. . .

Laura Belgrano, estaba a un paso del histerismo, jamás había creído que su esposo hubiera podido aprenderse de memoria su bien hilvanado discurso y además qué bien, pero qué bien, con qué entonación y con cuanta emoción estaba di-

ciéndolo, no cabía duda que Ricardo los tenía a todos cautivados, presos, hechos añicos. . .

Algunas damas, con sumo cuidado, para no maltratar su tocado, llevaban a la orilla de la ranura de sus pintados ojos, la puntita del fino pañuelito para contener la lágrima que echaría a perder su maquillaje (¡qué Ricardo tan desconsiderado!), algunos socios tragaban gordo, los más viejos suspiraban y hasta había señoras que francamente sollozaban.

— . . . Finalmente, permítanme decir a ustedes, que en estos tiempos de inquietudes, de zozobras, de metamorfosis, de contradicciones; tiempos en que los verdaderos e inmutables valores eternos, parecen perder su significado y se diluyen en el caos y la confusión, las cosas, las virtudes verdaderamente grandes: la fe, la bondad, las buenas acciones, la caridad, el perdón, lo real y positivamente auténtico, no cambiará jamás su contenido: las flores y los pájaros, los crepúsculos y las auroras, siempre estarán allí, ¡como un bello testimonio de la existencia de Dios!

Un atronador, largo, prolongado, nutrido aplauso, puestos de pie, fue el premio que toda la concurrencia brindó a las emotivas palabras de Ricardo, quien apresuradamente se retiró del micrófono para reunirse con su esposa hacia el sitio de honor, en el centro de la mesa. Laura lo recibió emocionadísima hasta las lágrimas y abrazándolo fuertemente le dio un cálido y ostentoso beso en la mejilla, a lo cual él correspondió con otro también efusivo, como demandaba la ocasión. Ahora sí, estaba dispuesto a recibir los parabienes, los abrazos, los elogios, las felicitaciones y los buenos augurios de sus compañeros de club y de sus esposas.

En ese preciso instante recordó fugazmente, por segundos, a un duende imprevisorio e impertinente, a su antiguo condiscípulo José, con su carita triste y su barba crecida por el desaseo. ¿Qué acaso vendría a arrebatarse el gran triunfo que tuvo con el discurso que aquél le preparó? Puso la mente en blanco y se aprestó a recibir las zalamerías de las parejas que hacían doble fila para felicitarlo por su gran éxito.

—Te aventaste manito, estuviste estupendo, es el mejor

discurso que hemos escuchado en toda la historia del club —le dijo a la oreja—, babeando y casi besándolo, el millonario Ruperto Quintanar, quien también, a su vez, había sido uno de los más brillantes y sobresalientes presidentes.

—Laurita, mis felicitaciones, tienes un viejo que es una maravilla, casi me hizo llorar, verás que hermoso año harán juntos— así, melodiosa, con su voz de falsete, que hablando de corrido llegaba a fastidiar hasta el desquiciamiento, la elegante y riquísima Conchita Albatroz de Quintanar, se expresaba gesticulando cómicamente, poniendo sus ojitos en trance y sus labios en una mejilla de Laura.

Detrás de Quintanar, venían los miembros distinguidos del nuevo directorio, los señores consultores: don Torticio del Olivar, el Arq. Marcelo Argüelles, Aurelio R. Calvo, el Lic. Alejandro de Montellano, el secretario Jorge Mendieta, con sus distinguidas esposas, deteniéndose el tiempo preciso, hilvanaban alguna frase ya preparada, que era una nueva y fresca congratulación al nuevo presidente. El Lic. de Montellano le auguró un año pleno de realizaciones que aumentaría la buena fama que el club tenía en el aspecto humano; el Arq. Argüelles, le ofreció colaborar estrechamente poniendo su gran capacidad y experiencia a las órdenes de Ricardo; Aurelio R. Calvo, en su modo brusco y franco, le dijo al presidente que estaba a sus órdenes incondicionalmente sirviéndole a cualquier hora del día o de la noche en la comisión que tuviera a bien conferirle; don Torticio, trastabillando, con ojos vidriosos y hablar pastoso e ininteligible le dijo o pareció decirle que lo tuviera en cuenta a la hora que se necesitara el consejo oportuno, pues él como recién ex-presidente, tenía el colmillo suficiente para “sacar la perra del pozo”, según su muy personal manera de hacerse expresar; Jorge Mendieta el secretario, lo felicitó efusivamente y le ofreció colaborar lealmente en los trabajos del club; más atrás, en larga fila, los demás señores socios, también en compañía de sus respectivas cónyuges, esperaban el momento de abrazar y felicitar al flamante y simpático presidente que los acababa de conquistar con su conmovedora oratoria.

Ricardo, al recibir estos homenajes cariñosos, al sentir-

se abrazado una y otra vez, y al oír el susurro encantador de palabras melosas y halagadoras que hablaban de éxito, de triunfo, de grande, de maravilloso, de lo máximo, sonreía con la más cautivadora de sus sonrisas y se iba acelerando mentalmente de tal modo, que en cada halago, en cada abrazo, empezó a sentir el mareo, el loco delirio de creerse, no solamente un dirigente de un club de postín, sino por segundos gloriosos, en sentirse el propio presidente de la nación.

Avezados choferes conducían rápidamente los coches lujosos de los socios para estacionarse, después de traspasar una rampa, en el enorme y espacioso pórtico de entrada del soberbio hotel. Mientras hacían tiempo las parejas para esperar la llegada de sus automóviles, fumaban y platicaban y algunos aún con la copa en la mano, intercambiaban saludos y despedidas. Desde luego los comentarios eran para saber si "habían sido invitados" a la casa del nuevo presidente a terminar la velada, pues era un honor y un privilegio muy especial haber sido convidados a esa fiesta de carácter "muy íntimo".

Como era ya costumbre en cada cambio de directorio, el nuevo presidente ofrecía en su casa "el último trago" a los miembros ejecutivos, así como a los amigos de más confianza y desde luego a los periodistas acreditados de la fuente de sociales.

El palacete de Ricardo, profusamente iluminado, era un hormiguero de actividad; en el amplio jardín, circundado por una barda protectora que además era de ornato, entre los árboles, el césped y los macizos de bellas flores, esperaban mesas repletas de botellas de coñac, champaña, whisky, ginebra, vodka y vinos generosos importados de Europa, a que los invitados y sus anfitriones se sirvieran de ellas, así como del exquisito buffet, que en mesa aparte, adornada con preciosos arreglos, de frutas y flores, también aguardaba a que se le hicieran los honores correspondientes. Un mariachi sinfónico alegraba el ambiente perfumado de jazmines.

Entre sorbos y nuevas felicitaciones y nuevos brindis por el mayor éxito, Raúl Espronceda, hábil adulador cronista de

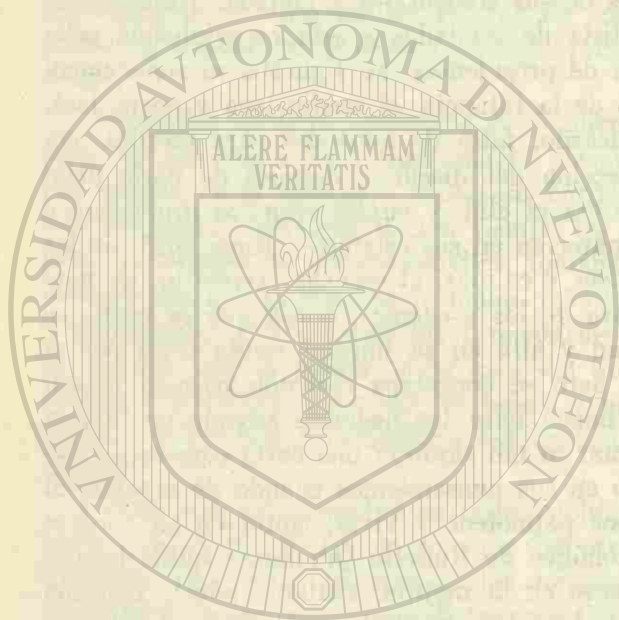
sociales, puso a funcionar su grabadora para oír, de nuevo, el maravilloso discurso, mejor dicho, el mensaje tan humano que dijera el nuevo presidente Ricardo de Velasco.

Ricardo, como entre sueños —dado el gran porcentaje de alcohol que ya circulaba por sus arterias—, oía, medio aturdido, su propia voz, a la vez que escuchaba los cuchicheos halagadores de sus comensales y amigos. Desde luego en la exclusiva lista de invitados a esta especialísima celebración post-toma de presidencia, no figuraba ni remotamente el viejo amigo de la infancia, el medio loco y poeta José, aquél a quien Ricardo, falto de aptitudes para escribir, encomendó la confección del discurso, después de darle detalles sobre lo que era el club y cuáles eran los propósitos y programas que aparecían en sus estatutos. Ricardo al oír los atronadores aplausos y es más, al escuchar repetirlos de nuevo en vivo y ahora de los asistentes, sentía que su pecho se inflaba de vanidad y allá en su interior sentía celos por el verdadero autor, pero se consolaba diciendo para sí mismo que él era muy bueno para los negocios aunque no tuviera gracia para redactar ni tan siquiera una carta comercial. Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando de repente, al eco de los últimos palmoteos y vivas, sintió en su cara el fuerte aliento alcohólico de Ruperto Quintanar, quien le propinó un sonoro beso en la mejilla, exaltado por la emoción del momento, dejándole de pasada el agresivo tufo de alimentos en putrefacción y el sudor viscoso y pegajoso de sus labios y cachetes grasientos.

¡Viva nuestro nuevo y gran presidente! gritó Ruperto, rubricando sus palabras con un nuevo abrazo y un nuevo intento de besar a Ricardo, quien logró esquivar al grandulón, pese a la torpeza propia de sus movimientos aletargados por el vino. El mariachi entonó con nuevo vigor una diana en su honor.

Marcelo Argüelles, el arquitecto siempre elegante, siempre sobrio, y en su sitio, también se dejó llevar un poco de la alegría desbordante del momento y obrando contra su manera normal, fue a darle un fuerte abrazo a Ricardo, acompañado como siempre de su bella esposa Clarita, quien tam-

bién lo abrazó estrechándose un poco atrevidamente más de lo convenido, rozando su cara con la de Ricardo y mirándolo tan fascinada como si tuviera cerca de sí a un artista famoso, o a un ídolo, o a un. . . presidente.



*“Allí es el afeite aseó,
sinceridad el cinismo,
la locura excentricismo,
la adulación galanteo”.*

*“Se le llama bueno al bobo,
se llama al miedo prudencia,
se llama a la charla ciencia,
se llama finanza al robo”.*

ANTONIO PLAZA

— II —

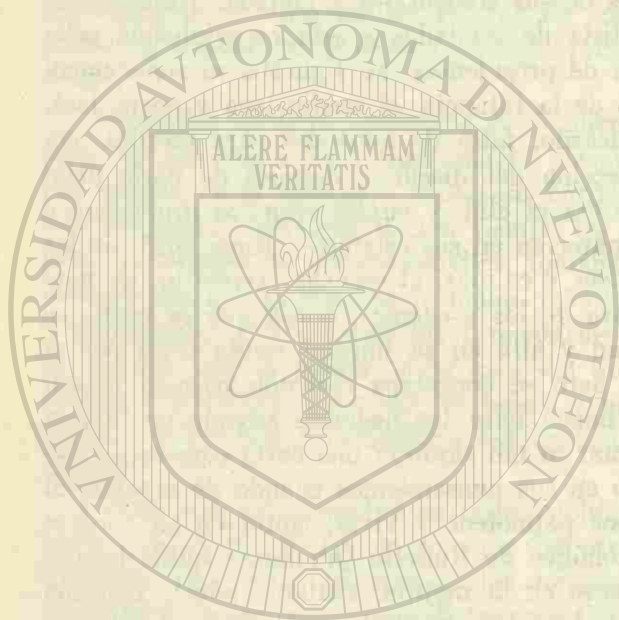
*“Los escándalos muertos constituyen
buenos temas para la disección”.*

Lord Byron.

*¿. . . y por qué los escándalos muertos
y no los actuales, que al fin y al
cabo, son los de siempre?*

Clara Solís de Argüelles, hermosa, magnífica, con su fresca y lozana juventud, se encontraba sentada a la orilla de su amplísima cama redonda, hecha a la orden, colocándose en una de sus bien torneadas piernas una fina media color opaco-oscuro, preocupándole en esos instantes, la atinada selección que debería asumir para ponerse —de las docenas que tenía—, el vestido de coctel adecuado que tendría que lucir esa misma tarde en los jardines de “Los Tulipanes” para la ceremonia de cambio de directiva del club de damas que era un apéndice del club de varones. Al pararse súbitamente, la gran luna francesa, que adornaba aquella mullida es-

bién lo abrazó estrechándose un poco atrevidamente más de lo convenido, rozando su cara con la de Ricardo y mirándolo tan fascinada como si tuviera cerca de sí a un artista famoso, o a un ídolo, o a un. . . presidente.



*“Allí es el afeite aseó,
sinceridad el cinismo,
la locura excentricismo,
la adulación galanteo”.*

*“Se le llama bueno al bobo,
se llama al miedo prudencia,
se llama a la charla ciencia,
se llama finanza al robo”.*

ANTONIO PLAZA

— II —

*“Los escándalos muertos constituyen
buenos temas para la disección”.*

Lord Byron.

*¿. . . y por qué los escándalos muertos
y no los actuales, que al fin y al
cabo, son los de siempre?*

Clara Solís de Argüelles, hermosa, magnífica, con su fresca y lozana juventud, se encontraba sentada a la orilla de su amplísima cama redonda, hecha a la orden, colocándose en una de sus bien torneadas piernas una fina media color opaco-oscuro, preocupándole en esos instantes, la atinada selección que debería asumir para ponerse —de las docenas que tenía—, el vestido de coctel adecuado que tendría que lucir esa misma tarde en los jardines de “Los Tulipanes” para la ceremonia de cambio de directiva del club de damas que era un apéndice del club de varones. Al pararse súbitamente, la gran luna francesa, que adornaba aquella mullida es-

tancia, reflejó con magnífica fidelidad el soberbio cuerpo de aquella dama, quien agachándose para recoger de la gruesa alfombra persa su fina bata color azul turquesa, observó una de sus bien hechas posaderas y al contemplar lo que vio, no pudo contener un coqueto mohín de disgusto y cubriéndose rápidamente, se metió en la gran cueva de su holgada ropetería. . . dos pensamientos paralelos y súbitos vinieron a su mente atormentándola, el primero, que su asentadera izquierda conservara aún las cicatrices, opacando su colosal y casi perfecta belleza, que le causara aquel horroroso mastín en aquella quinta campestre a que la invitaran cuando jovencita. . . y el otro, más cerebral o codicioso, era el pequeño guasano que le picara la noche de la toma de posesión de Ricardo, de convertirse, a como diera lugar —se repetía así misma— que ella y su marido fueran el próximo año los homenajeados, los agasajados, los consentidos nuevos presidentes de la suprema sociedad de La Cofradía. Esta idea se había fijado en su mente como una obsesión tenaz.

Laura Belgrano de Velasco, hoy por hoy la estrella máxima de la sociedad, era todo un consentido pavo real que paseaba graciosamente por los diversos grupos de damas que ocupaban los verdes de aquellos bien cuidados jardines, meneando su trasero con gracia discreta y esponjando de orgullo y satisfacción sus bellos pechos rotundos. Se detenía por momentitos aquí y allá, en todas las mesas, dejando tras de sí: besitos, abrazos, frasecitas, miraditas y olorcitos —del mejor perfume francés, mejor dicho, del más caro— y también aunque suene prosaico, sudorcitos. . . por algo ella era la reina de la fiesta, el centro y eje de la crema y nata de la sociedad. Laura estaba embelesada, gozando, disfrutando, sacándole pleno partido a esos efímeros momentos de euforia. Recordaba para sus adentros la envidia que tuvo a sus antecesoras y quería, aunque después muriera, saborear halagos y lisonjas y sobre todo un poco masoquistamente, ver sufrir a sus rivales y allí, casi a la mano las tenía observándola, sonriéndole y. . . envidiándola. La regordeta Blanca, la paliducha Hortensia, la inexpresiva Catalina, cuyos maridos habían sonado fuerte para suceder a don Torticio del

Olivar. En especial odiaba a Catalina con su cara de palo, su fingida sonrisa y sus ojos de vaca, quien estaba segura que Odilón, su marido, sería el elegido, pues había aportado considerable cantidad de dinero para la obra que le tocó construir a Torticio y aparte era el candidato de éste y como presidente, tenía lo que se llamaba “mano” para recomendar a su sucesor. Catalina había divulgado abiertamente que ella sería la próxima presidenta y hacía rabiarse a las demás aspirantes al trono de reina de la mejor sociedad.

Laura ahora vengaba agravios y se desplazaba con soberbia y altivez entre las damas de su reinado.

La Quintanar, Conchita Albatroz, para celo de todas las damas asistentes, era, no desde luego la más guapa, pero sí la mejor vestida. Lucía sobre su blanquísimo y pálido cuerpo, una creación original, que consistía en una especie de túnica de color negro, que la cubría de cuello a pies, unas capitas de tela transparente, como finas escamitas adornaban y disimulaban primorosamente sus partes pudendas. En una palabra, aquél atuendo era a los ojos de un hombre, un fino negligee de tul, artísticamente decorado, y ¡vaya qué decoración! el complemento consistía en un prohibitivo (por el precio fabuloso) collar de diamantes blancos, purísimos, que relampagueaban constantemente, dejando ciegas de envidia a quienes osaban mirarlo más de un minuto. Hacían juego con aquella maravillosa joya, unos aretes, un brazalete y un juego de anillos, diseñados armoniosamente con el gusto exquisito de orfebre y delicado artista. Lástima de elegancia. Su voz —esa intolerable y chillona voz— se proyectaba aquí y allá, lastimando el buen gusto de escuchar. Saltaba como colibrí de una mesa a otra, ante la mirada hipócrita de unas y atónita de otras, que se relamían extasiadas admirando aquel pajarraco enjorado. Nadie la soportaba, ni a ella, ni a su pillona voz, pero nadie tampoco la ignoraba y menos la despreciaba; era tan mona, tan insulsa, tan estúpida, tan parlanchina, pero. . . tan rica, que, como decía Lucita Valverde, todo, todo, se le perdonaba.

Rosario Tovar de Calvo, “Chayito”, como le decían todas, era la mujer más corriente, más vulgar y la más pesada

del grupo. Esposa de nuevo rico, de antecedentes humildes ambos, pero que ella, a pesar del barniz que da el dinero, no supo superar dignamente, porque le quedó el resabio de su grosera vulgaridad, corrientez reflejada en su violento maquillaje que pretendía inútilmente ocultar, tapar las arrugas, verrugas y lunares prietos de su repulsiva cara, intentos vanidosos para tratar de sobresalir, de descollar sobre las demás. ¡Un triste remedo de la bruja de Blancanieves frente al espejo! Chayito se apuntaba siempre la primera, para robar cámara en las fotografías que aparecerían en las comentadas notas de sociales. En toda festividad, se las ingeniaba para tener el mejor sitio, el lugar estratégico, o el de honor en su caso, para exhibir su grotesca humanidad y también para poder contemplar a sus anchas, aquellos maravillosos espectáculos de primera calidad artística que presentaban periódicamente los socios del club y cuyas estrellas eran contratadas, sin escatimar gasto alguno, en los mejores casinos del mundo. Chayito portaba vestidos muy caros, muy finos, pero escogidos con un gusto tan chabacano, que denotaba de inmediato lo burdo y ordinario de su oscuro origen. Además era tan cursi, tan fingida, tan hueca, que para llamar la atención procuraba dulcificar el tono de su agreste voz, haciéndose más ridícula con su tartajeo ininteligible e insoportable. Lo mejor de su estulicia fue ahora, en esta festividad extraordinaria del cambio de poderes, pues recién regresaba de Europa y tras de una breve estancia en España, le había dado por hablar con un ceceo españolado que, acá entre bastidores, las demás la criticaban con expresiones como: —esta india pata rajada, ahora anda con la “onda” de sentirse y creerse descendiente de la nobleza española—. La pobre, a pesar de su dinero, era, para acabarla de amolar, una mujer intrigante y envidiosa, así que entre aquella fauna civilizada, preparada, lista y a veces cruel, sufría en su interior lo indecible porque, gracias a su torpeza, en forma fina, disimulada, sutil, era constantemente pisoteada su engolfada vanidad. Eso le dolía y quería con un revanchismo digno de estudio psiquiátrico, vengarse de todos con desquites baladíes, de aparecer en todas las fotos en primera fila, y ser siem-

pre la cabeza visible en mesas, conferencias y demás eventos sociales. Sus escasas luces no le daban para más.

Lucita Valverde viuda del Villar, más bien fea que bonita, reflexiva, inteligente, era el cerebro y una especie de secretaria perpetua del club, y en particular, de casi todas aquellas vanidosas mujeres, que si bien la toleraban en su círculo, era porque Lucita, allá por los inicios, cuando el club estaba prácticamente en embrión, había sido esposa de uno de los primeros presidentes, hombre opaco y sin relevancia, puede decirse, sin personalidad, que llegó a la cumbre social por esos azares de la vida, aún sin proponérselo, y hasta por motivos ajenos a su voluntad. En efecto, Bernardo Albo del Villar, era un mediocre comerciante, insulso, insípido, con una voz meliflua, que para su fortuna, se dejó atrapar fácilmente por Lucita —podía haber sido cualquiera otra mujer—, cuando ya ésta estaba en una edad propia de la desesperación y a punto de quedarse colgada de su soltería. Lo mejor que hizo Bernardo Albo —tampoco dejó hijos— fue morir a tiempo, antes de seguir vegetando y quizá cometiendo torpezas e imprudencias inevitables sin proponérselo, que hubieran hecho desdoro de su aséptico nombre. Pasó sin pena ni gloria, como aquellos condenados en aquel círculo que describiera el Dante, que no hicieron ni bien ni mal a nadie, sino todo lo contrario —y lo contrario son esas omisiones que a veces resultan más dañinas que el pecado preconcebido—. En una palabra, aquéllos que no fueron ni fríos ni calientes, que seguían la vida hacia donde soplará el aire, aquéllos que no merecieron ni aplausos ni chiflidos, ni vituperios, ni alabanzas, en fin aquéllos que ni *fú* ni *fá*...

Lucita, por su viveza y discreción era la viuda favorita del grupo, interviniendo personalmente en todos los trabajos de organización de una fiesta, velada, cumpleaños, etc., etc., intervenía también como embajadora o mensajera en los chismes de comadres, que a veces eran verdadera dinamita, entre las socias, aumentando o disminuyendo —según— el color o la presión del asunto que se trajera entre labios; intervenía con habilidad en las disputas que con frecuencia, sobre todo al jugar cartas, se sucedían algunas de las mujeres.

Todo esto no obstaba para que ella, en su interior, se reservara opiniones muy íntimas y personales, al grado de que en ocasiones, con la úlcera quizá sangrando, pero con la sonrisa a flor de labio recibiera a alguna exaltada caprichosa, para que musitara: ¿y ahora qué querrá esta vieja latosa, hija de la tiznada?

Lucita, era el termómetro de cada una de las elegantes y aristocráticas damas del "Club de la Cofradía"; sabía la temperatura, los alcances, caprichitos, maldades y sobre todo confidencias, secretos, de sus muñecas casi con cerebro. Claro que ella administraba muy bien sus tesoros y a pesar de ser, de estar pobre, vivía de aquellas ricachonas, halagándolas, haciéndose la indispensable, siendo útil y servicial. Era buena para todo, organizadora comprobada y capaz, maestra en la costura, eficaz en la cocina y un verdadero "encanto" para idear originales arreglos en mesas y jardines. En aquel círculo de soberbias y ociosas, era la mujer adecuada.

Sandra Rubio de Montellano, introspectiva, de serena belleza, inteligente, sosegada, auténtica aristócrata, proveniente de varias generaciones de familias acomodadas, era sencilla en el vestir, moderada en el hablar y con una muy clara y veraz percepción del mundo que la rodeaba. Ella era realista, miraba y admitía en forma natural, sin resentimientos ni amarguras, las invasiones de las nuevas ricas que trataban "a como diera lugar", de figurar, de sobresalir, de ser las primeras al estilo Chayito. Esta, por ejemplo, hablaba de sus recientes viajes a diversas partes del universo, de sus joyas, de los finos artículos, de los vestidos elaborados especialmente para ella y de mil y una fruslerías que para una mujer sensata y equilibrada como Sandra, movía más que a risa, a compasión. En efecto, el girar siempre sobre el mismo tema, denotaba ostentación y soberbia. Sandra contemplaba desde su altura estos comadreo y estas carreras por ser el blanco de la atracción general. Ella sabía quién era quién, entre aquellas mujeres enjoyadas y parlanchinas, pero como era muy lista y además convencida cristiana, perdonaba y sonreía; se dedicaba a obrar calladamente y a observar; jamás tomaba partido en una disputa, ni nunca cri-

ticaba a nadie. Era una mujer madura, aún atractiva y era respetada entre todas aquellas por su propia consideración y tolerancia hacia los demás. Era una real, verdadera y auténtica dama.

Su marido, el distinguido y también rico de abolengo, Lic. Alejandro de Montellano, había sido en dos ocasiones —caso insólito— presidente del club, fue uno de sus socios fundadores y le tenía mucho cariño, habiendo puesto todo el entusiasmo de su corazón en ambas ocasiones que lo presidió. Era un perfecto caballero, muy razonable y ecuánime. Ahora, ya viejo y cansado, con cicatrices en el alma por la trágica pérdida de sus dos únicos hijos en un accidente aéreo, se encontraba desde hacía algún tiempo muy delicado de salud. Tenía en su esposa el sostén y consuelo, la ternura y la comprensión que nadie podía proporcionarle. . .

Hortensia "Tenchita" Flores del Olivar, era la mujer del esquelético y tortuoso don Torticio del Olivar, el recién pasado presidente de "Los Cofrades". Tenchita era una mujer regordeta, bajita, chaparra, casi enana, que tenía unos ojos saltones y una cara de rana, que no podía con ella, si croaba no había de extrañar a nadie. Necia, de mala fe, mal pensada, siempre daba contra a cualquier iniciativa por noble que fuera y era invariablemente intransigente en todas sus negativas intervenciones. Era odiada y temida por su lengua viperina. Todas le sonreían al saludarla y le besaban rozándole el mofletudo cachete con miedo contenido. Este era el ejemplar que había casado con otro bicho especialísimo, el tal don Torticio. "Dios los cría y ellos se juntan" reza el dicho popular, que en este caso se aplicaba a la perfección.

Hija única de un matrimonio acaudalado, pero inconsistente, que terminó en ruptura legal, quedó impregnada su psiquis con los resabios de los continuos pleitos, de las violentas e interminables discusiones que protagonizaron sus progenitores en su niñez. Merced a su deformidad de nacimiento —piernas muy cortas y tronco casi normal— ella se dio cuenta desde pequeña, intuitivamente, de que sus padres, allá en su intimidad, no sólo sentían vergüenza de ella, sino que la repudiaban, aunque exteriorizaran lo contrario. Siempre

fue muy lista y apenas se enteró que su padre se entendía con una sirvienta jovencita, una noche de invierno, subrepticiamente se introdujo en su cuarto y cerró la llave del calentador de gas, para, después de cerciorarse que todo estaba bien sellado y ella profundamente dormida, abrirla de nuevo y salir sigilosamente. Afortunadamente su "papito" regresó antes del amanecer, de vuelta de otra de sus inacabables parrandas y antes de irse a dormir, se le ocurrió asomar la nariz en el cuarto de la fámula logrando salvarla después de romper los vidrios de la ventana, cerrar el gas y despertar de su sueño mortal a la pobre y asustada criadita.

Atando cabos el padre de Tenchita se dio cuenta de la perversidad de su hija, pero calló para no perjudicarla, luego el chisme se supo porque la muchacha se encargó de divulgarlo en las casas posteriores donde trabajó.

Aquella pobre enferma que después, gracias a las "combinaciones financieras e intereses mutuos" casó con don Torcicio, era una pobre alma torturada, que en lugar de curarse, gozaba haciendo el mal o provocándolo a los demás.

Tenchita era la primera asistente a cualquier junta o reunión, no se perdía una pues ella vivía y se nutría del chisme y la maledicencia. En las ocasiones que se pedía alguna cantidad para colaborar en obra de caridad determinada, siempre se las ingeniaba para, al pasar la colecta, irse al baño o simplemente desaparecer. En otras festividades o meriendas que eran de colaboración forzosa, procuraba engullir cuanta confitura, sandwich, botanita, pastelito, etc., le cupieran en su abultado estómago. Ella quería a toda costa desquitar el importe del dinero que había aportado. La rana aquella, además era una avara. . .

*"Allí en duda has de poner
la castidad del beato,
la mansedumbre del gato,
la virtud de la mujer".*

*"Allí todo es falsedad.
'Vanidad de vanidades'
allí abundan las nulidades
rellenas de vanidad".*

ANTONIO PLAZA

— III —

*"El carnaval del mundo engaña tanto,
que nuestras vidas son breves mascaradas.
Aquí aprendemos a reír con llanto
y también a llorar con carcajadas".*

GARRICK (Peza)

Ricardo de Velasco, flamante presidente, estaba por vez primera encabezando una Junta de Consultores. Trataba de ocultar su nerviosismo fumando con fruición un cigarrillo, asiéndolo con sus dedos fuertemente, hasta casi destrozarlo. Estaba sentado a la cabecera de la amplia mesa de conferencias, confeccionada de finas maderas con incrustaciones de concha nácar; el butacón de piel, que tanto había anhelado secretamente, recibía los impactos nerviosos en su silencioso muelleo. A sus lados los señores consultores, con sus cuadernos llenos de apuntes, sorbían y saboreaban el exquisito café brasileño que despedía un aromático olor a selvas perfumadas. Con displicencia y elegancia arrojaban las cenizas de sus cigarros y puros en los grandes y redondos ceniceros de cristal cortado.

fue muy lista y apenas se enteró que su padre se entendía con una sirvienta jovencita, una noche de invierno, subrepticiamente se introdujo en su cuarto y cerró la llave del calentador de gas, para, después de cerciorarse que todo estaba bien sellado y ella profundamente dormida, abrirla de nuevo y salir sigilosamente. Afortunadamente su "papito" regresó antes del amanecer, de vuelta de otra de sus inacabables parrandas y antes de irse a dormir, se le ocurrió asomar la nariz en el cuarto de la fámula logrando salvarla después de romper los vidrios de la ventana, cerrar el gas y despertar de su sueño mortal a la pobre y asustada criadita.

Atando cabos el padre de Tenchita se dio cuenta de la perversidad de su hija, pero calló para no perjudicarla, luego el chisme se supo porque la muchacha se encargó de divulgarlo en las casas posteriores donde trabajó.

Aquella pobre enferma que después, gracias a las "combinaciones financieras e intereses mutuos" casó con don Torcicio, era una pobre alma torturada, que en lugar de curarse, gozaba haciendo el mal o provocándolo a los demás.

Tenchita era la primera asistente a cualquier junta o reunión, no se perdía una pues ella vivía y se nutría del chisme y la maledicencia. En las ocasiones que se pedía alguna cantidad para colaborar en obra de caridad determinada, siempre se las ingeniaba para, al pasar la colecta, irse al baño o simplemente desaparecer. En otras festividades o meriendas que eran de colaboración forzosa, procuraba engullir cuanta confitura, sandwich, botanita, pastelito, etc., le cupieran en su abultado estómago. Ella quería a toda costa desquitar el importe del dinero que había aportado. La rana aquella, además era una avara. . .

*"Allí en duda has de poner
la castidad del beato,
la mansedumbre del gato,
la virtud de la mujer".*

*"Allí todo es falsedad.
'Vanidad de vanidades'
allí abundan las nulidades
rellenas de vanidad".*

ANTONIO PLAZA

— III —

*"El carnaval del mundo engaña tanto,
que nuestras vidas son breves mascaradas.
Aquí aprendemos a reír con llanto
y también a llorar con carcajadas".*

GARRICK (Peza)

Ricardo de Velasco, flamante presidente, estaba por vez primera encabezando una Junta de Consultores. Trataba de ocultar su nerviosismo fumando con fruición un cigarrillo, asiéndolo con sus dedos fuertemente, hasta casi destrozarlo. Estaba sentado a la cabecera de la amplia mesa de conferencias, confeccionada de finas maderas con incrustaciones de concha nácar; el butacón de piel, que tanto había anhelado secretamente, recibía los impactos nerviosos en su silencioso muelleo. A sus lados los señores consultores, con sus cuadernos llenos de apuntes, sorbían y saboreaban el exquisito café brasileño que despedía un aromático olor a selvas perfumadas. Con displicencia y elegancia arrojaban las cenizas de sus cigarros y puros en los grandes y redondos ceniceros de cristal cortado.

Ruperto Quintanar, con sus ojos lacrimosos de beodo, estaba situado a la derecha de Ricardo, prendiendo con su encendedor de oro, que lucía sus iniciales en incrustaciones de brillantes, un cigarrillo turco de los que le traían exclusivamente del extranjero; su labio leporino sostenía, temblequeando, una pitillera de platino, mientras aspiraba el dulce tabaco. A su lado, destacaba la cara seria, imperturbable y un tanto fría del arquitecto Marcelo Argüelles; enfrente de ellos, don Torticio del Olivar, Aurelio R. Calvo y el licenciado Alejandro de Montellano; a la izquierda de Ricardo, poniendo en orden los papeles, el secretario Jorge Mendieta. Todos circunspectos, solemnes, como si lo que fueran a tratar viniera a afectar o a beneficiar directamente al mundo entero.

A una señal de Ricardo, Jorge Mendieta empezó a dar lectura al acta anterior de la última junta celebrada por su antecesor el pomposo don Torticio del Olivar, quien estaba muy atento a las palabras del secretario, por si pudiera cometer algún error, ya que en su interior se sentía desposeído, más bien despojado de su puesto de presidente que había ocupado por un solo año y que ya había considerado como propio y perpetuo. Pensaba para sus adentros no cejar un ápice en la mayor parte de los proyectos que, por razón del breve tiempo, había dejado pendientes y estaba dispuesto a darle la guerra al intruso obstaculizándolo en sus nuevas labores. Torticio era un enemigo perverso y peligroso y en lo personal no había sido de opinión —cuando se celebró el cónclave para elegir su sucesor— que lo sucediera Ricardo. Es más, no hubiera querido que fuera concretamente nadie, ya que en su yo interno quería continuar en su reinado de mierda.

Ricardo, disimuladamente lo observaba de reojo presintiéndolo el peligro y pensando —este viejo cabrón me va a dar mucha lata, no me va a dejar trabajar y me tratará de “meter zancadilla” a cada instante.—

Cuando el secretario dio por terminada la lectura, de inmediato don Torticio pidió el uso de la palabra y en tono calmado y ampuloso empezó a referirse, desde luego, a su gestión anterior, haciendo saber que: —debería hacerse un

examen ético de las cosas que pensamos, decimos, hacemos; pensar en los hombres que desarrollaron programas, aportaron ideas por un ideal de servicio y hacer entrega de uno mismo con el fin de conseguirlo; nuestro sacrificio no será estéril si es para ayudar a los demás, tenemos por ejemplo un lema, una idea que yo propuse y que por desgracia se quedó en el tintero, me refiero a esta frase que, modestia aparte, me parece filosófica, porque ha sido arrancada de las entrañas mismas de la humanidad:

- 1o. Primero, piensa para los demás.
- 2o. Después, piensa para tí.

yo considero, estimados señores consultores, que este axioma debe de aprobarse para que vaya inscrito en nuestros papeles oficiales de correspondencia, como un noble mensaje al mundo de nuestro Club de la Cofradía. Comprendo que algunas de las obras materiales que dejé inconclusas, van a costar discusiones y sobre todo, señores, dinero y este pensamiento no le va a costar nada al club, yo se los regalo. . . — terminó así, cerrando melosamente sus ojillos penetrantes.

Ricardo de inmediato reflexionó: —este viejo hijo de la tiznada cree que fue el que apagó la vela a. . . suspiros: milagro que no le dio un síncope al parir su “originalidad”—.

Don Torticio, —habló Ricardo dándole trato de usted, pues este club tenía la característica particularidad de ser el único en su género en que los socios no se tuteaban, sino que a cada quien de acuerdo con su edad, mérito, rango, posición económica, títulos, etc., se le daba el trato de usted—. —Don Torticio, repitió Ricardo, tratando desesperadamente de reflexionar sobre las palabras que iba a decir, yo estoy y debo ser el primero en estar de acuerdo en apoyar y brindar difusión a su ingeniosa y feliz frase—. Al decir esto, que no le agradaba, que era una perfecta hipocresía y que constituía su primera derrota, sentía dentro de sí, furia y amargura a la vez.— Estimados señores consultores, yo considero, —continuó Ricardo— que inspiraciones provenientes de cerebros privilegiados, frases debidas a la paciente elaboración mental, como en el caso que nos ocupa, de la genial creación de don

Torticio, considero, repito, que por su gran contenido ético, humano y filosófico, debe de quedar inscrita no solamente en nuestros papeles oficiales de correspondencia interna, sino a mi juicio, estas palabras tan sabias, deben de quedar, justo es apuntarlo, con el nombre del autor, perpetuamente esculpidas en oro en una placa que develaremos en ocasión especial y la cual colocaremos en el centro del salón de trofeos de nuestro edificio, como un ejemplo para las generaciones venideras, del filantrópico talento de los que como don Torticio, nos antecedieron, para darle lustre y categoría al club de la Cofradía. Ricardo se sentía atolondrado, avergonzado, no sabía, a ciencia cierta, porqué había obrado hablando tan descomedidamente, tan insinceramente, aunque allá en el último rincón de su cerebro, sabía que vendría a ablandar de una vez por todas al áspid que tenía enfrente.

Don Torticio sonrió entre ruborizado y complacido. ¡Guay si Ricardo se hubiera atrevido a contrariarlo!

De inmediato, la voz tranquila del habilidoso y experimentado secretario, pidió que se sometiera el importante asunto a votación, ocasión en la cual don Torticio ejerció sus pequeños ojitos de víbora sobre todos los consultores, como un hábil y silencioso hipnotizador.

La votación fue inmediata y el resultado de aprobación unánime, acordándose que no solamente en los marbetes, sobres y papel de correspondencia apareciera impreso en letras doradas el inspirado lema, sino que al celebrarse la fecha de aniversario del club, se colocara la placa en el salón de trofeos. Acto continuo, todos los señores consultores se pusieron de pie, para tributar un aplauso al sumo hacedor de ideas.

Enseguida Ricardo, ya más sereno, se hizo dueño de la situación, pues la prueba de fuego había pasado al dominar a don Torticio, el más peligroso, dándole al viejo no solamente lo que él quería, sino premiándolo hasta la locura en su vanidad.

Brevemente, ya que había pasado un tiempo considerable, Ricardo propuso que como obra principal del año, se procediera a la construcción de una aula anexa a la Parro-

quia de El Caminante —construida por el club— con el objeto de que en esa área se diera doctrina a los niños pobres que rodeaban el lugar, así como también podría servir para salón de enseñanza primaria o kinder, sala de actos, lugar de reuniones, juntas y festejos y en fin, para satisfacer las más variadas necesidades de aquel lugar tan populoso. Apoyó su demanda en que el conocido Padre Jesús Martínez, que tan agradecido estaba con todos los miembros de La Cofradía, le había suplicado, urgiéndole, se hiciera esa obra que era una verdadera necesidad.

Puesto a consideración el punto a la asamblea, el consultor Ruperto Quintanar, con su gruesa voz aguardentosa, pidió que los demás apoyaran a Ricardo, pues creía y él sabía por conocer a fondo el sitio, que el aula o salón que se hiciera pegado a la Parroquia, sería un éxito, más si era posible agregarle en un espacio verde sobrante, un modesto campo para jugar basketbol o volibol.

El arquitecto Argüelles, fino, estirado, muy bien vestido, tomó la palabra, aprobando el proyecto y advirtiendo que el club estaba escaso de fondos y que una obra así fácilmente rebasaría el medio millón de pesos, por lo cual quizá resultaría muy gravoso para los socios, ya que de acuerdo con los estatutos, a pesar de las ganancias que obtenían en el hotel y en el alquiler de los salones, estaba prohibido tocar de ello un solo centavo, pues el club debería resolver por sí solo, ser autosuficiente y financiarse autónomamente. Marcelo propuso que se pusiera en rifa alguna casa y que la utilidad se aplicara para la obra.—Podríamos financiarnos y adquirir una bella residencia con alberca, yo tengo algunas en proceso de construcción y será fácil darle una apariencia más suntuosa con poco costo; recuerdo que en años anteriores tuvimos mucho éxito y buenas utilidades con aquella mansión que rifamos en la Colonia Caracoles.—

Aurelio R. Calvo, terció diciendo: —yo creo señores que sería una buena idea la del arquitecto Argüelles, pues tenemos el resultado positivo de experiencias pasadas, pues la rifa de una casa es una buena esperanza para el que compra el boleto, es algo, pues, como psicológico. Si hacemos

una buena publicidad, pues las posibilidades de éxito serían mayores, aunque yo propongo, pues, una idea mía, que si aprobamos amueblar la finca u agregarle, pues, a la oferta un automóvil último modelo, pues el privilegio y la ganancia es segura. *Respeto* al automóvil, yo podría adquirirlo con buen descuento, pues a ese *respeto* (volvía a repetir *respeto*, en lugar de *respeto*) yo me considero que puedo sacar buen descuento de la distribuidora de carros, así pues, (otra vez el pues) señores, está en sus manos aprobarlo u no—. Así se expresaba y pensaba el antiguo y astuto cantinero, convertido, gracias a su innata habilidad comercial y a sus trampas —ya descubiertas— en sus negocios, en un próspero y rico industrial.

A casi todos les molestaba e irritaba no solamente la burda presencia física de aquel intruso, sino el tono bronco de su voz, sus groseras expresiones, su vestir chillante y desarmonizado, sus maneras vulgares y sobre todo esos gestos que iban acompañados por un fuerte, fastidioso y hasta insultante sorber de nariz, gestos con los cuales pretendía demostrar a todos su vigor y firmeza de carácter. Chocaba su apariencia tosca y repelente, sus ojillos de marrano y esa desenfadada verborrea, que denotaba altanería y seguridad en sí mismo, con desplantes de hombre de bien y actitudes teatrales de actor barato.

Jorge Mendieta lo odiaba en secreto y pensaba —si fuera más modesto este pendejo levantado, esta mierda rate-ra sin escrúpulos, quizá podría tolerársele, pero con esos aires de perdonavidas jamás llegará a ser presidente como tanto lo desea. Creo que vendería su alma por conseguirlo, pero me corto lo que más quiero, si este cabrón llega a serlo.— Naturalmente Jorge, secretario desde hacía muchos años en el club, —al igual que Lucita— conocía al dedillo a todos los integrantes de los directorios que entraban y salían. El a su vez había sido hijo de rico caído a menos y el trabajo que desempeñaba era precisamente por necesidad. Cuando niño, nacido en pañales de seda, supo saborear todos los pequeños y grandes placeres que proporciona el dinero, sus ropas impecables, sus caprichosas comidas, sus paseos y sobre todo

ese sentimiento de sentirse seguro e importante; pero todo esto —según se lamentaba así mismo— no lo había podido disfrutar a conciencia y plenamente, pues “un niño no sabe a ciencia cierta si es rico o pobre” —solía decir a sus íntimos—, la diferencia, el gran contraste se establece al entrar en la edad de la pubertad y se precisa más en la adolescencia, allí en ese cambio importante para el ser humano, es donde se resiente más un agravio, un desprecio, ya que todas las cosas humillantes se meten dentro, en los entresijos del cerebro, en el subconsciente y será un lastre, una advertencia, un alerta para el resto de nuestra vida, influyendo fuertemente en el carácter y comportamiento del hombre. Jorge de por sí era una persona amargada y él hacía esfuerzos sobrehumanos para disimularlo, trataba de mimetizarse, de pasar inadvertido, sin dejarse notar mucho, como esos bichos que se confunden con la maleza para evitar ser devorados por especies mayores. Por dentro sentía envidia, odio, coraje en contra de aquellos aparentes desocupados que jugaban al buen samaritano, que ostentaban ante el mundo, en grandes desplegados y enormes fotografías a colores, su artística y bien ensayada sonrisa frente al ropaje sucio y la mirada triste del favorecido; aquéllos que entregaban la llave de la guardería a un Alcalde falsamente obsequioso y al representante del barrio humilde entre fregonazos de fotógrafos impacientes y el ríspido girar de las cámaras de televisión. Todo esto era parte de su mundo, de su obligación, de su trabajo y lo enojaba tremendamente, pero qué hacía, tenía que vivir y de hecho se mantenía de estos caballeros tan escrupulosamente vestidos de blanco y tan desconsideradamente sucios del alma.

Aquí, en esta selva, había sus raras excepciones, pero la regla general, inquebrantable, era saber sonreír, agacharse cuando fuese necesario, hacer caravanas y andar con los pies descalzos para no hacer ruido. La simulación, el halago, la muleta, el dolor fingido y la alegría no sentida, eran todo un arte que había necesidad de aprender bien, porque aquél que ostentara públicamente o en forma abierta salirse o desafiar los rigurosos convencionalismos sociales, estaba automática-

mente "out", fuera, proscrito, condenado al más cruel ostracismo —la ley del hielo— que se aplicaba con todo rigor y refinada crueldad. ¡Aquel individuo estaba muerto en vida, o sea liquidado socialmente, en una palabra, no calificado para obtener las utilidades propias de las relaciones humanas. . . !

Jorge conocía mucho de la historia del club. Recordaba que en la pequeña ciudad, había sido su fundador un pintoresco extranjero tremendamente audaz, de nombre Filippo Di Perugia, que ostentaba títulos de nobleza, pero que, según él, por modestia y sencillez jamás utilizaba. Di Perugia, era muy bien parecido, con un tono de lenguaje dulzón y encantador, bastante inteligente y un maestro en la fabricación de mosaicos, azulejos, y toda clase de materias relacionadas con la cerámica, teniendo una habilidad muy especial para el diseño, el dibujo y la decoración. Llegó a estos lugares, con el pretexto de buscar un barro de una contextura especial, el cual pensaba importar para sus fábricas de vidrio y cerámica en Europa.

Las principales familias le dieron cabida en sus hogares, impresionados por su porte distinguido, su abierto, desenvuelto y casi desenfadado modo de comportarse, su acento extranjero que al pronunciar nuestro idioma sonaba a música agradable al oído, sus maneras tan distinguidas y caballerosas, sus pláticas tan amenas e interesantes. En fin, el hombre era un transeúnte del mundo y una persona con tales antecedentes, simpática e inteligente, tenía por fuerza que cautivar y ser un fuerte imán ante la candidez de los honorables ciudadanos, trabajadores, progresistas, pero sencillos, que tenía la nueva ciudad.

En una de tantas ocasiones en que Di Perugia había sido invitado a una tertulia, aprovechando que se encontraba rodeado de "peces gordos" insinuó la posibilidad de quedarse una temporada en la ciudad a probar las excelencias del barro nativo, o instalar una fábrica para ver que resultados obtenía después de mezclarlo con las sustancias químicas que él tenía de fórmula secreta. Al unísono cuatro o cinco de los presentes se ofrecieron a aportar sus capitales para tener el

privilegio y la fortuna de ser socios del talentoso italiano. Así en forma indirecta nació el Club de la Cofradía pues al asociarse la crema y nata y tener la necesidad de juntarse periódicamente para sesionar, el propio Di Perugia que tenía contactos con los escasos y exclusivos clubes de otros países, logró, merced a sus influencias obtener la carta de legalización del Club de la Cofradía, que servía de asiento y vínculo de la recién formada sociedad de "Los Tulipanes de Oro". Di Perugia, por aclamación fue declarado el primer presidente del club. Fue un gran presidente que estableció los cimientos de un club prestigioso y perdurable y logró separar, radicalmente, el negocio del propio club. Así, la industria de la cerámica, quedó separada de la Cofradía, "para no confundir negocio con placer y caridad" solía decir Di Perugia.

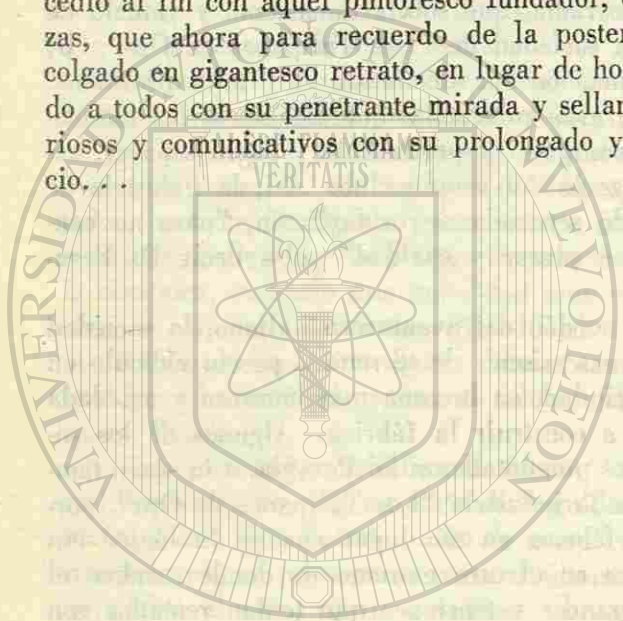
Gracias a la visión del aventurero italiano, la sociedad adquirió grandes extensiones de terreno a precio ridículo en las orillas de la ciudad, en la zona más hermosa y arbolada y ahí se empezó a construir la fábrica. Algunos de los socios más maliciosos preguntaban a Di Perugia, a la sazón también presidente de la industria "Los Tulipanes de Oro", por qué instalaba la fábrica en ese lugar cuando lo lógico era que se construyera en el otro extremo de donde sacaban el barro, de unas grandes extensiones que tenían rentadas con promesa de compra, a lo que el italiano respondía que en esa forma se le daba valor a todos los rumbos de la ciudad y no a una sola zona, así como trabajo a más gente: en beneficio de la colectividad.

Lo cierto es que la ciudad creció, prosperó, la industria cerámica fue un éxito que rebasó las fronteras con sus exportaciones y a iniciativa de Di Perugia se empezó a construir en sociedad aparte, el fastuoso hotel que iría a llevar el mismo nombre de la famosa industria.

Todo marchaba maravillosamente, cuando un buen día Di Perugia, pretextando que iría a comprar al extranjero nuevas instalaciones para agrandar la fábrica, armado de un buen fajo de títulos negociables, cheques de caja y valores en efectivo, abandonó la ciudad. . . para nunca jamás volver.

Muchos no comprendieron al aventurero italiano, pues sabían que su único vicio era el juego y presumieron, como otras veces lo había hecho, que se había ido a jugar a los grandes casinos, pues su situación era muy desahogada.

Nadie supo si jugó todo el dinero, si lo perdió, si lo mataron, si huyó a otras tierras arruinado y aburrido, o qué sucedió al fin con aquél pintoresco fundador, creador de riquezas, que ahora para recuerdo de la posteridad, permanece colgado en gigantesco retrato, en lugar de honor, impresionando a todos con su penetrante mirada y sellando los labios curiosos y comunicativos con su prolongado y misterioso silencio. . .



*“Todos quieren que su nombre
a los hombres envanezca,
y no hay hombre que merezca
llamarse siquiera hombre”.*

*“Que de aquella sociedad,
llena de lodo y materia,
es muy grande su miseria
y mayor su vanidad”.*

ANTONIO PLAZA

— IV —

*“Llaneza, Sancho,
llaneza. . .”*

DON QUIJOTE. (Cervantes)

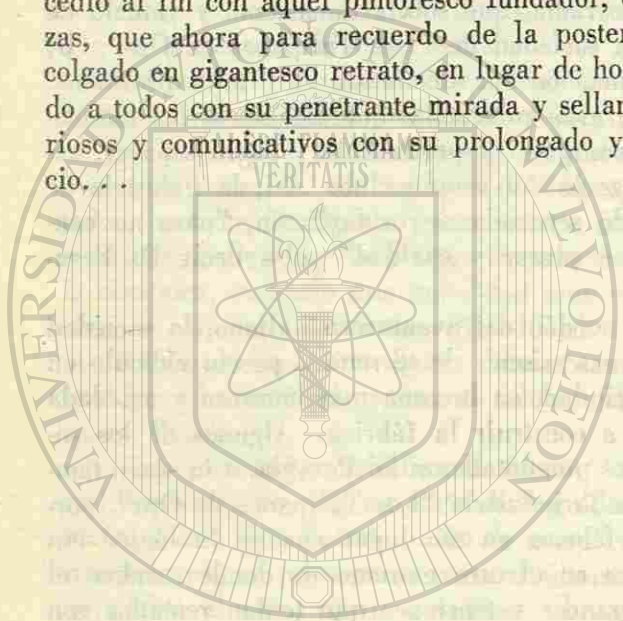
Primer evento de relevancia social en el año de Ricardo fue la celebración tradicional del Certamen Poético. Valioso premio en efectivo para el primer lugar y regalos primorosos para el segundo y tercer lugares. En junta extraordinaria de consultores, se seleccionó el jurado que habría de calificar los trabajos literarios y poemas que de seguro abundarían —como así fue— en el certamen.

—Necesitamos publicar la convocatoria en todos los periódicos y darle la debida publicidad a este evento que por tantos años ha dado lustre y buen nombre a nuestro club, ya que, no solamente nos ocupamos de las cosas materiales, sino también de las del espíritu, pues, como ustedes saben, no solamente de pan vive el hombre— sonriendo, hablaba con su voz sonora, Ruperto Quintanar.

Ricardo, para sus adentros, comentaba —yo creo que Ruperto se refiere a las bebidas espirituosas y no precisamen-

Muchos no comprendieron al aventurero italiano, pues sabían que su único vicio era el juego y presumieron, como otras veces lo había hecho, que se había ido a jugar a los grandes casinos, pues su situación era muy desahogada.

Nadie supo si jugó todo el dinero, si lo perdió, si lo mataron, si huyó a otras tierras arruinado y aburrido, o qué sucedió al fin con aquél pintoresco fundador, creador de riquezas, que ahora para recuerdo de la posteridad, permanece colgado en gigantesco retrato, en lugar de honor, impresionando a todos con su penetrante mirada y sellando los labios curiosos y comunicativos con su prolongado y misterioso silencio. . .



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*“Todos quieren que su nombre
a los hombres envanezca,
y no hay hombre que merezca
llamarse siquiera hombre”.*

*“Que de aquella sociedad,
llena de lodo y materia,
es muy grande su miseria
y mayor su vanidad”.*

ANTONIO PLAZA

— IV —

*“Llaneza, Sancho,
llaneza. . .”*

DON QUIJOTE. (Cervantes)

Primer evento de relevancia social en el año de Ricardo fue la celebración tradicional del Certamen Poético. Valioso premio en efectivo para el primer lugar y regalos primorosos para el segundo y tercer lugares. En junta extraordinaria de consultores, se seleccionó el jurado que habría de calificar los trabajos literarios y poemas que de seguro abundarían —como así fue— en el certamen.

—Necesitamos publicar la convocatoria en todos los periódicos y darle la debida publicidad a este evento que por tantos años ha dado lustre y buen nombre a nuestro club, ya que, no solamente nos ocupamos de las cosas materiales, sino también de las del espíritu, pues, como ustedes saben, no solamente de pan vive el hombre— sonriendo, hablaba con su voz sonora, Ruperto Quintanar.

Ricardo, para sus adentros, comentaba —yo creo que Ruperto se refiere a las bebidas espirituosas y no precisamen-

te a las del alma— y sonreía también en aquel ambiente de hipocresías, juegos de palabras y laboratorio de verdades disfrazadas de falsedades.

Todos los consultores estuvieron de acuerdo en nombrar a los tres mismos, infalibles, sabihondos bohemios, que año tras año calificaban a su leal saber y entender, los trabajos presentados por los aspirantes a ganarse los laureles y los pesos.

Año tras año, sin discusión, ni apelación, los jurados emitían su dictamen y se entregaban los premios en el pequeño, pero confortable teatro anexo al salón de los trofeos, del hotel "Los Tulipanes".

Por esas cosas que no están escritas ni previstas, la noche de entrega de premios, antes de reunirse los miembros del directorio, así como algunos de los socios, varios con sus damas y demás invitados, sucedió que el presidente del jurado, Apolinar Zendejas, cantor y poeta, redactor de un diario de la localidad, quien gozaba de ser gran conocedor de literatura antigua, moderna y marciana enfermó súbitamente, como resultado de la gran borrachera que tuvo la noche anterior y la otra también, poniendo en problemas al jurado, del cual era líder, director y mandamás.

Enterado Ricardo de que el ilustre Apolinar no podría comparecer esa noche, en rápidas entrevistas personales y telefónicas con los miembros consultores: Quintanar, Argüelles, del Olivar, Calvo y Montellano, se dispuso por unanimidad que este último, el licenciado Alejandro, fuese, quien en representación de la Cofradía, hiciese el último análisis. El licenciado Montellano se excusó en un principio, pretextando sentirse débil y enfermo —lo cual era verdad— pero a instancias y súplicas de Ricardo, por fin aceptó ser el presidente del jurado y entregar los premios a los que ya en secreto estaban designados por Apolinar y socios. El licenciado Montellano se trasladó de su residencia a "Los Tulipanes" una hora antes de la celebración, citando también a los otros dos miembros del jurado, dos pintorescos bebedores, o chupavidrios, excéntricos y raros a más no poder. Uno, el poeta Chanito, con traje negro riguroso, lavado, relavado y

lustroso y zapatos color café; el otro, Nandito, o Fernando, un atildado maricón que olía a billete viejo, a pesar de la loción corriente y que portaba para esa noche de gala un atuendo ¡deportivo! saco a cuadros café y un pantalón morado, con zapatos blancos: ¡un primor!

Don Alejandro, nervioso, pero educado y caballero como siempre, invitó a los dos ejemplares a tomar café a una orilla del presidium, mientras los aspirantes y la gente invitada iba llegando. Chanito, con olor fuerte a alcohol, que trataba de disimular masticando chicle, empezó a mostrar al licenciado Montellano los tres trabajos que ellos —los genios— habían acordado se entregaran a los triunfadores. Tres jóvenes, señor licenciado, que son una promesa en el mundo de la literatura, naturalmente me refiero a los poemas de "onda", actualizados, que como la pintura surrealista, aparentemente no se entienden, pero que llevan en su contenido un verdadero mensaje —masculló, como pudo, el tal Nandito.

—Nosotros —dijo Chanito—, naturalmente, como usted ha de suponer, nos hemos desvelado y trabajado mucho, para poder seleccionar de las cincuenta y tantas obras presentadas, las tres, que a nuestro juicio, cabalmente y desde luego de nuestro compañero y presidente don Apolinar Zendejas, fueron las que consideramos las triunfadoras.

—Fue tarea titánica, señor licenciado y sobre todo, eso sí, sin componendas ni compromisos, ya que ni conocemos a los autores, pues usted sabe que las composiciones son inéditas y se envían con algún pseudónimo o lema—, declaró solemnemente, con voz de falsete, Nandito.

El licenciado Montellano, serio, culto, reservado, tomaba nota mental de aquel diluvio de palabras de los dos poetas, de aquellas luminarias intelectuales, que también se refugiaban en el sueldito de un periódico o en el de alguna dependencia gubernamental, pasando, siempre, para los demás entes humanos, como "intocables" representantes de las letras.

—¿Y los trabajos?— se aventuró por fin a preguntar don Alejandro.

—Aquí los tiene, en su orden: el tercero, segundo y primer lugar; como usted podrá checar y corroborar, cada uno tiene su pseudónimo, así tenemos para el primer lugar “el querubín enamorado”; para el segundo “alma quebrada” y finalmente para el tercero “el perro chato”; los autores de los 10 primeros lugares que en un principio seleccionamos de todos los demás, han sido avisados por los diferentes diarios, de los cuales aquí tenemos varios ejemplares, citándolos por sus apodos o pseudónimos, para que se presenten hoy en la noche. La idea de citar a diez y no a los cincuenta, es por un alto sentido de lástima y consideración de nuestro presidente el “maestro” Zendejas, ya que prefiere que sufran angustia estos diez jóvenes promesas y no los cincuenta y pico que concursaron. Así que como podrá usted darse cuenta, todo está en regla y aquí tiene, como son sus deseos los tres trabajos galardonados—, concluyó su perorata el “maestro” Chanito Oropeza.

En esos instantes hizo su aparición Jorge Mendieta, el secretario, quien a su vez, también había sido citado por el licenciado Montellano para que lo auxiliara en todo lo concerniente al festival preparado y a la entrega de premios.

—Estimado Jorge —dijo Montellano— permítame presentarle a los dos señores poetas, Chanito Oropeza y Fernando, más bien Nandito Larrea, quienes, como usted sabe, forman parte del jurado que presidió el maestro Apolinar Zendejas, quien por motivos de salud, no podrá estar con nosotros esta noche.

Mucho gusto, —dijo Jorge— (aunque ya en años anteriores, con alguna variante, había conocido a estos repugnantes sujetos).

—Don Alejandro, estoy a su disposición, —dijo sinceramente Jorge—, pues el licenciado Montellano, era una de las “raras avis”, a quienes Jorge, de corazón, sinceramente apreciaba, después de comprobar una y otra vez que aquel hombre era bueno y un caso extraordinario entre aquel mundo de hienas.

—Muy bien, dijo el licenciado, le voy a rogar, Jorge, que empecemos por el tercer lugar, que corresponde a . . .

“el perro chato”, —qué raro, ¿por qué ese pseudónimo?

Chanito replicó, —es que las cosas o nombres tradicionales han pasado ya a la historia, señor licenciado—.

El poema laureado, correspondiente al tercer lugar del certamen y que se debía a la fértil imaginación del “perro chato”, decía así:

“LA ENREDADERA”

*Fruta podrida de la fruta virgen
 ojos de cilindro en miniatura
 ¡oh! criatura, mira abajo
 del cielo, bajó el escupitajo.*

*Enredaderas de alambre
 cercan la guerra de las almas
 braguetas desabrochadas
 cucharadas de miel beben
 las rojas noches desdentadas.*

*Perfumes de cicuta
 golondrinas sin alas paridas
 trapos remojados de polvo
 zapatones invisibles de charol
 ¡corazón, arráncame un pelo!*

Don Alejandro se quedó estupefacto, Jorge volteó a verlo, también entre sorprendido e incrédulo. El licenciado pensó para sí, que no debería mostrar su ignorancia en las nuevas formas o modalidades de la poesía actual frente a los dos monstruos consagrados que tenía enfrente (Chanito y Nandito) y optó por guardar silencio e imbuirse en el segundo lugar que, ahora, correspondía en turno a “alma quebrada”, un pseudónimo tan neutro, que le pareció debería ser una mujer la autora.

"LA HAMACA"

*Los cuerpos se mecen
en la hamaca del cielo
la luna se come
su melocotón
mirando hacia arriba
las manos entrelazadas
y el beso enamorado
se tejió en telarañas
de suspiros
¡sintiendo tu bigote
junto al mío!
vibración de estrellas
estremecimiento de astros
¡el canto del amor
arrullado en una
hamaca vacía!*

Otra vez, los ojos de don Alejandro voltearon a ver, alarmados, a los de Jorge y éste, sin saber que hacer, se concretó a levantar los hombros, en una especie de señal impotente. Señores, exclamó don Alejandro, ¿están ustedes seguros de que estos son los poemas, ya calificados, para premiarlos?

—Claro que sí, —dijo Nandín—, estos trabajos son los indicados—.

—Pero, —terció el licenciado Montellano— a mí, en lo personal y les confieso que no entiendo de poesía contemporánea, me parecen algo raras y absurdas estas poesías—.

—Porque son, como las pinturas abstractas o las surrealistas — dijo Nandín— el númen del poeta no se conforma con las reglas de la poesía tradicional; aquí, por ejemplo, en el poema premiado en primer lugar, tenemos un vivo ejemplo del amor esdrújulo, así como en el anterior, la creación es erótica-onírica, un bello y sublime canto al amor unisex, veamos ahora el mejor poema, el premiado con los 10,000.00 pesos—.

Don Alejandro se mesó los cabellos y movió su cabeza de un lado a otro en gesto de desaprobación y desconcierto. En ese instante, Jorge le pidió anuencia de ausentarse y salió rápidamente hacia el interior del hotel.

Don Alejandro se sentía aturdido, confuso, avergonzado y colérico y empezó a sentir inquietud a medida que iba viendo como se iba llenando de gente, socios, invitados, el el pequeño pero confortable salón.

—Veamos el poema, dijo muy serio y predispuesto el licenciado Montellano—.

"ODA A LA CACA"
o "LOS GEMELOS"

Autor:- "El querubín enamorado"

*Nuestra madre nos parió iguales
juntos, como los dos arbolitos
tú te fuiste encorvando
yo fui creciendo
mi lágrima era tu moco
tu boca mi ano
¡ay, hermano!
nuestras manos se besan
el ojo crepita
sonoros y lúgubres los senos
el árbol se marchita de confeti
el alambre del teléfono
está lleno de cadillos
tú, duermes la mona
yo, afilo cuchillos morados
nuestra madre sigue pariendo
duraznos, melones y aguacates
¡mientras yo defecto mi caca
en la sábana del invernadero!*

—¿Pero qué demonios es esto?— ya fuera de sí, exaltado, colérico, gritó el licenciado, arrojando los papeles con

furia al cesto de la basura, mientras los "maestros" lo contemplaban temerosos, con ojos aborregados y sonrisa idiota.

—¿Por favor señores, explíqueme esta tomadura de pelo, díganme por favor qué clase de porquería, qué mariguana es este albañal?

Los poetas —artistas— maestros y demás yerbas se miraban contritos palideciendo y sudando, pues veían el rostro del antes caballeroso señor, convertido ahora en un energúmeno.

En esos precisos instantes llegó Jorge, muy a tiempo, ya que era notorio para el público que iba llenando el local, las divergencias, ademanes y palabras fuertes que se desarrollaban en una orilla de la mesa del presidium.

—Licenciado— apremió Jorge, me urge hablar con usted en privado, le ruego me acompañe y sacando de un brazo a don Alejandro, se alejó con él hacia el cercano salón del consejo, dejando boquiabiertos y nerviosos a los "excelsos poetas", e inquietos a los asistentes que se dieron cuenta de la discusión.

Una vez instalados en el cómodo salón, Jorge sirvió una taza de humeante café a don Alejandro con el ánimo de serenarlo. Este le dio las gracias y le pidió con urgencia que convocara a los miembros del directorio que estuvieran en el edificio o bien que llamara a sus casas a los ausentes, pero en primer término deseaba entrevistarse con Ricardo.

Jorge, rápidamente hizo dos o tres llamadas por el intercomunicador y para fortuna encontró en diversos salones, pero dentro del área del hotel, a todos los consultores, quienes entre sorprendidos y curiosos, se presentaron en el salón del consejo.

El licenciado Montellano, primeramente y en privado informó brevemente al presidente Ricardo y luego expuso el problema a los demás miembros, leyéndoles los tres poemas, que previamente había mandado traer con Jorge.

Todos, al escucharlos, se quedaron estupefactos, algunos hicieron acres comentarios.

—Es una cochinidad, no sé de donde sacan que es literatura—, expresó molesto Ruperto Quintanar. El arquitecto

Argüelles, sólo dijo: —es inconcebible como ha degenerado la poesía, si es que puede llamarse poesía a esas estupideces sórdidas, deshilvanadas, sin rima, a esos galimatías ininteligibles, salpicados de grosería y lodo, tan hermoso y entendible que es el lenguaje claro y sencillo—. Aurelio R. Calvo, no dijo nada, sólo se concretaba a asentir con la cabeza, pues él, según expresó, de poesía y esas cosas no sabía ni papa.

Ricardo Velasco pidió que por favor dieran su opinión en forma rápida y urgente, pues faltaban escasos minutos para que se iniciara la ceremonia.

Como en esta vida no falta nunca "un pelo en la sopa", el siempre negativo don Torticio del Olivar, pidió la palabra.

—Señores, yo creo que nos estamos ahogando en un vaso de agua, la cosa no es para tanto, recordemos la época en que vivimos, es distinta a la nuestra, es la de cambios, es el futuro y debemos acostumbrarnos a ello. Allí tienen ustedes esa literatura jeroglífica del Club PUM, de los Charlie Chorros, de los García-Duque, de los Lagarto Dolosa, de los Amén, etc., etc., que escriben sus grandes obras maestras a su manera, en donde el lector tiene necesidad de ir desentrañando, interpretando, lo que nos quiso decir el autor; leyendo a veces un libro de atrás hacia adelante, o bien irse brincando cada tres renglones para hallarle el sentido, o comparar el capítulo, digamos cuarto, con el noveno, para seguirle el hilo y comprender la continuidad. En cuanto a esos pobres diablos —se refería a los del jurado— de verdad no son tan malos; ellos, los nuevos poetas, tienen otras formas de expresión diferentes a los tradicionales, éstos para ellos, son cursis, quizá para mañana los cursis y atrasados serán nuestros amigos del jurado y así va la vida señores—, concluyó, con sonrisa doctoral y satisfactoria, del Olivar.

El licenciado Montellano, intervino rápidamente y dijo: —con mis respetos don Torticio, pero yo creo, honrada y sinceramente, que en este caso que comentamos no cabe ni tan siquiera una excusa de pretexto. Aquí tenemos los dizque poemas premiados, están a la vista y claramente se desprende que fueron ideados, groseramente, por mentes enfermas, sin

escrúpulos y con un gran desprecio e indiferencia para los que nos consideramos más o menos normales y aunque conservadores, con nuestra mente puesta a cualquier cambio o innovación de las nuevas generaciones, pero que vayan encaminadas a fines nobles, de beneficio común y no propiciar ni alentar inmundicias que en lugar de activar el pensamiento lo enturbian y entorpecen—.

Jorge, rápidamente se hizo cargo de la situación urgiendo a Ricardo que sometiera a votación el asunto. Como no había tiempo para expedir voto secreto por escrito, Ricardo simplemente anunció: —el que vote a favor de que el concurso quede desierto, es decir, sin otorgar premios a nadie, que por favor levante la mano—.

Al instante, cinco brazos apuntaron en señal de aprobación, quedando, como es fácil de adivinar mudo y sin movimiento, el brazo de don Torticio, quien se levantó súbitamente y sin decir palabra salió violentamente, azotando la puerta en franca señal de enojo y rebeldía.

Ricardo, en compañía de los demás consultores fue de inmediato al teatro y francamente pidió excusas al auditorio diciendo que por causas de fuerza mayor se suspendía el festejo y que en cuanto a los premios, por no tener merecimientos suficientes los concursantes, por este año, no se entregarían a nadie.

El público salió, casi silencioso, pero murmurando en voz baja una y mil conjeturas; los dos miembros del jurado se deslizaron muy despistadamente y sin hacer ruido.

Así pasó el primer episodio de un año de sorpresas para el nuevo presidente del Club de la Cofradía.

*“El hombre, ténlo presente,
en ese mundo hostigoso,
hace un viaje muy penoso
y no medra si no miente”.*

*“Y mayor razón te sobre
en la sociedad, buen chico,
evita el odio del rico
y la intimidación del pobre”.*

ANTONIO PLAZA

— V —

*“Las mujeres son animales
de cabellos largos e
ideas cortas”.*

SCHOPENHAUER.

Cada mes se reunían las damas de los cofrades en alguna de las bellas residencias de las socias, con el objeto de celebrar su junta ordinaria. Los primeros meses eran las reuniones en las casas de las esposas de los consultores o miembros del directorio. En esta ocasión la celebración era en la suntuosa y palaciega casa del arquitecto Marcelo Argüelles.

Clara, su esposa, estaba verdaderamente feliz y un tanto nerviosa, pues a toda costa quería, como anfitriona, quedar en esta primera ocasión muy bien con sus invitadas, para que se fueran con una agradable impresión; de pasada, se ufanaría orgullosa de todas sus pertenencias, su casa sería el escaparate para exhibir todos los tesoros que ella contenía aún en los rincones menos frecuentados. En verdad, todo ahí era de un gusto exquisito y refinado; los muebles que com-

escrúpulos y con un gran desprecio e indiferencia para los que nos consideramos más o menos normales y aunque conservadores, con nuestra mente puesta a cualquier cambio o innovación de las nuevas generaciones, pero que vayan encaminadas a fines nobles, de beneficio común y no propiciar ni alentar inmundicias que en lugar de activar el pensamiento lo enturbian y entorpecen—.

Jorge, rápidamente se hizo cargo de la situación urgiendo a Ricardo que sometiera a votación el asunto. Como no había tiempo para expedir voto secreto por escrito, Ricardo simplemente anunció: —el que vote a favor de que el concurso quede desierto, es decir, sin otorgar premios a nadie, que por favor levante la mano—.

Al instante, cinco brazos apuntaron en señal de aprobación, quedando, como es fácil de adivinar mudo y sin movimiento, el brazo de don Torticio, quien se levantó súbitamente y sin decir palabra salió violentamente, azotando la puerta en franca señal de enojo y rebeldía.

Ricardo, en compañía de los demás consultores fue de inmediato al teatro y francamente pidió excusas al auditorio diciendo que por causas de fuerza mayor se suspendía el festejo y que en cuanto a los premios, por no tener merecimientos suficientes los concursantes, por este año, no se entregarían a nadie.

El público salió, casi silencioso, pero murmurando en voz baja una y mil conjeturas; los dos miembros del jurado se deslizaron muy despistadamente y sin hacer ruido.

Así pasó el primer episodio de un año de sorpresas para el nuevo presidente del Club de la Cofradía.

*“El hombre, ténlo presente,
en ese mundo hostigoso,
hace un viaje muy penoso
y no medra si no miente”.*

*“Y mayor razón te sobre
en la sociedad, buen chico,
evita el odio del rico
y la intimidación del pobre”.*

ANTONIO PLAZA

— V —

*“Las mujeres son animales
de cabellos largos e
ideas cortas”.*

SCHOPENHAUER.

Cada mes se reunían las damas de los cofrades en alguna de las bellas residencias de las socias, con el objeto de celebrar su junta ordinaria. Los primeros meses eran las reuniones en las casas de las esposas de los consultores o miembros del directorio. En esta ocasión la celebración era en la suntuosa y palaciega casa del arquitecto Marcelo Argüelles.

Clara, su esposa, estaba verdaderamente feliz y un tanto nerviosa, pues a toda costa quería, como anfitriona, quedar en esta primera ocasión muy bien con sus invitadas, para que se fueran con una agradable impresión; de pasada, se ufanaría orgullosa de todas sus pertenencias, su casa sería el escaparate para exhibir todos los tesoros que ella contenía aún en los rincones menos frecuentados. En verdad, todo ahí era de un gusto exquisito y refinado; los muebles que com-

ponían al ajuar de la mansión, eran fabricados con finas maderas, especialmente para el arquitecto Argüelles, todos hechos a la medida para grandes espacios, rincones o áreas pequeñas; el fabricante, era un renombrado y disputado artista que hacía verdaderas obras de arte, grandes maravillas con la madera trabajada por sus diestras manos; los detalles de decorados, paredes tapizadas, colocación de estatuas, pinturas, cortinas, adornos, colgijes, etc., también estuvieron a cargo de un hábil especialista, famoso por su delicado y buen gusto. En una palabra, el albergue de Clara, su esposo y un único hijo pequeño, era soberbio y magnífico. Todo un palacio bien montado, con jardines que figuraban rincones japoneses con pequeños puentes y lagos artificiales, flores de loto, y en un nicho, un meditativo buda de jade.

Clara, la más joven y bonita del directorio de damas, excitadísima, recibía con besitos en la mejilla a sus amigas en la entrada principal de su residencia y luego de atravesar el recibidor, un pasillo y la sala que desembocaba en una de las puertas que daban al jardín, dejaba a su acompañante y regresaba a la puerta lista a recibir la nueva visita. La servidumbre, de uniforme negro y elegante delantal blanco con encajes, servía en charolas plateadas los fiambres y las bebidas.

Ya habían llegado Bertha, Gertrudis, Ana Blanca, Alicia, Ethelvina, Mónica, Gabriela y Maricruz y de la directiva de damas estaban todas, salvo la presidenta Laura y la infumable Chayito.

Lucita Valverde ayudaba con su eficacia acostumbrada a Clara, atendiendo pequeños detalles que hacían más fluido y amable el servicio.

Por fin se dignó aparecer la presidenta Laura Belgrano, yendo a recibirla a su carro Clarita y Lucita con grandes aspavientos. Laura se excusó por llegar un poco tarde, pues había estado en el bautizo de un nuevo ahijado del matrimonio. Casi al mismo tiempo llegaba Chayito, saltando apresuradamente el chofer para abrirle la puerta. A Laura se le dibujó un gesto de disgusto en su rostro porque aquella mujer la quería hacer aparecer en segundo plano. Tanto la propia Laura como Clarita y Lucita la recibieron en la estancia con una

cortés frialdad.

Las mesas ya estaban pletóricas de alharaquientas jugadoras de poker, paco o canasta, recibiendo con muestras de júbilo y cariño a Laura, e invitándola, todos los grupos, a que las honrara sentándose con ellas; por fin encontró acomodo en la mesa de la anfitriona y se dispuso a gozar del juego. Chayito siempre estuvo detrás de Laura, haciéndole sombra y pretendió sentarse en la misma mesa pero se frustró porque ya no había silla, entonces, furiosa, pero sonriendo con su cara de cacahuete garapiñado, viéndose aislada, se resignó a sentarse con un grupito de nuevas socias, ante las cuales de inmediato empezó a presumir con sus joyas, su ridículo vestido estilo china poblana, recién comprado en París, alarmandolas y sorprendiéndolas con su voz totonaca mezclada con un acento que pretendía ser castizo español y que resultaba ininteligible.

Otra proscrita, Tenchita del Olivar, a quien los gruesos lentes le daban el aspecto repulsivo de un ser de otro planeta, también estaba sentada con damas que no eran del directorio —pues todas la evitaban—, y compartía el juego con socias nuevas o de reciente ingreso. Al ver llegar a Laura, se excitó visiblemente, dejando afluir la envidia y los celos —ella recién había sido la anterior presidenta— y comenzó a comentar en voz medianamente baja que: Laura era una presumida e inflada guajolota que intencionalmente llegaba tarde para darse los claros visibles aires de grandeza, pero que también debería disculpársele porque sin duda estaba muy ocupada vigilando a su marido —ahora el presidente Ricardo— de quien según se decía andaba engañándola con su propia secretaria, las mujeres se agitaron incómodas y de la mesa vecina en donde se encontraban dos damas del directorio, Conchita Albatroz y Sandra Rubio de Montellano, al oír las perversas palabras de Tencha, algunas movieron negativamente la cabeza y otras como la respetable señora de Montellano, hicieron un leve gesto despectivo y posaron sus ojos, en silencio, pero con reproche, en los abultados ojos miopes de Tencha.

Todavía, quizá porque gozara en su interior de su per-

versidad hizo acres comentarios acerca de la propia anfitriona Clara, cometiendo la indiscreción —pues eso era cierto— que ésta les había rogado a las damas del directorio, ser la primera en ofrecer su casa ya que: —como ustedes verán, es casa grande de nueva rica, que lo único que quiere es presumir exhibiéndola como si fuera un zoológico—, concluyó aquel repulsivo renacuajo.

Nadie, pero nadie, se atrevía a parar la afilada lengua de aquella sierpe rencorosa, amargada y fea, que dañaba a cuanta inocente giraba a su alrededor.

El chisme no era patrimonio exclusivo de Tencha, también en otras mesas se susurraba de separaciones, divorcios, fraudes, todo a media voz, pero todas atentas con picante curiosidad y el oído muy alerta al nuevo comentario mordaz. Siempre eran las mismas miserias nuevas y viejas que el padre sol ha mirado con indulgencia en siglos de contemplación.

Las señoras vestían sus modelos exclusivos, manufacturados por las mejores costureras y envolvían sus cuerpos en trajes primaverales, confeccionados algunos en telas vaporosas; otros con adornos de organza, con motivos estampados o aplicaciones de florecitas de organdí. Algunas usaban tela de caída más suave como chiffón o georgette; lo cierto es que ahí reinaba la moda del día; algunas lógicamente se veían guapas con sus magníficos atuendos y otras francamente desastrosas, cómicas y lamentables.

Desde luego la mesa mejor atendida y frecuentada era en donde se encontraba la presidenta Laura, pues, aunque parezca mentira, muchas de las socias, sobre todo las menos conocidas, las nuevas o las anónimas, se acercaban, la saludaban y la veían como un ser superior, dador y dispensador de favores y se disputaban en pugna silenciosa el ser escogidas por Laura para desempeñar cualquier comisión, aunque fuera baladí; allí el asunto estaba en distinguirse, en descollar, en tratar de sobresalir entre las demás.

Escándalo mayúsculo fue cuando súbitamente se presentaron los fotógrafos y redactores de sociales de los principales diarios, que fueron advertidos previamente y quie-

nes conocedores de su profesión, a cambio de regalitos, dádivas y prebendas entregadas con discreción, se multiplicaban en las planas de sociales en elogios y alabanzas para las señoras que más bien les caían o que sabían iban a compensarlos con algo, más tarde. Por lo regular, de los cuatro diarios de la localidad, tres de las responsables de cubrir la fuente de sociales eran mujeres y el cuarto, una mezcla de éstas y los hombres.

Cuando los fotógrafos ordenaron —esa es la palabra— que se agruparan o formaran las damas para tomar las fotografías —siempre con algún fondo bonito— todas, o casi todas, en tropel salían de sus butacas y corrían atropelladamente para colocarse en un buen lugar, esgrimiendo la mejor y más cautivadora de sus sonrisas, así, al día siguiente verían su foto a colores y la cronista describiendo: “a la elegante señora de tal, bellísima en su coqueta cachuchita color aqua y su original conjunto de jersey morado con aplicaciones verdes y amarillas; así como a la distinguida damita de mengano, con su atuendo gaucho y sus botas de piel de cocodrilo con incrustaciones de pedrería y espuelas de plata y oro”, etc., etc.

Por supuesto, siempre era la campeona en estos menesteres Chayito de Calvo, quien buscaba la primera línea y se colocaba en el centro, lugar tradicionalmente destinado a la dueña de la casa que era la anfitriona, pero a Chayito no le interesaba ningún convencionalismo con tal de hacer resaltar su repugnante figura, faltando a la más elemental regla de cortesía, al desplazar a Clarita, en este caso, del lugar central. Todas se percataban de la maniobra, pero nadie le decía nada. Tencha, tan víbora y lenguaraz, parecía tener un pacto secreto con ésta otra indeseable y jamás la atacaba.

Después de las fotografías, continuaron con una merienda exquisita compuesta de ricas galletitas, café y chocolate, dando oportunidad a una maestra invitada especialmente para dictar una breve charla sobre el célebre pintor italiano el Tintoretto, pues ya era costumbre “salpicar” estas reuniones con algún detalle cultural; así eran invitados

conferencistas, charlistas, profesores, que tocaban diversos temas, entre otros los históricos, el de los arreglos florales y los adornos de pasteles.

La maestra se refirió a dos de las obras cumbres del genial pintor italiano, "La última cena" que se encuentra en la iglesia de San Jorge el Mayor, y "El Paradiso" en el Palacio Ducal ambas de Venecia, Italia. Todas las socias estuvieron atentas y algunas hicieron preguntas al respecto, pues la mayoría ya conocía las obras personalmente por haber viajado al bellissimo país de los antiguos romanos.

Después de la interesante plática documentada con diapositivas, las damas comenzaron a levantarse para irse a despedir de la anfitriona.

Se hacían grupitos en la puerta, mientras una pléyade de choferes maniobraba cuidadosamente para ocupar sitio en la puerta de la residencia y llevarse a su ama respectiva; algunas más modestas, iban personalmente a sus automóviles para conducirlos. Todas invariablemente llevaban de recuerdo los preciosos pajaritos azules que habían adornado las mesas; algunas aún con el cigarrillo en la mano, tiraban despreocupadamente las cenizas en las finas y mullidas alfombras; otras más, parando coquetamente las trompitas simulaban aventar al aire un besito tronado; otras más se besaban en las mejillas y algunas se estrechaban las manos y al abrazarse dejaban pingajos de chocolate y grasa en la espalda o cabello de la amiga. Cada una se despidió de la amable anfitriona dirigiéndole frases agradables de agradecimiento y de admiración por lo bella y bien arreglada que tenía su residencia, así como por el exquisito y buen gusto de haberles ofrecido pastelitos franceses de nuez y chocolate. —Todo fue un encanto, eres un primor— fueron las frases repetidas que sonaban a campanas de gloria en los oídos borrachos de halagos de Clara Solís de Argüelles.

Una vez sola Clarita, vio con tristeza cómo había quedado su casa: colillas de cigarro por doquier, servilletas, vasos rotos, y lo más grave, cortinas y manteles manchados y quemados al parecer intencionalmente, así como algunas

tiernas plantas del jardín aplastadas y destruidas sin misericordia. También notó la falta de varios ceniceritos de cristal, palilleros de plata y algunos objetos menores. Sentía coraje y al mismo tiempo estaba feliz, pues a pesar de todo, la reunión había sido espléndida y según le dijeron varias, entre otras, la presidenta Laura, había tenido un éxito mayúsculo, pues ya vería las noticias en los diarios de la mañana alabándola a más no poder y nombrándola, como le dijo Chuchita la de "El Imparcial", la dama de la semana, en una gran fotografía a todo color, en la cual aparecía ella solita con el marco esplendoroso de una pintura original de Cervantes el antillano, posando una mano en el impresionante jarrón chino y mirando con su carita de ángel el atestado juguetero español con miniaturas de marfil y muñequitas orientales.

Lo único que la mortificó más de la cuenta fue el hecho de que los de la televisión llegaron tarde y pese a que la gran sala y la soberbia estancia, así como el pórtico y parte de los jardines salieron en el noticiero social, le podía mucho que los ventanales, esos vitrales hermosísimos hechos en cristal de plomo en los que famoso artista había dibujado paisajes japoneses de ensueño, con sus castillos, sus lagos, su volcán y sus hermosas fuentes rodeadas de árboles en miniatura, no fueran conocidos por el público ávido de los grandes acontecimientos sociales.

Clara, ahora más que nunca embriagada en su propia borrachera de vanidad, volvió a acariciar la idea recóndite e íntima, que la llevaba a toda costa, costare lo que costare, contra viento y marea, opusiera quien se opusiera, a considerarse la esposa del próximo presidente del club de La Cofradía. . .

Ella soñaba y tenía sus propias fantasías y entre ensueños se veía rodeada por las principales socias y halagada y mimada hasta la locura por los cronistas de sociales. Se veía, en su toma de posesión como presidenta, cuyo cambio de directiva tendría que ser en el campo de golf, siendo ella el centro, la mirada de atención de todo mundo y en su loco éxtasis exhibicionista aparecía primero comple-

tamente desnuda y luego como gran reina presidiendo las festividades, luciendo sus docenas de vestidos sin estrenar, ideando mil combinaciones con sus zapatos, blusas, sombreros, turbantes, cintos, plumas, broches y desde luego su colección de joyas. Así que para tal vestido, tal peinado, aquella combinación, estos zapatos, aquel turbante, esa, diadema, o mejor no, ese sombrero y para rematar su famoso collar de perlas con el prendedor de esmeraldas que era su favorito y el de su buena suerte.

¿Qué, a estas mujeres modernas, liberadas, inteligentes, intrigantes, hermosas, se refería en su famosa alusión, el mentecato de Schopenhauer?...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*"Muchos hay que dan lo suyo
por cálculo o vanidad,
pero hijo, esa caridad,
es la virtud del orgullo".*

*"Nunca des con mira doble
porque el hombre desgraciado,
es un objeto sagrado
para quien tiene alma noble".*

ANTONIO PLAZA

— VI —

*"La vida es una tómbola"
canción popular.*

Ricardo salió apresuradamente del amplio despacho que ocupaba en importante industria como gerente divisional, para encaminarse al elevador que lo conduciría al sótano, subirse en su automóvil y dirigirse al salón de directivos del club, pues había junta extraordinaria de consultores.

Después de dar lectura al acta anterior, el secretario Jorge, se procedió a cubrir el orden del día, dándole preferencia al asunto de mayor interés.

Ricardo tomó la palabra y dijo a los consultores —amigos—, ustedes saben bien que al tratar de comenzar nuestra obra, o sea el centro escolar anexo a "El Caminante", surgió una gran dificultad porque el terreno que creíamos era de la parroquia resultó ser municipal y aunque ambos (el de la Iglesia y el otro) finalmente pertenecen por su destino a la nación, es necesario hacer todos los trámites administrativos para poder edificar en este terreno. A tal fin, el día de ayer, acompañado de nuestro secretario Jorge y de nuestros consultores don Ruperto Quintanar y el arquitecto Argüelles, nos

tamente desnuda y luego como gran reina presidiendo las festividades, luciendo sus docenas de vestidos sin estrenar, ideando mil combinaciones con sus zapatos, blusas, sombreros, turbantes, cintos, plumas, broches y desde luego su colección de joyas. Así que para tal vestido, tal peinado, aquella combinación, estos zapatos, aquel turbante, esa, diadema, o mejor no, ese sombrero y para rematar su famoso collar de perlas con el prendedor de esmeraldas que era su favorito y el de su buena suerte.

¿Qué, a estas mujeres modernas, liberadas, inteligentes, intrigantes, hermosas, se refería en su famosa alusión, el mentecato de Schopenhauer?...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*"Muchos hay que dan lo suyo
por cálculo o vanidad,
pero hijo, esa caridad,
es la virtud del orgullo".*

*"Nunca des con mira doble
porque el hombre desgraciado,
es un objeto sagrado
para quien tiene alma noble".*

ANTONIO PLAZA

— VI —

*"La vida es una tómbola"
canción popular.*

Ricardo salió apresuradamente del amplio despacho que ocupaba en importante industria como gerente divisional, para encaminarse al elevador que lo conduciría al sótano, subirse en su automóvil y dirigirse al salón de directivos del club, pues había junta extraordinaria de consultores.

Después de dar lectura al acta anterior, el secretario Jorge, se procedió a cubrir el orden del día, dándole preferencia al asunto de mayor interés.

Ricardo tomó la palabra y dijo a los consultores —amigos—, ustedes saben bien que al tratar de comenzar nuestra obra, o sea el centro escolar anexo a "El Caminante", surgió una gran dificultad porque el terreno que creíamos era de la parroquia resultó ser municipal y aunque ambos (el de la Iglesia y el otro) finalmente pertenecen por su destino a la nación, es necesario hacer todos los trámites administrativos para poder edificar en este terreno. A tal fin, el día de ayer, acompañado de nuestro secretario Jorge y de nuestros consultores don Ruperto Quintanar y el arquitecto Argüelles, nos

entrevistamos con el señor alcalde a quien le expusimos con toda claridad que deseábamos legar a ese barrio humilde una obra que rebasará el medio millón de pesos; al efecto, el arquitecto Argüelles le mostró los planos y proyectos correspondientes y don Ruperto fue muy explícito al indicarle los grandes beneficios que traerá para la comunidad, en esa área, la realización de nuestro proyecto, el cual, se le reiteró, será totalmente pagado por nuestra membresía.

—El señor alcalde nos explicó que agradecía mucho la preocupación de nuestro club de donar ese edificio a un populoso barrio de la ciudad, y que lamentaba mucho que las obras fueran suspendidas por los inspectores del municipio, pero que el uso y destino de dicha área, tendría que pasar por el tamiz del ayuntamiento, quien en todo caso —apuntó el alcalde— tendría la facultad de decidir si procedía o no la obra, o bien se destinase a otro objetivo —una escuela, un parque público, o una guardería, por ejemplo—, pero como quiera, yo haré saber al ayuntamiento lo noble de la obra que ustedes pretenden iniciar y a lo mejor la aprueban y aquí no ha pasado nada—.

Don Ruperto respondió al alcalde diciéndole que:— cualquier obra que emprenda el municipio le costará dinero y aquí el municipio no aportará ni un centavo, sólo el terreno, concluyó—.

El señor alcalde de inmediato le dijo: que bueno que usted me recordó algo al mencionar el terreno, pues como ustedes saben, en todo caso, si el ayuntamiento llegare a aprobar la solicitud que ustedes me harán por escrito, yo tendría necesariamente y por Ley, que pasar para su aprobación definitiva este asunto al honorable Congreso del Estado, para que los señores diputados, en su período de sesiones, aprueben, nieguen o modifiquen esta solicitud, ya que como también deben ustedes de saberlo, toda edificación o construcción, o mejora que se haga en un terreno municipal, pasará por este solo hecho a pertenecer a la nación y formará parte del inventario que lleva el ministerio de inmuebles nacionales, para lo cual, finalmente tendría que hacerse una soli-

cidad de escrituración y de aprobarse ésta, desde luego, por cuenta de ustedes; se haría una escritura pública a favor de la nación; todo esto estimados señores se llevará tiempo, algo de papeleo, trámites, etc., por lo tanto, —dijo viendo la cara de desconsuelo de nosotros— yo estoy en la mejor disposición de ayudarlos y acelerar todo lo que sea posible.

—Eso señores— concluyó Ricardo —fue lo que nos pasó y sucedió en la oficina del señor alcalde; ustedes están informados y tienen la palabra—.

El licenciado Montellano pidió el uso de la palabra, notándosele una ronquera inusual —señores, es una verdadera lástima lo que está sucediendo, yo conozco al alcalde y sé que tiene razón en cuanto a sus argumentos, aunque también me consta que no es y no debo levantar falsos a nadie— una persona, que digamos, muy pura. Para que lo mencionado no quede en tinieblas, solamente y de paso me referiré a los terrenos de los tiraderos municipales, que pasaron rápidamente a manos de parientes suyos, al saber que en ese sitio se construiría la planta que beneficiaría la basura, toda una industria con sus oficinas anexas y carreteras y calles de acceso y desfogue. Ya la prensa se ocupó ampliamente del asunto y como siempre ha sucedido y sucederá, las cosas se disimularon y nadie hizo nada por aclarar cuentas o pedir responsabilidades, así que en nuestro caso, si no acudimos más arriba y no me refiero al gobernador, sino al propio presidente, vale más que nos olvidemos de nuestra obra. A todos nos consta los sacrificios y molestias que damos a nuestros amigos, conocidos y clientes pidiéndoles que cooperen comprándonos boletos para la rifa de la casa y ahora que ya podemos disponer de fondos, nos sale este obstáculo que considero infranqueable, a no ser que acudamos al propio presidente. ¡Cosa curiosa la nuestra! pedir ayuda para beneficiar a los humildes y tener que acudir, rogar, implorar a quienes en última instancia, como autoridades tienen la obligación, de otorgar ese beneficio.

Alzó su flaco brazo don Torticio del Olivar —aún resentido por lo sucedido en la junta del certamen poético—.

Caballeros, yo considero que el señor alcalde está en su pleno derecho de oponerse a una obra que a tontas y a locas y sin pedir permiso a nadie, pretendíamos realizar. No porque el objetivo de nuestros fines sea noble y desinteresado, vamos a atropellar los lineamientos de los procedimientos señalados que las leyes y reglamentos nos indican; cumplamos con los requisitos y confiemos en el alcalde para que pronto nos autoricen la obra—, terminó diciendo muy serio y muy tranquilo don Torticio, pensando por allá muy adentro que con sus palabras mataba dos pájaros de un tiro: contestaba elegantemente, sin resabios al licenciado Montellano, cuidando de no hacer alusión ofensiva para el alcalde —un pillo reconocido— y en segundo lugar, entorpecer la obra, con el deliberado y perverso propósito de que al no efectuarse, aniquilaría a Ricardo como buen y brillante presidente—. ¡Eso era, sin duda, matar dos pájaros de un tiro!

De inmediato el arquitecto Argüelles pidió la palabra y en su tono mesurado y tranquilo expuso que él no hacía las cosas atropelladamente, que el permiso o autorización sí fue recavado en la oficina correspondiente de planificación y obras particulares, siendo automático siempre el permiso que otorga el municipio al concederse el primero, pero que él reconocía su error, ya que el trámite normal no era el mismo que el empleado con terrenos que no pertenecieran a particulares y en el caso del anexo al templo de "El Caminante" eso precisamente había sucedido, aun cuando él tenía pleno conocimiento: de que la construcción en un terreno nacional, autorizado o no, edificado de hecho, pasaba a ser propiedad nacional, como era el caso de muchos edificios religiosos y algunos centros de cultura.

También expuso que los planes por él realizados estaban acordes con los requisitos y deseos del directorio y que habían sido aprobados en sus cantidades, medidas y especificaciones exigidos por la oficina de Planificación y Obras Públicas.

Al estar hablando, aún sin pronunciar su nombre, miraba inquisitivamente a don Torticio, por su modo deslengua-

do y ofensivo de proceder.

Aurelio R. Calvo intervino diciendo: —yo creo que yo podría ayudar porque el secretario del alcalde es amigo mío y dándole un buen regalito podríamos arreglar este asunto, pues yo se que así se hacen las cosas, total nos dan el permiso de construcción, se hace la obra y allí queda, pues ni que no la fuéramos a llevar, al cabo "palo dado ni Dios lo quita", si ustedes quieren yo puedo intervenir— acabó diciendo de buena fe el rudo y tosco industrial, a quien, ahora, no le faltaba razón en su lógica práctica.

Por instrucciones de Ricardo se puso el asunto a votación y por mayoría se aprobó que el trámite para obtener el permiso de construcción, cursara su ciclo legal, agotándose antes —por sugerencias de don Ruperto— que todo el directorio se constituyera, previa cita, en el despacho del señor gobernador para exponerle el caso.

El lunes siguiente por la mañana, precisamente una hora antes de la cita que les asignara el gobernador, Ricardo terminaba de firmar unos papeles, cuando su secretario le anunció que deseaba verlo y lo esperaba en la antesala la señora Clara Solís de Argüelles.

—Posiblemente Marcelo venga con su esposa, o piense dejarla en el centro para irse conmigo a la cita con el gobernador— pensó Ricardo, pidiéndole a su secretaria que por favor dejara pasar a su despacho a la señora Argüelles.

Clarita hizo su aparición en el umbral y Ricardo quedó boquiabierto, pues aquella mujer no era la misma que de vez en cuando viera en diferentes ocasiones, a pesar de estar siempre elegante. La Clarita que lo visitaba era o parecía ser otra mujer, más rejuvenecida, a pesar de ser joven, o algo, algo era distinto, su peinado, de modo diferente al acostumbrado, la pintura de sus ojos, el maquillaje o quizá el vestido atrevidamente corto.

Ricardo se apresuró a recibirla poniéndose de pie y encaminándose hacia el centro de su elegante oficina.

—¿Qué tal Clarita, no vino Marcelo?— fue lo único que se le ocurrió preguntar.

—No Ricardo, vine sola para hablar unos minutos contigo de un secretito— terminó contrayendo sus ojos con gracia y coquetería.

Ricardo, estupefacto, la invitó a sentarse en uno de los cómodos sillones ocupando el de enfrente y ofreciéndole de inmediato un cigarrillo que ésta aceptó con agrado.

Al terminar de encenderlo, casi sin querer, bajó su vista y contempló que Clarita distraídamente —o intencionalmente— se había subido la falda un poco más de lo prudentemente permitido, dejando al descubierto sus bien torneadas piernas envueltas en finas medias de seda.

—Ricardo, le dijo en tono confidencial—, voy a ir directamente al grano, pues se muy bien, ya que me dijo mi marido, que dentro de una hora irán a visitar al gobernador para el asunto del centro social; lo que yo quisiera pedirte es muy sencillo, no se si estoy en lo cierto, pero intuyo que el nombramiento de presidente del club depende de la recomendación del presidente saliente o cuando menos influye mucho para la elección. Mi atrevimiento para venir aquí contigo y conste, ¡ni soñarlo que lo sabe Marcelo! es que desearía que él fuese el siguiente presidente del club. Si vieras qué efecto tuvieron las fotografías que aparecieron en los periódicos el día que sesionó la directiva en mi casa. Todo mundo me habló por teléfono para felicitarme por el éxito que tuve en la fiesta. Los cronistas de sociales, podrás creérmelo, si es que leíste la prensa, se desbordaron en elogios por las atenciones, el servicio, los adornos y las sorpresas que preparamos para que esta primera reunión presidida por Laura, fuera de las inolvidables. Para qué mencionarte el gusto que le dio a Marcelo que Raúl Espronceda describiera con lujo de detalles su muy querido y por él mismo creado, jardín japonés que tu ya has visto en la casa. Por todo eso y porque lo deseo fervientemente te pido tu gran ayuda. Esto dijo y calló para esperar una respuesta que lógicamente, por la sorpresa, tardó mucho en emitir Ricardo.

—Mirá Clarita, yo no me explico porque deseas para tu marido un puesto engorroso que no deja más que críticas e

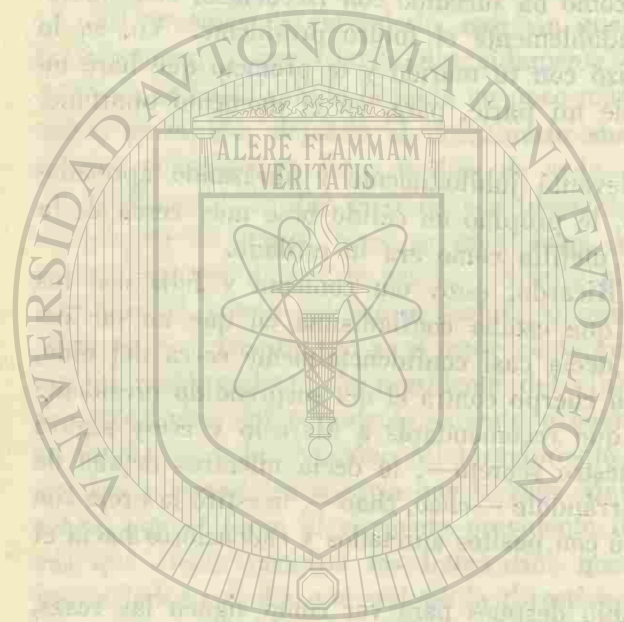
ingraticudes; además es un poco complicado el procedimiento para ser elegido, pues no solamente vale la opinión del directorio, ya que mucho también depende de la simpatía o aprobación de los señores ex-presidentes; pasado todo esto, si no hay oposición de otro socio fuerte que surja para prospecto, entonces, como ha sucedido con frecuencia, el candidato único es indudablemente el futuro presidente. Yo, en lo personal, simpatizo con tu marido y te prometo que haré todo lo que esté de mi parte, para, en el momento oportuno, proponerlo.

Clarita se levantó jubilosamente y abrazando apretadamente a Ricardo, le propinó un cálido beso muy cerca de la boca y no en la mejilla como era lo estilado.

—Ricardo, Ricardo, estoy tan contenta y feliz con tus palabras, júralo que estaba confiadísima en que no me defraudarías—, le decía casi confidencialmente cerca del oído, apretando más su cuerpo contra el del sorprendido presidente —Sé muy bien que recomendarás a Marcelo y estoy segura que este será nuestro secreto—, le decía mientras dejaba de abrazarlo y susurrándole —chao, chao—, le estiró la oreja con delicadeza y salió con pasitos apretados y cadenciosos hacia el recibidor.

—Yo te hablo después para ver como siguen las cosas, chao, chao— fue lo último que escuchó al cerrarse la puerta de su privado y desaparecer aquella hermosa mujer.

Ricardo se quedó entre inquieto, pasmado y sorprendido y sacudiendo, aún incrédulo, su cabeza, se metió al baño para asearse y estar listo para la entrevista que en breve tendría nada menos que con el señor gobernador. . .



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*“La amistad es falso cobre,
la amistad, óyelo, chico,
forma la ilusión del rico
y el desengaño del pobre”.*

*“La amistad, en conclusión,
la amistad ténlo presente,
es, sobrino, un accidente
del oro o la posición”.*

ANTONIO PLAZA

VII —

*“Antidinacosmopolaterapicamente”
o: “El poder vuelve tontos a los sabios
y locos a los pendejos”.*

Puntualmente todos los integrantes del directorio se reunieron en la antesala del señor gobernador, después de haber ascendido por las escalinatas de mármol de aquel palacio es-trambótico conocido por la Casa Dorada, por su fuerte tenden-dencia al color oro en todos sus pasillos y salas. Ante la puerta del ejecutivo fueron detenidos e interpelados por un joven apático de ojos fríos, sonrisa de hielo y rictus de amara-gado, quien en tono y forma impersonal sin concederles la más mínima importancia, simplemente les dijo que se senta-ran. A todos les desagradó la forma repelente y descortés con que fueron recibidos por el que suponían sería el secretario del gobernador, pero por prudencia y educación prefirieron no hacer comentarios.

En las paredes colgaban impresionantes pinturas de cuer-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"RAUL RANGEL FRIAS"

po entero y a caballo de héroes legendarios, así como en la cubierta de las mesas y escritorios abundaban, casi como pisapapeles, bustos y estatuillas de todos tamaños y colores, con las efigies, conocidas por repetidas, del presidente y del propio gobernador. Una serie de teléfonos y aparatos de comunicaciones dejaba oír su tintineo repiqueteante y ojillos de varios colores se prendían y apagaban ininterrumpidamente.

Después de casi una hora de paciente espera, por fin se abrió la puerta misteriosa que iba a dejar conocer en vivo al alto y famoso personaje.

Rubicundo, regordete, jovial, sonriente, el señor gobernador recibió con los brazos abiertos a todos los señores consultores de la Cofradía, permitiéndose a medida que Ricardo de Velasco iba presentándoles, darles un ceñido abrazo a cada uno de ellos diciéndoles a la oreja, en tono al parecer sincero y confidencial: —es un honor don Torticio; estimado arquitecto Argüelles; distinguido don Aurelio; es un placer don Ruperto; querido licenciado Montellano. . .—

Una vez que los invitó a sentarse —ya que están ustedes en su casa, porque ésta, señores es la casa del pueblo—, vociferó el mandamás, un ayudante presuroso y caravaneador (¿qué sería el mismo individuo que los recibió en la antecámara en forma altanera y déspota? depositó encima de la mesa central, dando frente al gobernador, una grabadora portátil, la cual de inmediato puso a funcionar, retirándose con pasitos cuidadosos hacia atrás, quizá para no darle la espalda al alto funcionario.

Estoy para escucharlos y servirlos, exclamó en tono declamatorio el gobernador.

Ricardo hizo una breve síntesis del problema, haciendo hincapié en que las obras donadas por el club a la comunidad eran totalmente gratuitas y una vez entregadas éstas, el Estado se hacía cargo de la administración de las mismas.

—Precisamente, muy respetables y distinguidos amigos míos, ahí está el grave problema, pues ustedes, seres comprensivos e inteligentes, ciudadanos bondadosos y por todos

motivos admirados y respetados, el superior gobierno al aceptar, al echarse a cuestras un edificio, aunque sea regalado, estimados y finos caballeros, tiene que llenarlo y al llenarlo de empleados y de muebles y enseres, tiene que pagar sueldos y servicios y ese mantenimiento tiene que salir, señores filántropos, precisamente de las escasas arcas de nuestra tesorería y muchas veces, aunque terca y honradamente tratemos de estirar el presupuesto, éste no alcanza y así nuestros incontenibles y patrióticos deseos de servir a la patria se ven frustrados por esa falta de numerario en efectivo. Ya el señor alcalde, siempre al pendiente de obras y actos que repercutan en beneficio de nuestra ciudad, me había comentado del asunto, apenándonos a ambos el que la vital obra fuese suspendida, ya que es del conocimiento nuestro y del pueblo en general que el ya famoso y caritativo club de La Cofradía, se distingue precisamente por su gran amor a la humanidad —en lo cual personalmente coincidimos—, por el desprendimiento de cada uno de sus miembros para con sus semejantes, porque señores directivos, clubes como el de ustedes, son los que hacen falta en nuestra nación, porque conciudadanos limpios y honorables, la patria agradece cada aula, cada escuela, cada salón, que sirve para dar luz a las nuevas generaciones, luz que ilumine el camino de la superación de nuestros hermanos obreros, de nuestros olvidados campesinos, de nuestra clase pobre y humilde que desea aprender, que desea estudiar, para llegar mañana a ser uno de nuestros pro-hombres, como el insigne maestro Ayala, el immaculado licenciado Pedroza, el ejemplar benemérito Apolinar Zúñiga y nuestro actual presidente el excelso estadista don Abelardo I. —Eso es lo que ustedes significan señores miembros del club de La Cofradía, una esperanza, un estímulo, una realidad para el hombre que espera, para el hombre que sufre, para las actuales generaciones desesperadas que anhelan su educación, quizá más que su propio alimento; para nuestros amados y respetados conciudadanos que aplauden sin reservas la modesta labor que el Estado con sus modestos recursos construye para ellos, porque ellos son nuestra mayor preocupación, por ellos fuimos

electos y a ellos nos debemos y no podemos fallarles; por eso, señores, el alto y elevado sentimiento patriótico no puede quedar callado, justo es reconocer y aquilatar, en su justa medida, el valor que las cosas representan para nuestros gremios, ellos juntos consolidan el caudal que la patria les hereda: su libertad, su libre albedrío, la justicia, su dignidad humana. . . bla, bla, bla. . . —

Y así continuó aquel merolico desconsiderado por espacio de casi dos horas, interrumpido apenas por los pasos precipitados, silenciosos, como bailarina de ballet, del servil ayudante que cambiaba con singular rapidez y destreza la cinta de la grabadora. Todos estaban confusos, atolondrados, estupidizados con aquella palabrería, aquella verborrea empalagosa, falsa, inútil, repetidora, deshilvanada, un atroz galopeo de palabras que llevaba a. . . la nada. A Ricardo le tronaba la cabeza, don Torticio simplemente cerró los ojos y se quedó dormido; el licenciado Montellano ardía de fiebre y de rabia; solamente Aurelio R. Calvo seguía fascinado, como hipnotizado, los gruesos labios y la asquerosa boca del farsante que hablaba y hablaba sin parar, sin límites, cautivado por el propio sonido de su voz, mareado por su propio conocimiento del poder; Ruperto Quintanar sudaba copiosamente y hacía grandes esfuerzos por mantener sus párpados abiertos. El licenciado Montellano se sentía verdaderamente enfermo y estuvo varias ocasiones a punto de desfallecer y de interrumpir aquella interminable perorata para pedir permiso de irse; recordó, entre brumas, aquella famosa y certera sentencia que había oído no recordaba donde, que dice: "el poder vuelve tontos a los sabios y locos a los pendejos". —Ricardo pensaba— si no se calla este gramófono humano, me voy a arrojar por el balcón para terminar con este suplicio, me siento borracho con tantas palabras.

—Por lo tanto, estimados amigos, respetables señores, ciudadanos íntegros y distinguidos filántropos por nacimiento y convicción, yo les ruego hagan llegar a todos, a cada uno de sus agremiados, de sus socios, de sus entrañables hermanos en la caridad, que el último de sus servidores, el más

humilde, que sin vacilación entrega su vida en aras del beneficio y felicidad de su comunidad, se preocupará hondamente, personalmente, íntegramente, del grave asunto que se le ha expuesto y en su próxima visita al supremo jefe, el gran sacrificado, el mejor hombre del país, procederá a plantearle en forma delicada, pero franca y abierta —como lo es él— el problema que tanto les preocupa, en la seguridad de que el Gran Comprendedor, con su talento innato, dispondrá, a pesar de sus múltiples ocupaciones, todo el tiempo que sea necesario para resolver lo que proceda. . . inhaló profundamente para tomar aire. . . pero, rápidamente, en ese momento, Ricardo tomó la palabra para en forma violenta y precipitada darle las gracias y tenderle la mano en señal de despedida. Los demás miembros del directorio, reaccionando súbitamente del sopor en que se encontraban sumergidos, atropelladamente extendían su diestra y se despedían con aturridos monosílabos. El hombre incansable, el sádico torturador, se limpiaba el sudor de la frente y con gran sonrisa fija, estática, como si fuera a tomarse una fotografía, despedía a cada uno de aquellos rostros humanos que formaban parte de su rebaño.

El grupo salió de prisa de la enorme, atestada y abigarrada sala de espera y casi sin despedirse, abandonó aquel "santuario del pueblo", abordando sus coches, para dirigirse a sus casas, algunos a comer un bocado fuera de horas de la comida y otros a tumbarse en un sillón o en la cama para olvidarse de aquella inmisericorde ráfaga de metrallata que acababan de padecer, sufrir y tolerar.

Ricardo, camino de su casa iba incómodo, distraído, molesto, todavía rondándole los bla, bla, bla, por entre las sienes, cuando de súbito frenó bruscamente para evitar atropellar a un niño que alocadamente salió por enmedio de dos automóviles estacionados. . .

El licenciado Montellano, mientras conducía su coche, pese a su educación, su sensatez, el dominio que siempre había ejercido sobre sí mismo, se sentía descentrado, lamentando para su yo interno, el pobre destino que le deparaba a la

amada patria el tener que soportar a políticos relumbrones, parlanchines, tontos, incapaces y deshonestos. —¿Qué será del futuro de las nuevas generaciones si no se pone freno a los rapaces huecos y podridos? así iba meditando el sufrido hombre que a raíz de la pérdida de sus dos únicos hijos en trágico accidente aéreo, había empeorado día tras día en su salud. El terrible carcinoma hacía estragos en su lento proceso de ramificación por los pulmones, dificultando la respiración de aquel infeliz.

Ruperto Quintanar se fue derecho al primer bar que encontró en las cercanías del palacio, para olvidar en un grueso trago, el torrente de frases estúpidas que acababa de soportar. . .

Aurelio R. Calvo, en su malicia de hombre impreparado, pero listo, intuía que no habían conseguido nada en concreto y se proponía, secretamente, obrar por su propia cuenta. . .

Don Torticio del Olivar, pensando que ya era mucho tormento para un solo día y ante la aterradora idea de dialogar con su esposa Tencha, prefirió encausar el rumbo hacia la casa de su complaciente amante para descabezar una sies-tecita. . .

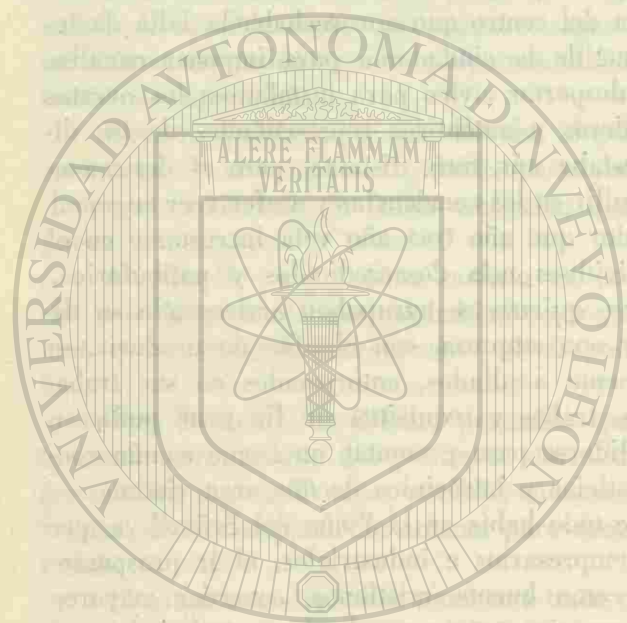
El arquitecto Argüelles tomó una torta en una refresquería yéndose directamente a su oficina, pues tenía mucho trabajo que atender y ya había perdido casi cuatro horas entre esperar al señor gobernador y escuchar la sarta de sandeces y muletillas baratas, nada menos que del representante y jefe del estado local. También pensó para sí —con estos elementos deslenguados, sin preparación, que no resisten el más mínimo análisis, va a ser imposible que nuestra nación prospere; no es, no puede ser posible y lo más triste y grave es que en cada ocasión nos mandan lo peor; ya es tiempo de abrir los ojos, de rebelarnos en contra de esta fauna descarada, cínica y sin escrúpulos que están entorpeciendo la marcha normal de la ciudad, su avance lógico, porque se ve bloqueado, detenido, frenado, por estos funcionarios parlanchines y deshonestos que nulifican cualquier sincero intento de progreso.

¿Pero. . . Dios mío, cómo destruir una mafia organizada que cada día nos oprime más? . . .

En efecto, aquella nueva ciudad, albergaba hombres laboriosos que siempre se preocupaban por su trabajo y su hogar, a los cuales les dedicaban todo su tiempo completo, olvidándose del aspecto político que día a día era absorbido por la gran mafia del centro que aprovechaba la falta de interés y el desgano de la ciudadanía para imponer canallas en el poder. El despertar cívico para instalar en los puestos públicos a verdaderos y auténticos representantes de los diversos sectores, estaba aún muy distante, pero el descontento comenzaba a bullir en las conciencias y a efervecer en aquel colmenar trabajador que año tras año veía incrustarse en el poder a los individuos más desacreditados y patibularios. Parecía ilógico que quienes se agrupaban arriesgando su dinero para formar una empresa, con el afán de producir, se vieran constantemente asediados, entorpecidos en sus trabajos por demandas, trabas y requisitos sin fin y no pudieran asociarse y consolidarse para presentar un frente común contra todas las injusticias y latrocinios de que eran víctimas.

Claro que de todo había en la "viña del Señor" ya que por un lado los empresarios e industriales, al ir prosperando, procuraban, como buenos cristianos, conceder mayores privilegios y prerrogativas a sus empleados y trabajadores y para ejemplo estaba la ya poderosa industria de la cerámica, que sin leyes que la presionaran, había iniciado a gran escala, la construcción de viviendas decorosas para sus obreros en un amplio sector que tenía todas las comodidades y también concedía a precios menores que el comercio, toda una gama de artículos alimenticios, así como la bendición de la instalación de una clínica para atender las enfermedades de sus trabajadores y familiares. Estos seres visionarios, humanitarios, se adelantaban por muchos años a las reformas sociales que estaban por venir. En cambio, otros, egoístas, metalizados, se enriquecían en sus negocios sin pensar siquiera en aquella materia humana, que con su esfuerzo, con el desgaste de su vida, los hacía más y más ricos.

De estos y otros contrastes se hacía balance a nivel nacional y se elucubraban proyectos y leyes que pudieran proteger y amparar al desposeído; pero mientras las aguas alcanzaran su nivel y se consolidara la situación ambigua, los dueños del poder abusaban. . .



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*“Tú vas a la corte. Allí
activo en tu bien rebúllete,
consérvate, aséate, instrúyete
y vive, Andrés, sólo para tí”.*

*“Obra mucho y cierra el labio
que llega a su fin más pronto,
con su actividad el tonto
que con su pereza el sabio”.*

ANTONIO PLAZA

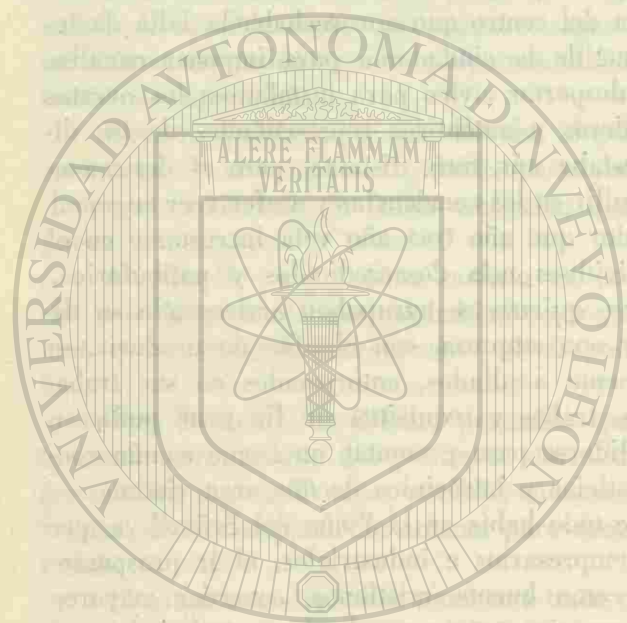
— VIII —

¡Oh vanidad de vanidades!
y nada somos.

Con la debida anticipación circularon las elegantes y finas invitaciones en papel de seda, grabadas con el monograma del club, participando a los socios que el aniversario del mismo, así como el esperado homenaje a los señores ex-presidentes, se celebraría en la fecha anunciada en un bellissimo paraje situado entre las instalaciones de los campos de tenis y frontón y el propio campo de golf, enmedio de una arboleda de álamos, fresnos y preciosos suaces que lucían entre sus ramas foquitos amarillos y verdes, colores emblema de La Cofradía. Se esperaba una noche serena y estrellada, recomendándose en el carnet, asistir vestido de riguroso smoking blanco.

Muy temprano, antes de la hora anunciada, empezó el movimiento de automóviles que buscaban sitio en el enorme estacionamiento con piso de grava, descendiendo de los flamantes y lustrosos carros, elegantísimas parejas que aromaban el ambiente emanado de sus perfumes sutiles, buscando

De estos y otros contrastes se hacía balance a nivel nacional y se elucubraban proyectos y leyes que pudieran proteger y amparar al desposeído; pero mientras las aguas alcanzaran su nivel y se consolidara la situación ambigua, los dueños del poder abusaban. . .



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*“Tú vas a la corte. Allí
activo en tu bien rebúllete,
consérvate, aséate, instrúyete
y vive, Andrés, sólo para tí”.*

*“Obra mucho y cierra el labio
que llega a su fin más pronto,
con su actividad el tonto
que con su pereza el sabio”.*

ANTONIO PLAZA

— VIII —

¡Oh vanidad de vanidades!
y nada somos.

Con la debida anticipación circularon las elegantes y finas invitaciones en papel de seda, grabadas con el monograma del club, participando a los socios que el aniversario del mismo, así como el esperado homenaje a los señores ex-presidentes, se celebraría en la fecha anunciada en un bellissimo paraje situado entre las instalaciones de los campos de tenis y frontón y el propio campo de golf, enmedio de una arboleda de álamos, fresnos y preciosos suaces que lucían entre sus ramas foquitos amarillos y verdes, colores emblema de La Cofradía. Se esperaba una noche serena y estrellada, recomendándose en el carnet, asistir vestido de riguroso smoking blanco.

Muy temprano, antes de la hora anunciada, empezó el movimiento de automóviles que buscaban sitio en el enorme estacionamiento con piso de grava, descendiendo de los flamantes y lustrosos carros, elegantísimas parejas que aromaban el ambiente emanado de sus perfumes sutiles, buscando

acomodo en las adornadas mesas que lucían preciosos bouquets de frescas flores, así como pequeñas jaulas doradas con pajaritos multicolores y en los espacios entre unas y otras, las imprescindibles flores de lis —símbolo del club— que eran una obra de arte gracias a la magia de las manos y al ingenio de Lucita Valverde. La mesa principal iba con los mismos adornos, salvo una enredadera de paja dorada que cubría toda la extensión. En el centro destacaban solamente cuatro sillas blancas que eran destinadas desde luego al presidente y a su esposa Laura, reservándose las otras dos para el invitado especial y su señora, tratándose en este caso nada menos que del mismísimo Gran Director Internacional que tenía jurisdicción sobre todos los clubes de La Cofradía del universo y a cuyo personaje altísimo se le había recibido esa misma tarde en el aeropuerto colmándolos a él y a la divina Gertrudis, su esposa idolatrada, de valiosísimos regalos dada la ocasión extraordinaria en que todo un gran director descendía de los altos cielos europeos, desprendiéndose de su sede y dignándose visitar precisamente a este provinciano club, ubicado en un país extranjero. A ambos lados de los albos sillones y también en la mesa principal, los señores miembros integrantes del directorio local ocuparían en unión de su estimables esposas su correspondiente sitial. Solamente dos sillas se quedaron vacías, la correspondiente al ex-presidente licenciado Montellano y la de su digna esposa Sandra, pues Alejandro tenía días de estar grave en su domicilio.

El magno acontecimiento reunía en una noche hermosa, efectivamente clara, transparente y estrellada, a lo más granado y selecto de la sociedad. Atracción singular y agasajo especial para los caballeros en este evento, era la atrevida exhibición de los transparentes modelos de primavera que lucían las damas; había algunas que en el loco afán de sobresalir y distinguirse, permitían que sus polveados senos salieran prácticamente al exterior por los amplios y desahogados resquicios de los desenfadadamente abiertos escotes, como si fueran dos palomas asustadas, en medio de la reinante oscuridad de la noche encantada.

Había otras, quizá más atrevidas, que posiblemente confiando en las sombras de los corpulentos álamos o en las colgantes ramas de los sauces llorones, no portaban más que el tenue y ligero vestido de noche y sus joyas predilectas. Aquello era una especie de exhibición de modas, un baile de disfraces “sin antifaz”, compitiendo en un desafío secreto a ver quién llevaba menos y enseñaba más. . . claro, todo esto elegantemente.

En la mesa principal, presidiendo el colosal acontecimiento, emocionados y orgullosos, Ricardo de Velasco y su esposa Laura, compartían sonrisas y saludos con el gran director y su divina —así le decían— señora y los demás miembros del directorio, damas, socios e invitados especiales entre los cuales destacaban los representantes de las autoridades civiles y los presidentes de clubes hermanos de diversas poblaciones del país, que venían a rendir pleitesía y conocer al personaje máximo.

Momentos antes de celebrarse la importante ceremonia y como preámbulo, se apagaron las luces para dejar contemplar con absoluta libertad las ráfagas multicolores de los juegos pirotécnicos que por su colorido y belleza indescriptible, hicieron exclamar ayes de admiración a los concurrentes que veían embelesados lluvias de luces de todos colores que se desparramaban en las alturas; el último fuego artificial empezó por ser una gran bola de fuego que giraba y zumbaba vertiginosamente, despojándose poco a poco de parte de su feérico material, para convertirse al final, en una gigantesca y preciosa flor de lis que envuelta en refulgentes colores, hizo lanzar fuertes exclamaciones de júbilo y nutridos aplausos a su manipulador invisible por su originalidad. La noche era de doble celebración, así que después de partir el gran director y su divina el inmenso pastel de aniversario, auxiliados por Ricardo y Laura, ante el regocijo y aplausos de los presentes, el ambiente se tornó serio y la atmósfera adquirió su tono solemne, porque el siguiente punto del orden del programa, era la importantísima entrega de los premios a los señores ex-presidentes, acto con el cual culminaría aquella cele-

bración inolvidable. Al efecto y de pie, mientras Ricardo iba leyendo por riguroso orden alfabético los nombres de los prohombres premiados, el gran director esperaba en el estrado con la sonrisa en los labios al interesado en turno, al cual prodigaba cortas frases de encomio y después de repetidos abrazos, en medio de aplausos y sonoras fanfarrias, procedía a entregar al ex-presidente homenajeado, un pergamino que relataba a grandes rasgos la obra de su año y al final una felicitación signada por todos los actuales componentes del directorio, así como la firma nada menos que del gran director, cuyo solo autógrafo, abarcaba casi la mitad del espacio, pues así lo acostumbraba aquel modesto hombre. En la parte superior del pergamino con grandes letras resaltadas en oro, se leía el siguiente pensamiento:

- 1o. Piensa primero en los demás
- 2o. Después, piensa en tí.

Presidente T. del Olivar.

De esta manera Ricardo pensaba cumplir en cierta forma con aquel compromiso de asamblea y acallar las protestas y el odio del viejo Olivar, que esta noche estaba esperando cubrirse de gloria ya que se le había ofrecido develar una placa en el salón de trofeos, la cual tendría grabadas en oro, las palabras inmortales que su cacúmen había alumbrado; pero es que el tiempo transcurría inmisericorde haciendo olvidar las promesas y los proyectos, y sobre todo éste. Ricardo tenía la idea —y de hecho lo estaba haciendo— de tirarlo al cesto de la basura.

Todos los señores ex-presidentes recibieron además de su pergamino, un valioso copón de plata con su nombre grabado así como el de su esposa y la fecha del año que había presidido.

El gran director, por insinuación astuta de Ricardo había felicitado a don Torticio por su inspirado lema, levantando su copa para que todos los presentes brindaran por el genio. Por supuesto del Olivar bebió con gusto no una, sino va-

rias y repetidas veces loco de gusto.

Al terminar el acto, Ricardo pidió a las damas ex-presidentas, que por favor pasaran al presidium con el objeto de que su esposa Laura también a ellas las premiara con un regalo sorpresa que les habían preparado. Al efecto Laura sorprendió a las damas obsequiándoles un bellissimo broche de oro con el exclusivo emblema de la flor de lis. Este gesto de los esposos de Velasco fue posteriormente muy comentado por su delicadeza y finura.

Después de ambas ceremonias todos se acomodaron en sus asientos para disfrutar del gran show que se tenía preparado a base de bellas artistas internacionales, elegantemente ataviadas, las cuales además de probar sus cualidades histriónicas, lucían con generosidad sus esculturales cuerpos; el único hombre del espectáculo fue un mago maravilloso que agradó y sorprendió a los concurrentes con sus trucos magistrales. La poderosa y completísima orquesta del Big Ben, con base en estrellas musicales, deleitó a todos en general, algunos bailando y otros escuchando en vivo a esos grandes artistas que solamente eran escuchados a través de la radio y la televisión.

Total, una velada redonda, en la cual todo le había salido a la perfección a Ricardo, salvo una penosa reclamación a última hora que delante de Laura y algunos directivos hizo nada menos que Tencha del Olivar.— Ricardo, ¿pues qué pasó con el homenaje en el salón de trofeos a mi viejo—? De inmediato Ricardo viendo los ojos bizcos de ebrio casi completo de don Torticio y sintiendo la presión de las inquisitivas miradas del gran director y otros testigos de calidad, le replicó: —Tenchita, eso será en una ocasión especial para él, pues sin duda ha sido en la historia del club el mejor y más grande presidente que hemos tenido—; con estas palabras, dichas al viento, la señora del Olivar apaciguó su lengua y se retiró halagada llevándose colgado de su brazo, como un triste guiñapo, al beodo de su marido. Desafortunadamente algunas cuantas de las personas presentes, escucharon las precipitadas palabras de excusa, entre ellas la atolondrada Clarita de Argüelles, quien de inmediato, sin reflexionar, intuyó

para sus adentros, que el verdadero mandamás del club, era el cadavérico dipsómano don Torticio del Olivar y una siniestra idea cruzó por su cerebro fantasioso. . .

Aproximadamente a las ocho de la mañana, Sandra de Montellano, personalmente se comunicó telefónicamente con Ricardo para informarle que su marido el licenciado Alejandro, acaba de fallecer. Ricardo aún bajo los efectos de la bebida y la desvelada, sintió en lo profundo el impacto de la infausta noticia de la muerte del respetado y querido profesionista.

Despertando a su esposa le informó del deceso de Alejandro, suplicándole que procediera a llamar a Lucita Valverde para que ésta se encargara de esparcir la mala nueva entre las socias del club; encargándose él mismo de hacerlo saber a los miembros del directorio auxiliado por el secretario Jorge. Por cierto este último, al saberlo, sintió sinceramente en su corazón un sentimiento de auténtico dolor, apresándose de inmediato a cumplir con las encomiendas que Ricardo le pidiera tales como el envío de flores, telegramas, avisos en los diarios y muy en particular disponer de los arreglos en el salón principal del club, para que sirviera de recinto luctuoso y así poder rendirle al recién extinto, un póstumo homenaje que aunque sobrio y sencillo, sirviera para enaltecer la memoria de quien tanto en su vida social como privada, fuera un hombre cabal.

Jorge personalmente tomó el teléfono para informar del acontecimiento en primer término a los señores directores, a quienes encontró en su casa y notificó de la infausta noticia. Solamente don Torticio no pudo acudir al llamado porque seguía "durmiendo la mona" y Tencha que recibió el mensaje, sólo se concretó a decir —¿ah, ya se murió?—.

El arquitecto Argüelles se comunicó con Ricardo ofreciéndose a llamar a gran parte de la membresía para citarlos al club y asistieran a las ceremonias que se preparaban velozmente. Ruperto Quintanar, aún medio inconsciente, también se ofreció para ayudar, así como Aurelio R. Calvo, que

ya para esas horas estaba trabajando en su oficina.

—Qué contrastes de la vida —se decía Ricardo— hace apenas unas horas todo era luces, alegría, música, celebración; se respiraba el aroma de las flores, se disfrutaba de una buena cena, de vinos sabrosos, de ritmo y belleza en las cadencias del baile, todo era bello, hermoso y se respiraba por doquier vitalidad y hoy tenemos frente a nosotros a ese espectro que no queremos, que soslayamos, que tratamos inútilmente de evitar: la muerte.

En la capilla fúnebre, Sandra Rubio de Montellano, vestida de negro, sollozaba en silencio, sin aspavientos, ni llantos histéricos, ni gritos exhibicionistas, ella comprendía que sólo a ella le consumía y le importaba el inmenso dolor, lo demás, lo de fuera, era convencionalismo, cortesía, fingimiento, hipocresía, pero nunca, jamás, un verdadero y auténtico sufrimiento que como ella, en carne, en alma y en corazón propio sentía. Recibía de pie, los abrazos, los suspiros, las condolencias, las frases preparadas de resignación, de tener fe, de refugiarse en Dios, y aunque tratara de evitarlo y disimularlo, de olores nauseabundos a muelas podridas y sudores de vestidos negros ya sucios y no lavados. Tenía que sostenerse, aguantarse, como mandan los cánones sociales, aunque en su interior le importaran un bledo las muecas, las lagrimitas fingidas y los pugidos chocantes de los que se acercaban a consolarla. Aún con esa conducta digna y decorosa de gran mujer, no faltó quien después con toda la mala fe y la mala leche que pueda tener un ser humano, ofendiera a aquella virtuosa dama, al platicar que cada vez que se acercaba al ataúd, fingía desmayos para que los hombres al sostenerla, le agarraran sus senos y la manosearan. Este veneno sin nombre esparcía la tal Tencha del Olivar, incorregible enferma mental.

Sorpresa causó en el entierro, cuando en el panteón hizo su entrada nada menos que el propio gobernador, rodeado de un séquito de pistoleros y lambizcones y después de darle el pésame a la viuda, trató de instalarse en lo alto de una tum-

ba cercana con el premeditado y deliberado propósito de endilgar un discurso luctuoso. Eso no lo podía permitir Ricardo, pues sería ofender la memoria del difunto y dio órdenes terminantes y rápidas a los de la funeraria para que procedieran a sepultar al licenciado, agradeciendo de inmediato la presencia de todos y la singular del gobernador y que pedía a nombre de la viuda se abstuvieran de pronunciar discursos pues estaba muy fatigada y deseaba retirarse a descansar. El gobernador desconsolado se quedó boquiabierto y Ricardo sin disimularlo, lo fulminó con la mirada. Más tarde explicaría a Sandra el motivo de su intervención y ella se lo agradecería profundamente. . .

Se iba una vida de un hombre bien nacido, bondadoso, cuyas intenciones en el mundo social y de los negocios, siempre fueron limpias y rectas. Un hombre que no vio reproducirse su descendencia, porque el destino, quien sabe por qué designios, le arrebató al mismo tiempo, en un solo acto y de un tajo, la vida de sus dos muchachos en aquel terrible accidente aéreo que conmovió a la naciente ciudad. Ahora yacía, descansaba en su ataúd, aferradas sus manos a un crucifijo con la imagen del Salvador, aquél que ofrendó su vida por la salvación de quienes no la merecemos nunca. Allí reposará hasta convertirse en polvo. Al principio será extrañado, recordado, llorado, se le harán algunos homenajes en los primeros aniversarios de su muerte y al final se consumará el más cruel e ingrato acto de la veleidad humana: el abismal olvido. ¿Pero, sin olvido, sin heridas cerradas, sería posible sobrevivir? . . .

*“Nunca vistas con descuido,
porque en la corte deshonra
más que una mancha en la honra
una mancha en el vestido”.*

*“Tu lujo siempre modera,
no al lujo te entregues, no,
mira que el lujo empezó
por unas hojas de higuera”.*

ANTONIO PLAZA

— IX —

Intrínquis

o
el miedo no anda en burro

Manuel Céspedes llegó con mucha anticipación a la hora fijada para la junta del directorio, parecía un niño estrenando zapatos nuevos; pues en su rostro reflejaba una alegría no disimulada, pese a que iba a suplir como sustituto, nada menos que al recién desaparecido licenciado Alejandro de Montellano.

Ricardo, al verlo, lo saludó efusivamente dándole el trato de padrino, ya que efectivamente Manuel fue quien lo introdujo al círculo exclusivo de “La Cofradía” y si bien tenía más antigüedad que Ricardo en el club, no había logrado en sus largos años obtener ningún cargo —salvo el de suplente— en el codiciado directorio, aunque le sobrarian méritos para ello.

El presidente y el industrial Céspedes se apoltronaron en sus sillones respectivos para cambiar impresiones mientras llegaban los demás directores. Manuel se regodeaba aca-

ba cercana con el premeditado y deliberado propósito de endilgar un discurso luctuoso. Eso no lo podía permitir Ricardo, pues sería ofender la memoria del difunto y dio órdenes terminantes y rápidas a los de la funeraria para que procedieran a sepultar al licenciado, agradeciendo de inmediato la presencia de todos y la singular del gobernador y que pedía a nombre de la viuda se abstuvieran de pronunciar discursos pues estaba muy fatigada y deseaba retirarse a descansar. El gobernador desconsolado se quedó boquiabierto y Ricardo sin disimularlo, lo fulminó con la mirada. Más tarde explicaría a Sandra el motivo de su intervención y ella se lo agradecería profundamente. . .

Se iba una vida de un hombre bien nacido, bondadoso, cuyas intenciones en el mundo social y de los negocios, siempre fueron limpias y rectas. Un hombre que no vio reproducirse su descendencia, porque el destino, quien sabe por qué designios, le arrebató al mismo tiempo, en un solo acto y de un tajo, la vida de sus dos muchachos en aquel terrible accidente aéreo que conmovió a la naciente ciudad. Ahora yacía, descansaba en su ataúd, aferradas sus manos a un crucifijo con la imagen del Salvador, aquél que ofrendó su vida por la salvación de quienes no la merecemos nunca. Allí reposará hasta convertirse en polvo. Al principio será extrañado, recordado, llorado, se le harán algunos homenajes en los primeros aniversarios de su muerte y al final se consumará el más cruel e ingrato acto de la veleidad humana: el abismal olvido. ¿Pero, sin olvido, sin heridas cerradas, sería posible sobrevivir? . . .

*“Nunca vistas con descuido,
porque en la corte deshonra
más que una mancha en la honra
una mancha en el vestido”.*

*“Tu lujo siempre modera,
no al lujo te entregues, no,
mira que el lujo empezó
por unas hojas de higuera”.*

ANTONIO PLAZA

— IX —

Intrínquis

o
el miedo no anda en burro

Manuel Céspedes llegó con mucha anticipación a la hora fijada para la junta del directorio, parecía un niño estrenando zapatos nuevos; pues en su rostro reflejaba una alegría no disimulada, pese a que iba a suplir como sustituto, nada menos que al recién desaparecido licenciado Alejandro de Montellano.

Ricardo, al verlo, lo saludó efusivamente dándole el trato de padrino, ya que efectivamente Manuel fue quien lo introdujo al círculo exclusivo de “La Cofradía” y si bien tenía más antigüedad que Ricardo en el club, no había logrado en sus largos años obtener ningún cargo —salvo el de suplente— en el codiciado directorio, aunque le sobrarian méritos para ello.

El presidente y el industrial Céspedes se apoltronaron en sus sillones respectivos para cambiar impresiones mientras llegaban los demás directores. Manuel se regodeaba aca-

riciando, casi con ternura, la suave y aterciopelada piel de los brazos de su asiento, otrora de su sucesor; sus ojos contemplaban extasiados los diversos cuadros que pendían de la pared y acariciaba con su mirada todos y cada uno de los objetos, que antes, de lejos, había contemplado y recordaba la íntima amargura ¿o sería envidia? que sentía en lo más profundo de su ser, al observar, como lo hacía en ocasiones, sentados muy altivos y solemnes a los distinguidos miembros del directorio del cual hoy —orgullosamente— formaba parte integrante. ¡Al fin había llegado!

Aurelio R. Calvo y Ruperto Quintanar llegaron casi al mismo tiempo y después de saludar a los presentes procedieron a sentarse en los confortables sillones dispuestos a tomarse su primer café. Aurelio R. Calvo estaba nervioso y se mostraba excitadísimo, enseñándole a Ricardo, un poco de lejos, un extraño documento sellado; el secretario Mendieta se ocupaba de poner al corriente los papeles y la orden del día, en un extremo de la amplia mesa de sesiones; sólo se esperaba la presencia de don Torticio del Olivar, pues el arquitecto Argüelles ya había llegado y se encontraba en la cercana oficina acomodando una documentación.

Quintanar se instaló cerca de Ricardo y Céspedes para sorber su primera taza de café y hacer los comentarios preliminares de aquel día de consecuencias extraordinarias para la comunidad.

Resulta que la víspera, ante la mirada incrédula y atónita de los pobladores de la orilla del lado sur, aparecieron, primero como una pequeña mancha y luego como una manada de búfalos, docenas de gentes pobres, harapientas, que conducidas por un par de líderes, a guisa de lazarillos, portando sus miserables pertenencias en la espalda y seguidas de perros y animales domésticos, se aprestaron a instalarse, como lo hicieron, en aquella hermosa ladera, muy cercana al centro nervioso de la población. Rápidamente procedieron a construir pequeñas viviendas hechas de cartón, pedazos de madera podrida, láminas muy usadas y hasta periódicos y trapos inservibles. Todo esto con una celeridad pasmosa y una

coordinación propia de soldados o gente disciplinada. Una vez tomada la posición que a cada familia correspondía, se encendieron múltiples fogatas que daban al lugar, al reflejar la luz en objetos, carpas y personas, el aspecto de figuras fantasmagóricas, a el de un enorme vivac de la lejana época revolucionaria.

—Yo creo, decía Ruperto— que deberíamos tener compasión y benevolencia con esas pobres gentes que acaban de invadir los terrenos adyacentes a Los Caracoles, pues vienen desesperados en busca de un trabajo y un pequeño lugar donde vivir, creo que el hambre los ha alejado de sus tierras de origen y los empuja a estos centros fabriles con la esperanza de encontrar subsistencia; podríamos abrir nuevas fuentes de trabajo para ocuparlos. . .

—Y también para que te coman— le replicó Manuel Céspedes, estas gentes son como alacranes que te depositas en el seno y al rato pretenden quedarse con todo; no entiendes que son comunistas que se apropian de lo ajeno y quieren vivir de los demás, consiguiendo lo que sea por la mala y sin esforzarse ni trabajar; pienso que lo cuerdo es pedir que a esos rateros y sinvergüenzas que se posesionan y toman por la fuerza lo que no es suyo, el ejército debería de desalojarlos a punta de bayoneta calada. La fuerza se combate con otra fuerza mayor.

Ricardo intervino conciliatoriamente en aquella discusión pre-junta, diciendo a ambos que el verdadero problema a su juicio, lo había creado el propio gobierno al empobrecer el campo dejándolo sin protección ni garantías y que en todo caso, el conflicto tenía raíces más hondas y complejas.

Ruperto, sorbiendo su caliente y oloroso café, decía que el tema espinoso que a grandes titulares anunciaban los diarios de la mañana, se solucionaría con buena voluntad y una poca de conciencia hacia las penurias de aquellos miserables que al fin y al cabo eran también seres humanos y —hermanos nuestros ante los ojos de Dios—.

—Mira Ruperto, exclamó Céspedes, tú quizá no estés enterado que “esos hermanos pobrecitos” están dirigidos por

líderes bribones y sinvergüenzas que no solamente buscan su provecho personal, sino que son a su vez títeres manejados por agentes extranjeros que tratan de imponernos sus propias teorías. . .

—Allí está el intringulis, terció, oficiosamente, don Torticio al irrumpir en el salón de juntas —yo siempre he creído que esos muertos de hambre están manipulados por vivales que los explotan y al menor viento contrario los abandonan a su suerte—.

—Señores, señores, les ruego sentarse porque la junta dará comienzo inmediatamente, manifestó en tono amistoso Ricardo de Velasco, pidiendo de inmediato que el secretario Jorge procediera a dar lectura al acta anterior.

Todo mundo se calló pero se notaba que en el ambiente flotaba un aire de inquietud y malestar, pues aunque Jorge leía, nadie prestaba en serio atención a sus palabras, ya que el pensamiento de cada quien como imán irresistible, se dirigía a los acontecimientos de la víspera.

Calladamente el arquitecto Argüelles rumiaba preocupado qué iría a pasar con las recién terminadas residencias que acababa de construir muy cerca de Los Caracoles y en las cuales había invertido casi todo su capital y el de otras personas —sus socios— que confiaban en él. . .

Manuel Céspedes pensaba calladamente en los terrenos aledaños a la zona invadida y que eran propiedad de su familia, merced a una antigua herencia que provenía de sus abuelos; en un santiamén veía convertirse el oro soñado, en polvo. . .

También el propio Ricardo de Velasco tenía sus hondas preocupaciones pues su compañía acababa de adquirir por esa área, una gran extensión de terreno para instalar una fábrica, que sería un complemento de la empresa de la cual formaba parte; si se fracasaba, corría peligro su posición, pues él había sido el responsable de la elección del inmueble. . .

Ruperto Quintanar fumaba al parecer tranquilamente, pero fruncía el entrecejo al recordar sus grandes inversiones en tierras, afortunadamente, por el momento, en el extremo

opuesto de las invadidas y donde tenía proyectado un hermoso fraccionamiento. El haber comprado manzana por manzana, sus esfuerzos todos, se derrumbaban en un santiamén. Pero había que tener fe. . .

Torticio del Olivar, se recreaba felicitándose así mismo por tener la mayor parte de sus inversiones en el extranjero y regodeándose secretamente al recordar que precisamente esa misma mañana había tenido sentada en sus flacas y endebles piernas, nada menos que a una mujer hermosa, esposa de uno de los presentes. . .

Aurelio R. Calvo bizqueando sus ojillos de marrano, escudriñaba los rostros de los al parecer atentos e impasibles directores, sacudiéndolo por dentro una extraña y febril excitación, pues él tenía la llave de la solución a un viejo problema del club. . .

Al terminar de leer el acta, Jorge Mendieta aún no salía de su asombro al notar, al percibir, que nadie hacía comentarios y que todos parecían estar alejados, ausentes. . .

Ricardo tomó la palabra y quebró el silencio, anunciando a los presentes que tenía una verdadera novedad que notificarles, gracias a las insistentes y personales gestiones de Aurelio R. Calvo. Esta gran noticia era que el papel sellado y firmado que tenía en sus manos, era nada menos que el permiso de la autoridad municipal para la construcción de la obra suspendida al lado del templo El Caminante.

Entre muestras de exclamación y sorpresa y deseando algunos saber cómo se había obtenido, Ricardo levantando los brazos exclamó —esta victoria se debe a la tenacidad e influencia de nuestro distinguido miembro Aurelio y yo le he dado mi palabra de que no necesita dar explicaciones de la forma o medios de que se valió para obtener el permiso. El hecho fundamental y que nos interesa, es que aquí está en mis manos, gracias —repito— al denodado y persistente esfuerzo de Aurelio y ahora lo más importante y urgente, después, desde luego, de darle las gracias y un merecido aplauso, es duplicar o triplicar los trabajos para que nuestra obra quede concluida a tiempo.

Inmediatamente y para imitar al presidente, todos los demás directores aplaudieron al orgulloso y azorado señor Calvo, que, ahora sí, veía brillar su propia estrella, para con este indiscutido triunfo, alcanzar la meta anhelada: la presidencia del club.

El arquitecto Argüelles ofreció ponerse de inmediato a trabajar en la obra paralizada, consiguiendo la aprobación de emplear dos turnos para acelerar y finiquitar la construcción al término del mandato de Ricardo, ya muy cercano.

De grupos de dos en dos, salieron los directores comentando los sucesos que estremecieron a la ciudad y que los tenían tan seriamente preocupados, pues afectaban muy de cerca los intereses de todos ellos y por supuesto de toda la comunidad.

A la mañana siguiente, nuevos y alarmantes titulares a ocho columnas, daban la noticia de otros núcleos invasores que se apoderaban de terrenos en diversas partes de la ciudad, la cual ahora se veía prácticamente rodeada de los paracaidistas menesterosos, que a la vista de todo mundo, enfrente de casas y residencias honorables, siempre respetuosas del orden, no vacilaban en desahogar sus necesidades al aire, en plena vía pública con eufórico y no oculto, —quizá vengativo—, desacato. Las raterías pequeñas empezaron a proliferar y en unos cuantos días, la población entera se vio rodeada y aprisionada por muchedumbres harapientas, que cual cáncer maligno, comenzaban a devorarla materialmente.

El regordete y parlanchín gobernador, presionado por todo mundo y ante la impotencia de hacer algo, de resolver, de decidir, de actuar y no solamente verborrear, se vio obligado a renunciar, ya que los incapaces en momentos difíciles, de inmediato enseñan el cobre.

Llegó en su lugar, desde luego y como siempre, enviado del centro, en forma provisional, un militarote valiente, audaz, de muy pocas palabras, que traía instrucciones precisas de resolver y bien, el gravísimo problema. Lo primero que hizo fue llamar a los líderes y conminarlos a que llevaran a

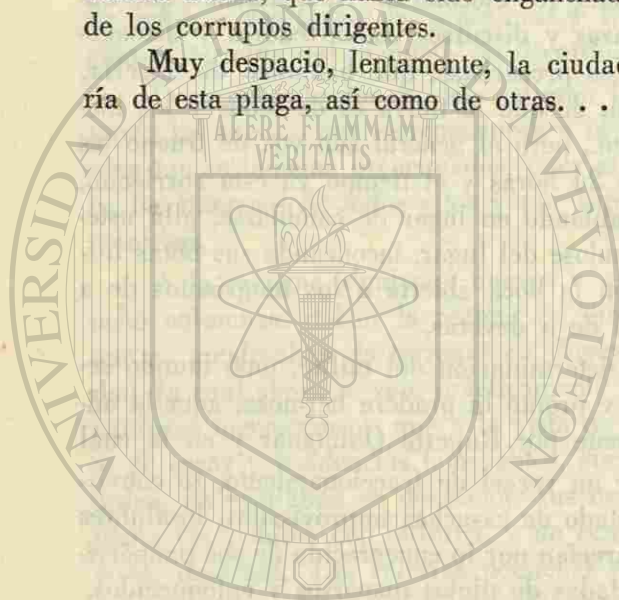
sus gentes a una área o zona previamente determinada —la cual afectó los terrenos del soñado paraíso— fraccionamiento, de Ruperto Quintanar—, so pena de que de no hacerlo, los haría expulsar por la fuerza de las armas, amenazando en forma individual y personal a cada uno de los dirigentes, pues en caso de no obedecerlo en el tiempo perentorio de 24 horas, él personalmente los ejecutaría. Naturalmente que hubo protestas, amenazas y discursos conmovedores y demagógicos de parte de los precaristas, que hablaban de miseria, pobreza, explotación, de que la tierra es de todos y los bienes también, etc., etc., pero el general con voz de trueno les respondió: —tienen 24 horas y el tiempo ya está corriendo, si quieren seguir hablando en lugar de cambiarse, allá ustedes— les dijo alejándose del lugar, taconeando sus botas lustrosas y dejando con la boca abierta a los mugrientos de a mentiras y bribones de a veras.

Ante la firme determinación del milite, todo mundo resolvió disciplinarse y pronto la pradera hermosa, aquella adquirida paulatinamente por Ruperto Quintanar y en la cual soñaba hacer surgir un vergel de fraccionamiento, se convirtió en un zoco infestado de casuchas improvisadas, insalubres y que a distancia parecían por lo ennegrecido de sus paupérrimas viviendas, bandadas de piojos dispersos y enloquecidos.

El gobierno a través del nuevo mandatario, otro sujeto enviado por el centro y muy parecido al anterior, compró a plazos —que nunca cumpliría— y a precios irrisorios, las propiedades destinadas a albergar a los infelices invasores. En virtud de que no había servicios, aquello se convirtió en un gigantesco muladar y en un basurero de tan tremendas proporciones, que pronto la comarca quedó asolada y desierta como un páramo. Los miserables, peleando entre sí, robando en la ciudad, hostilizados por el ejército, sin esperanza de encontrar los trabajos soñados, enfermos y a punto de perecer por la pandemia que ya se avisoraba, cortando en forma inconsciente y criminal los árboles frutales de las huertas cercanas, no para comer sus frutos, que ya hacía tiempo se

habían agotado, sino para hacer leña y poder sobrevivir, poco a poco y en grupos familiares, desilusionados por sus malévolos conductores, se fueron unos, a buscar fortuna a lares desconocidos y otros, a regresar, rumiando su dolor, al campo de donde procedían. Pocos se quedaron empleados en la ciudad, sirviendo en diversos menesteres, pues era gente en verdad buena, que había sido enganchada por las promesas de los corruptos dirigentes.

Muy despacio, lentamente, la ciudad pronto se resarciría de esta plaga, así como de otras. . .



*“Quien fuere en la vida cero
no tendrá un amigo, Andrés,
si el dinero amigo es,
se amigo tú del dinero”.*

*“Mejor que un peso, ten dos,
no hagas mal por egoísmo,
y duda hasta de tí mismo. . .
vete, y. . . ¡bendígate Dios!*

ANTONIO PLAZA

— X —

Nada hay nuevo bajo el sol.

Trás quedaron los días de angustia, de incertidumbre, suciedad de barracas y amenazas, de intranquilidad y desasosiegos. Las cosas volvieron a su normalidad aparente y sólo por las crueles señales de cicatrices en la tierra, se recordaba aquel mes negro que nunca se olvidaría.

El arquitecto Argüelles pese a las graves irregularidades que se estuvieron viviendo, había cumplido su palabra y el edificio reluciente y oliendo a pintura nueva, era inaugurado por el nuevo gobernador, el amnésico señor alcalde, todos los miembros del directorio y muchos socios y vecinos distinguidos del lugar, que apludieron con regocijo la apertura de un nuevo centro social que tanta falta hacía en aquella área. El Padre Martínez orondo y circunspecto, impartía el agua bendita por todos los rincones donde pudiera filtrarse el demonio.

Un poco a distancia se veían los brotes verdes y esperanzadores de los nuevos arbolitos que con verdadera urgencia fueron plantados para reforestar la amplia zona devas-

tada. Ruperto Quintanar se apresuró a cercar su enorme propiedad, para protegerla de futuras invasiones. Su primer acto posterior fue sembrar sucesivamente árboles que son la vida para cualquier comunidad.

Ricardo de Velasco estaba feliz por haber concluido su obra y sólo le faltaba por decidir, la difícil sucesión de su puesto. Muy pronto vendrían las elecciones y el nombre del futuro presidente empezaba a inquietar a todos los de la membresía. Entre bambalinas se escuchaban los nombres de Aurelio R. Calvo y del nuevo e influyente consejero Manuelito Céspedes; también se mencionaban con insistencia los nombres de dos destacados socios que por sus labores sociales se habían perfilado como posibles. La lucha encarnizada por el efímero poder iba a comenzar. Las intrigas como en la alta política, extendían sus antenas amenazantes. Antes de la junta primordial, Ricardo consultó con varios de los socios principales, así como con los directores, salvo don Torticio, para formarse una opinión acerca de quién o quienes tenían en verdad la simpatía suficiente para sucederlo.

En las juntas privadas de las damas, se forjaban una y mil conjeturas acerca de la señora que iba a ser la abeja reina, en aquel panal social de inocentes y despiadadas intrigantes.

Una misa luctuosa en recuerdo de ex-presidentes y socios desaparecidos, fue el colofón de la actuación de Ricardo al frente de los destinos del pomposo club. Para esta ocasión solemne, Ricardo, personalmente fue a invitar en forma especial a Sandra Rubio, ahora viuda de Montellano, pero la fina señora se excusó de asistir porque en esos días tenía proyectado efectuar un largo viaje que a la postre, resultó eterno, porque ¡oh paradoja del destino!, al igual que sus hijos, pereció trágicamente en un mayúsculo y absurdo accidente aéreo, por el choque frontal de dos aviones en movimiento, uno, el de ella, iniciando apenas el vuelo, otro, descendiendo sin órdenes aparentes de la torre de control. Todo esto en medio de una espesa neblina en una isla enclavada

en pleno océano Atlántico, próxima a las costas europeas. Con su desaparición, terminaba por completo, totalmente, una familia que hubiera, si Dios lo hubiera permitido, podido dejar una prolífica y noble descendencia. Ahora los parientes lejanos, como feroces buitres, se allegaban de papeles y documentos, para reclamar la rica herencia que a ellos nada les había costado formar. . .

Pero la vida siempre indiferente, seguía su devenir imperturbable, exhibiendo en su escaparate diario: por las mañanas sus brillantes soles y escondiendo por las noches sus pálidas lunas.

Rosario Tovar de Calvo, "Chayito", después de darle luz verde su marido, diariamente por las tardes hacía política reuniendo, muy segura y confiada, considerándose de hecho la nueva presidenta, a cuantas socias acudían a su llamado y aceptaban la invitación de ir a merendar a su excéntrica casa.

Una de esas tardes, sintiéndose sola y desorientada y ya casi en vísperas del destapamiento del candidato, la bella Clara Solís de Argüelles habiéndose armado de valor, se animó a asistir a la casa de Chayito, quien se sorprendió al verla tocando humildemente la puerta de su enemiga. El recibimiento no pudo ser más hipócrita y falso ya que a los pocos minutos, quien sabe por qué artificios, la pobre, azorada y tímida, notó un hueco a su alrededor. ¡La pérfida Chayo le había aplicado la ley del hielo!

Clarita sintió la humillación de sentirse separada y miraba con ojos atónitos, que todas las damas procuraban estar muy cerca y giraban alrededor de aquel papagayo multicolor. La situación empezó a hacersele insoportable y lo inaguantable, el colmo, fue la llegada, como para dar el espaldarazo definitivo a la anfitriona, nada menos que de Tenchita Flores del Olivar. Ahora sí a Clara se le derrumbaron sus ilusiones, sintiendo una gran sacudida nerviosa que estuvo a punto de derramarse en una catarata de incontenibles lágrimas. Corriendo, trastabillando, entre risas y burlas, la po-

bre ofendida huyó del horrible suplicio por el que acababa de pasar. Mientras que conducía su automóvil, temblando de rabia y rencor y secándose con la mano sus ya abundantes lágrimas, pensaba en lo idiota que había sido al ir a visitar —a rogar, a ofrecerse— a Ricardo de Velasco a que le diera el apoyo, para que su marido fuera presidente. Recordó su postura abiertamente coqueta y la entrega de sí misma que quizá hubiera hecho, si Ricardo hubiera sido más temperamental o un poco aprovechado; pensó en las insinuantes llamadas telefónicas que le hizo para recordarle el asunto que la apremiaba. Sabía en el fondo que Ricardo se había portado como caballero y de plano, no se lo agradecía, menos ahora, en este instante que llorosa y derrotada iba rumbo a su casa a rumiar su amargura. Pero sí tenía resentimiento con de Velasco, más que peor se sentía por haber visitado, casi subrepticamente, en aquella loca ocasión, a don Torticio del Olivar también en su oficina. Aquella vez, ahora lo recordaba con odio y arrepentimiento, después de decirle mil sandeces, creyéndolo el pilar más fuerte del club y después de recomendarle a su marido, súbitamente, sin saber porqué y con el absurdo e infantil pretexto de decirle —gran mentira— que él, don Torticio, se parecía a su padre, fue a sentarse en sus piernas ante el estupor del vejete. Aquello fue fugaz y duró unos segundos, pero los suficientes para sentirse casi prostituida.

Otro núcleo fuerte lo formaba la esposa de Manuel Céspedes, Diamantina Topete. Su casa era punto diario de reunión y chismes. Conchita Albatroz de Quintanar, sin consultar a su esposo, se unió al grupo para fortificarlo. También andaba por ahí Lucita Valverde y este hecho daba por seguro el triunfo a Manuel.

Solamente una persona no iba ni con una ni con otra, desde su palio majestuoso reinaba sus últimos días desconsolada y triste. Ella estaba desesperada y quería continuar. Laura Belgrano de Velasco no se resignaba a ceder el trono imperial. . .

Raúl Santiabáñez y Pepito Ruelas eran los prominentes socios que luchaban independientes tratando de conseguir adeptos entre la membresía más joven, arguyendo que no era justo ni democrático que el nuevo presidente saliera siempre del propio directorio. Decían que bastaba ya de imposiciones y secretamente comprometían el voto de los socios concediéndoles ilusorios puestos y comisiones.

Aquella última reunión del directorio resultó memorable, Ricardo, después de saludar a todos los presentes, suplicó con mucha amabilidad a Manuel Céspedes y a Aurelio R. Calvo, que procedieran a salir del local de juntas para que los dejaran solos a los demás, pues como abiertamente jugaban ya como candidatos era indispensable que los demás miembros, él, Argüelles, Ruperto Quintanar y don Torticio, formularan los votos decisivos. Jorge Mendieta cerró la puerta tras de sí, después de haber salido Aurelio y Manuel. En seguida Ricardo en obvio de formulismos, distribuyó unos papelitos a los presentes, pidiendo pusieran el nombre del elegido. La ceremonia aquella duró unos cuantos minutos y luego les pidió que le entregaran doblado el voto, a lo cual Ruperto Quintanar le dijo: —por mí, el voto no debe ser secreto, yo no estoy votando ni por Manuel ni por Aurelio, escribí el nombre de la persona que considero más adecuada para manejar el club y esa persona es: Marcelo Argüelles—, Ricardo quedó estupefacto clavando sus ojos en el nombre que él a su vez había anotado, pero antes, ante un arquitecto Argüelles sorpresivo y abochornado, le pidió su opinión y Marcelo dijo —muchas gracias Ruperto, pero yo. . . yo estoy votando por Manuelito Céspedes—.

Sólo faltaban dos votos, el de Ricardo y el de don Torticio, si coincidían Marcelo sería el candidato, de otra manera, la elección sería abierta, representando lo anterior un peligro para el club de ser manejado por gentes apasionadas o inexpertas.

Ricardo miró a don Torticio y éste dijo para sorpresa de todos —aquí está mi voto escrito a favor de Marcelo—,

Ricardo abrió los ojos para leer y él rápidamente puso arriba de la mesa su veredicto que decía en letras de molde: arquitecto Argüelles.

La noticia cayó como bomba entre todos los asociados, pero más, entre los presuntos candidatos.

Manuel Céspedes lo tomó con filosofía y fue a felicitar y ponerse a las órdenes de Marcelo, sin saber que éste había votado por él, pero Aurelio R. Calvo frunció más sus pequeños ojos y verdaderamente parecía un volcán a punto de hacer erupción, tal era su coraje y frustración.

Al salir, Ricardo pidió a Jorge que citara a asamblea ordinaria para el día siguiente y por su mente cruzó la idea de llamar a Clarita, la esposa de Argüelles, para felicitarla, porque de hecho, Marcelo ya era el candidato oficial, pero pensó que quién mejor que el propio marido, fuera el encargado de darle la buena nueva.

Al día siguiente, más que todo para darle formalidad al acto, se instaló la asamblea ordinaria, proponiéndose por voz de Manuel Céspedes la candidatura del arquitecto Argüelles, el cual fue electo por aclamación y en forma unánime, coronando así su disciplina y fervor al club, el caballeroso y serio profesionalista, quien siempre estuvo ajeno a las maniobras que a través del año, ejerció su ambiciosa mujer para presionar su postulación.

Aquella noche inolvidable de toma de posesión, Clara Solís de Argüelles, más esplendorosa y bella que nunca, irguiendo altiva su hermoso rostro, entrelazando su brazo con el de su esposo, con paso elástico, armonioso y seguro, después de subir las amplias escaleras, entró al recinto como una verdadera majestad, luciendo como lo que era: una verdadera reina.

Cientos de socios esperaban de pie, entre emocionados y curiosos a sus elegantes mandatarios. El salón de "Los Vitrales" profusamente adornado, lucía sus galas extraordinarias en esta noche excepcional.

Clarita y Marcelo, los nuevos soberanos, recibían a su

paso triunfal los nutridos aplausos de los asistentes, volviendo sus cabezas sonrientes para agradecer aquellas muestras de cariño y simpatía. Al pasar al lado de Ricardo de Velasco y su cariacontecida cónyuge, Clarita no pudo evitar hacer una ostensible mueca de desagrado, regalándole, en cambio, al pasar por donde se encontraba don Torticio del Olivar y para sorpresa de éste, la más coqueta y cautivadora de sus sonrisas. . .

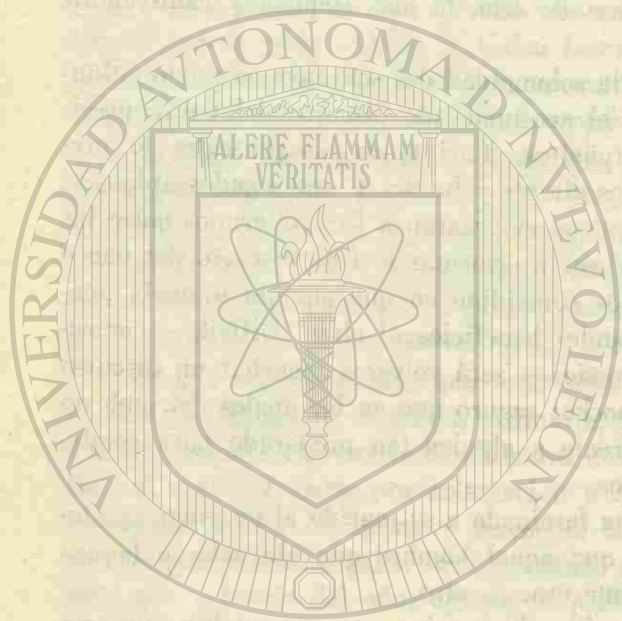
La pompa y la solemnidad del acto tuvo su punto culminante, al concluir el acostumbrado discurso del nuevo presidente Marcelo Argüelles. Casi todos los presentes lo premiaron con grandes vítores y fuertes y prolongados aplausos.

Inmediatamente se empezaron a formar grupos entre las mesas para cuchichear o comentar el fino discurso del nuevo presidente. Muchos coincidían en que aquella oratoria ponderada traería grandes beneficios al club. Difícil, —comentaban los nuevos socios— será volver a escuchar un discurso como el de esta noche; seguro que en los anales del club no tendremos a su frente a alguien tan preparado para conducirlo, arguían otros.

Clarita miraba fascinado a su marido al terminar su alocución, sintiendo que aquel hombre que abrazaba y besaba tan apasionadamente era. . . otro.

Larga era la fila de parejas que aguardaban ansiosas poder abrazar y felicitar a los emocionados esposos que conducirían por todo un año la nave del club. Mentalmente Clarita anotaba los matrimonios ausentes y los que se habían quedado en sus asientos y no acudían a rendirles pleitesía. . .

. . . Seguramente aquel año iban a rodar muchas cabezas. . .



UANL

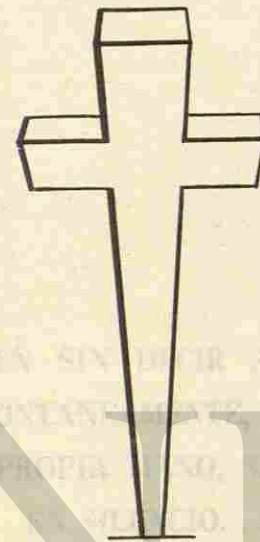
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A LA MEMORIA DE MI QUERIDO HIJO

JOSÉ SILVANO



QUEN SIN DEIR ADEU-
CANTAN EN SU TUMOR
LA PROPIA VIDA, SE FUE
UN SUFICIENTE.

"Si un hombre se llama al
muerto, es sólo porque está
en el ritmo de una canción.
Después que muere, él
de la música que él vive."

René David Guzmán



A LA MEMORIA DE MI QUERIDO HIJO:

JOSE GERARDO

QUIEN SIN DECIR ADIOS,
ESPONTANEAMENTE, Y POR
SU PROPIA MANO, SE FUE
EN SILENCIO. . .

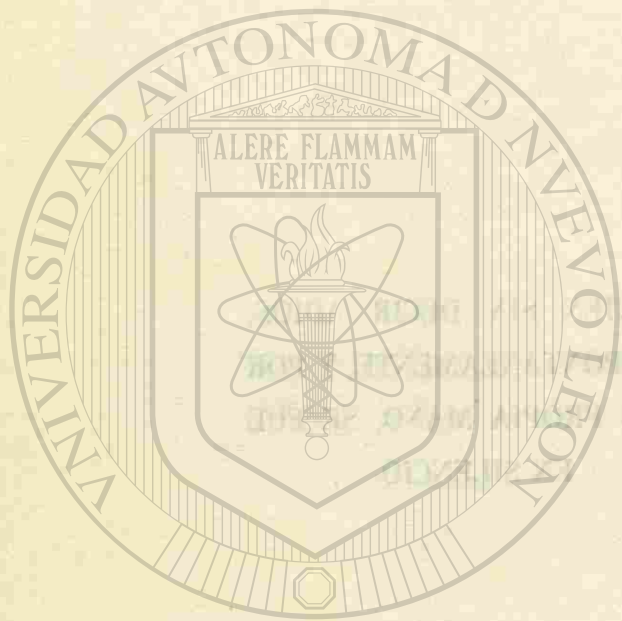
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

“Si un hombre no lleva el mismo paso que sus compañeros, es quizá porque escucha el ritmo de otro tambor. Dejádle que marche al son de la música que él oye”.

HENRY DAVID THOREAU.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"RAUL RANGEL FRIAS"
UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

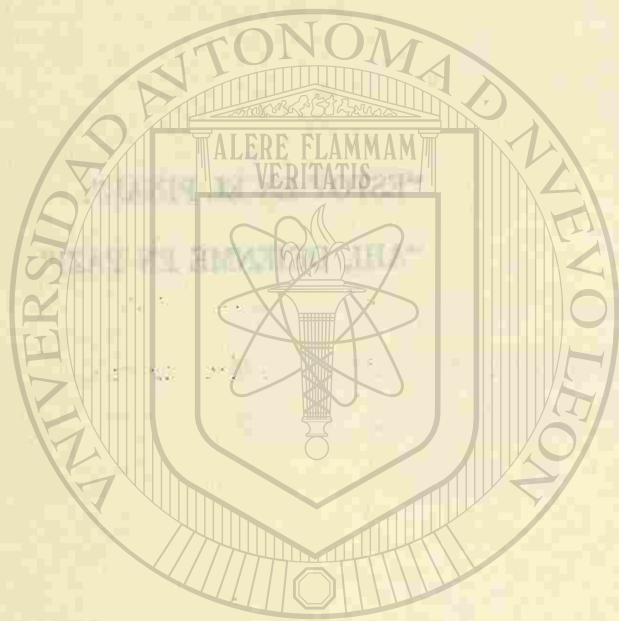
"ELEVAR POR LA MAÑANA LAS ALAS
Y LOS OJOS AL ESPACIO, CON LA
ALEGRIA INEXPERTA DE LA CRISA-
LIDA QUE SALUDA SU ULTIMA META-
MORFOSIS, Y MORIR AL ATARDECER,
ANTES DE LA PUESTA DEL SOL,
CON LA CABEZA INCLINADA, COMO
FLORES MARCHITAS, QUE OSCILAN
AL SON QUEJUMBROSO DEL VIENTO".

SIN DECIR ADIOS.

"ESTOY EN EL PINAL".

"AHI, DEJENME EN PAZ!"

UANL



“Pasar por la muerte, es pasar por la soledad absoluta, romper con el mundo entero. La muerte es la ruptura con la esfera entera del ser, la interrupción de todos los lazos y de todos los contactos, el aislamiento total, completo y absoluto. Si en el término último del misterio de la muerte, ésta fuera todavía compartida; si se mantuviera aún contacto con lo otro y con los otros, ya no sería muerte”.

NICOLÁS BERDIAEFF.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Papá, pero que pretendes hacer? Muy claramente he dicho que me dejen en paz, ¿por qué te atreves a turbar mi espíritu, con qué derecho interfieres en lo que ya no es en modo alguno ámbito de tu potestad terrena? ¿No comprendes, que ahora mis semejantes y compañeros son las grandes constelaciones, tan infinitas y hermosas que allá abajo con todo y sus satélites no sospechan siquiera su magnitud? Estoy en el adorado espacio, en donde siempre anhelé vivir. Tú bien sabías, porque te lo platiqué y también porque lo dejé escrito en deshilvanados apuntes, que, luego de mi partida, tú y mi madre encontraron en el concierto de libros, objetos y demás pertenencias mías. Pertenencias. Me detengo un instante, a refrescar la memoria en esta palabreja tan codiciada. Sé que tú te has mortificado mucho por haberme suicidado; en cierta forma, yo era tu pertenencia, aunque mi modo muy personal de pensar era que:

“No podría explicar mi asco hacia el género humano y los hilos que me unen a él”.

Sé que después de mi muerte, has entrado en mi cuarto, (el que yo describí que el ambiente estaba impregnado de sangre) a ver, a palpar, incluso ¡oh gran masoquista! a oler mis pasajeras pertenencias, mi chaqueta, mi camisa, mi pantalón, mis zapatones y mi pequeña bata negra; porque todo lo demás lo regalaron, salvo las últimas ropas que usé en vida y a las cuales tanto tú como mi madre pretenden, tonta, absurdamente conservar, como un último recuerdo del hijo

que se marchó para jamás volver. Mis hermanas heredaron mi tocadiscos y mis amados discos; tú ahora estás feliz en mi modesto carro que secretamente, por comodidad, querías para ti.

Pero, cómo es posible que teniéndolo todo, todo un hogar, unos padres, una casa hermosa, unas lindas y magníficas hermanas, una novia (?), amigos (pocos), siendo un brillante estudiante, con un futuro (?) al parecer prometedor (¿de qué?) me haya despojado de esas, tantas pequeñas y grandes cosas también, inclusive mi cuerpo (al que adoramos y mimamos). No alcanzas a comprender y cada vez que escuchas aquel aparato de sonido que me concedió largas audiciones, te pones a sollozar y te preguntas, ¿por qué, por qué, como es posible que haya abandonado todo? Piensas: él gozaba oyendo sus discos y ahora el aparato está mudo, no vibra, no hay eco, falta la persona que lo manipulaba; ¿y su cama? Qué tristeza, está vacía, falta el cuerpazo del grandulón, del barbón, del cristo, como solías decirme. Siquiera sientes un poco de consuelo al manejar mi carrito, esa porción de posesión te conforta y sé que piensas: él lo traía, esta manejera, este volante, lo acarició y maltrató con sus propias manos muchas veces; al tocarlo, al asirlo con las mías, lo toco a él, tengo contacto con su vida material. En toda la casa es lo mismo, de repente parezco un fantasma al que están viendo por todos los rincones. A veces crees oír mis pasos en el pasillo, como solía hacerlo al llegar por la noche a despedirme de ti, mientras leías y fumabas y mi madre ya estaba en la segunda etapa de sus sueños. Sé que al principio te sobresaltabas y no sentías miedo, al contrario, tenías muchas, pero muchas ganas de que aquel ruido fuera producto de mis pisadas y fuera yo el que llegaba para darte, siempre sonriéndome, las buenas noches. Tú también con sonrisa pícaro me movías la cabeza y con el índice en tus labios, pedías no hablara fuerte para no despertar a mamá. Sé, padre mío, que ningún dolor ha sido más tenaz, más fuerte, más obstinado que éste. Entiendo que ni cuando murieron tus

padres y tus hermanos, sentiste lo que ahora (sin pretender hacerte daño) les he causado a ustedes. Adivino tu forma de pensar y sé que has meditado muchas veces (y rezado también) en la soledad de nuestra montaña, pensando quien era más egoísta, tú o yo. Tú, que me querías como una especie de trofeo, esperando que madurara más para exhibirme (mi talento) como bicho raro ante amigos y conocidos, pensando desde luego en tu interior que me haría profesionalista, te manejaría a la perfección tus negocios, y gracias a mi cabeza despejada y lúcida, lograría reorganizar tu oficina, tú ya trabajarías menos, yo me sentaría en tu escritorio con el futuro en el bolsillo, mi sonrisa a flor de labios y todo feliz, el mundo a mis pies (ahora de hecho lo está) y que viva la vida. La vida, ¡qué ironía! la vida, ¿en qué consiste? Son dos puntos tan cercanos y tan distantes: un soplo y una eternidad, en resumen: Nacer y morir, pero en medio de ese tránsito, en ese paréntesis perentorio, ¿qué hacemos? comer, dormir, fornicar, fundamentalmente, con sus variantes secundarias; estudiar, pasear, embriagarse, viajar, soñar, perseguir ideales, luchar y correr, correr y llegar. . . ¿a dónde? al punto de partida, como un burlón círculo negro. . . ¡a la muerte! por eso en mis escasos escritos, te sorprendiste al leer:

“Me esfuerzo continuamente en mi lucha contra las cadenas de la costumbre”.

“Más no he podido definir mi obra y mi propia actuación”.

“Y sé que la puesta en escena no puede aplazarse más”.

Obviamente sabías a que me refería, a mi propia autodestrucción. Comprende, o trata de hacerlo. . .

“El paso. . . de la desesperación a la esperanza, de la destrucción a la creación, del desconocimiento de lo que significa vivir y tratar de

convivir. De la duda, a la certidumbre". Ahora "¿de dónde puede provenir ese disgusto tan profundo por todo lo que se refiere al hombre?"

¡Ay, hijo mío! Quisiera, desearía con toda mi alma y mis escasas luces tratar de comprenderte. Cuando abiertamente mostraste tus dudas y malestares y francamente hablamos para aclararlas o remediarlas y ocurrimos, prácticamente a iniciativa tuya, a un psiquiatra famoso, después de tu estancia en México, creí, pues tú mismo me lo dijiste:

"No estoy enfermo, los exámenes, las pruebas que me hicieron en el sanatorio español, resultaron favorables",

es decir, que no estabas enfermo o trastornado de tus facultades mentales, pero, me estoy anticipando. . . ¿Me permites irme al principio? después del nacimiento de tus dos hermanas mayores cuando en ambas ocasiones el médico me anunció: "Es niña, es niña", a la tercera, pensé con esa mentalidad muy mexicana, y que tú criticarías, a la tercera es la vencida y créeme que cuando tú naciste, aquel maravilloso 9 de noviembre de 1955, y mi amigo y compadre el doctor Argelio Santos, el excelente ginecólogo, muy sonriente me anunció: ¡es machito!, mi vanidad entonces se vio henchida de orgullo. Detrás de ti, siguieron tres queridas hermanitas.

Fuiste casi desde recién nacido (y conste, ahora tú lo sabes, nunca he sido muy afecto a los mimos y zalamerías para con los niños) una criatura excepcionalmente agradable y muy, muy guapito, sano, gordito, con tus grandes ojos negros y tu cabecita redonda. ¿Recuerdas después, como nos reíamos, en grupo familiar al pasar viejas películas tomadas por tu madre y en donde aparecías en un cochecito ladeando tu cabeza y babeando? varias veces bromeábamos por lo de tus bábas; después, pequeños festivales del kinder, donde saliste disfrazado de cosaco, retratos donde apareces con tu cuerpecito robusto vestido de llanero solitario y luego ya muy sericito

(no volviste a reír) en todos los retratos de tus álbumes de primaria y secundaria; hasta aquél, que ahora tu madre colgó de la pared de nuestra recámara, cuando recibiste al Dios que reconocías como ser supremo; el día de tu primera comunión. Posteriormente, salvo aquel retrato del insólito día que nevó, nos quedan dos o tres ya de hombre, uno con tu cabello largo y otro, o dos, con tu barba y bigote negros. ¡Ah! claro que no se me olvida, guardo, celosamente, llamarías tú, morbosamente, los retratos que adquirí del fotógrafo de la policía en donde yaces al pie de un pino, con tu rostro tranquilo, satisfecho, tu cuerpo relajado y la maldita pistola a un costado, recargada grotescamente, no, artísticamente, cerca de tu pecho. Casi nunca veo esas fotografías; me da, te lo confieso, temor contemplarlas, pero aún no me atrevo (ya lo hice) a destruirlas, es un recuerdo macabro y absurdo, pero es que no quiero que se me olvide jamás aquel desgraciado día 14 de noviembre de 1974 (acababas recién de cumplir tus 19 años), cuando te busqué con el alma helada de incertidumbre y el corazón aplastado por la angustia, por entre aquellos bellísimos parajes, para de repente, oír la voz del cuidador del bosque que iba conmigo y con mi compadre Chuy Herrera, exclamar con voz entrecortada: ¡Ahí está! y agregar: ¡pobrecito! ¡ay, hijo mío! sentí un vacío tan grande y algo que si es dolor, aún no se le bautiza el nombre, que del susto, de la terrible impresión, del miedo, de la gran congoja, no pude llorar y sólo me concreté a balbucir: ¿Está herido? ¿no está muerto? y es que salvo un pequeño hilo de sangre (la tuya y la mía) que salía de una fosa de tu nariz y te corría como lágrima póstuma a través de tu mejilla, tal parecía que estabas dormido; sé muy bien, por tu postura, que antes de oprimir el gatillo sobre tu sien derecha, tus ojos, alas del espíritu, estuvieron escudriñando el cielo, quizá escogiendo el lugar de tu nueva residencia. Es y ha sido la amargura más grande que he tenido en toda mi vida y mis lágrimas, tantas veces egoístas y avaras, ahora fluyen con facilidad al evocarte.

Hijo mío, siento que me estoy martirizando al recordarte en estos desordenados apuntes. Olvido la secuencia cronológica y me dejo llevar embargado por mis sentimientos. Quiero, deseo, hablar mucho de ti, recordarte, amarte, darte lo que no te di, recordar tu muy triste mirada, tus profundos pensamientos:

“La soledad, es el darse cuenta del completo aislamiento”.

“El sol gime al atardecer
la luna comienza a llorar
tras de recordar
lo nunca aprendido”.

Cuántos episodios pasamos juntos, se me vienen en tropel, tú, pequeñito, una bolita de carne, sacudido por las olas en la playa, más grandecito y no puedo olvidarlo, encaminaste tus pasos, con otros amiguitos tuyos a nuestra amada montaña, a la que más tarde retornarías para jamás volver; cómo me pesa haberte regañado y humillado delante de ellos, porque por tu falta de entrenamiento aunado a la torpeza de tus entonces gorditas carnes (eras un adolescente) te gritaba y te acosaba, y te molestaba diciéndote en arranques crueles de cobarde machismo:

“Andale, súbete cabrón, o te dejo atrás”

y te dejaba. . . Y me martirizaba secretamente por mi estúpida rudeza y te mortificaba y apenaba frente a tus dos compañeritos. Esa fue tu primera ascensión a la montaña. Al correr del tiempo, ya más grande y creo un poco más amigos tú y yo, subimos unas dos ¿o sería una sola vez? como dos buenos compañeros. En este instante te evoco, poco antes de tu muerte, gozando, brincando, subiéndote en los hombros a tu pequeña hermanita Paty, allá en la playa de la Isla Padre. Estabas feliz y yo te juro que también lo estuve. Era la primera vez que te veía ya como hombre en traje de baño,

alto, fuerte, viril, velludo, mirando el mar con tu inmensa, insondable y muy triste mirada; qué paseo tan largo diste con tu hermanita por toda la orilla de la playa, yo los veía alejarse hasta perderlos de vista y luego los adiviné al regresar, no fue difícil porque no era temporada y la playa estaba vacía. Al llegar a la puerta del “bungalow”, me dijiste alegremente:

—“Fuimos hasta la escollera”

—“¡Caray!” te respondí, “estuvo muy largo el tirón”; naturalmente, ese fue tu último paseo por el mar y te despediste recorriendo su playa con avidez. Tú me invitaste a acompañarte, pero la convalecencia y un poco de dolor en mi pierna, me lo impidieron, si hubiera sabido. . . cenaste riquísimo en el “Jetty”. Gracias a Dios que en todo te di gusto. Lo mismo allá en México, fueron verdaderas comelitonas en diversos restaurantes; mariscos, tacos de carnitas y al último, aquel cabrito asado, en donde nos dieron el caldo de camarones. Chapultepec. Museo de Antropología. El metro. Naranja Mecánica, aquella rara película que fuimos a ver y que tú contemplaste y analizaste reflexivamente y en cambio yo, lo hice a través de mi desventurada libidinosidad. Querías ir al zoológico. Fuimos apresuradamente, con taxi esperándonos. ¿Acaso querías despedirte también de los animales? Ahora recuerdo que buscábamos afanosamente los grandes ejemplares, los paquidermos: Elefantes, rinocerontes, hipopótamos. Me dijiste que te subyugaban, no estoy muy seguro de los leones y demás especies. Luego aquel remanso trepados en el cerrito escuchando música clásica. Estabas muy pensativo. . . en el café de antropología nos tomamos un par de cervezas y por vez primera, a pesar de que sabía que fumabas y no lo ocultabas, sacaste un cigarro y lo encendiste casi distraídamente, luego bromeé contigo y te quité otro para acompañarte. Me sentí tu amigo. El viaje a México obedeció a la recomendación del doctor Oliverio Tijerina, con quien te llevé a raíz de tu primer intento, cuando faltando por

primera vez a la casa, en una noche horrible y de gran zozobra sobre todo para tu madre, llegaste por la mañana desaliñado, demacrado, a contarme una historia que no te creí, porque jamás decías mentiras. Historia absurda de un supuesto secuestro por policías que te confundieron con un amigo tuyo, dizque guerrillero nativo de allá de Yucatán y que te había denunciado, etc., etc. Mientras hablabas yo observé tus laceradas muñecas con evidente señal de violación. Luego francamente me lo dijiste, querías autodestruirte, ¿era la verdad! el mundo no te interesaba.

“No comprendes papá, es una duda, una duda metafísica.

“Siento que la característica más intensa de la vida humana y la muerte, es la duda. La duda, sí, un dédalo fatal y funesto del que tratamos furiosamente de salir”.

“¿Qué es un ser humano?

¿de dónde proviene?

¿de quién?

¿hacia dónde debe dirigirse?

¿por qué?”.

Así me dijiste, que:

“Algunas gentes inventaron explicaciones de la vida, creyendo así aniquilar sus dudas”.

“Dudas disfrazadas de respuestas”.

“Formaron las religiones, asociaciones y sus derivados”.

“Para la mayoría de los humanos, es más fácil aceptar la vida de esta manera, para otros no, ni para mí”.

Y continuaste:

“Supongamos entonces, siendo realistas que nuestra existencia en este planeta se limita a

un ser más en el cosmos, o en un animal que ha tenido una evolución a través de un proceso natural. Ese cosmos o ese proceso evolutivo natural, forman parte de un *todo* o *unidad*, cuya característica más evidente son los opuestos, la dualidad; el bien y el mal, la vida y la muerte; aceptemos como existe ésto en la naturaleza (la dualidad) (hay terremotos dañinos, pero también existen hermosísimos bosques). Hemos de aceptar que el ser humano no ha evolucionado en armonía con ese proceso natural. La mente se utilizó en crear artificios socialmente aceptados para disipar las dudas (simples “respuestas”) disfrazadas burdamente”.

“Ni el hombre, ni el proceso natural, en fin, ese “todo” no significa gran cosa para mí y ni creo ligarme a él”.

“Algo fuera de ese “todo” es probable que exista ¿dónde? no sé, ni nadie lo ha sabido”.

“Tan solo un intento”. . . (aún poseo fe).

Y el intento. . . se realizó. Tiemblo aún al recordar, al imaginarme, al tratar de vivir ese instante de la suprema renuncia, renuncia a todo, qué fácil decirlo y de veras que, pero qué difícil hacerlo, se necesitan muchos, pero muchos pantalones para llegar a esa decisión última: Renunciar a la vida, es la suprema renuncia. A sus grandes, pequeños, absurdos y significativos placeres, borrar para siempre, para siempre, es una eternidad, es una frase terrible, si se medita profundamente, anular de golpe las bellas imágenes de bellísimos bosques, la policromía de cultivados jardines, los paisajes de ensueño, las nubes, el cielo, la majestuosidad de las montañas, las largas y verdes llanuras, la inmensidad del espacio celeste con el adorno de sus estrellas cercanas y la increíble y misteriosa profundidad de sus enormes y lejanas galaxias; en fin, la vista y la contemplación de lindos colores,

de la flor, del arco iris, del fulgor engañoso de las piedras preciosas, del riachuelo, de la cascada, del mar imponente, y cerrar también para siempre, para nunca más, nuestros oídos al sonido de voces familiares, ásperas o amables, cantarinas y chillonas, cariñosas, maternas, melodiosas, musicales; sordo el oído a las vibraciones lúgubres de la fronda en los bosques, del viento silbante y evocador, del trino siempre fresco y renovado de los pajarillos, del susurrar armonioso y dulce del arroyuelo, del crepitar de las hojas secas, pardas y amarillentas al ascender la montaña, del lejano y lastimero tañer de las campanas, del ulular de sirenas y locomotoras y fábricas, del aterrador trueno del rayo, del crispante rumor de la tormenta, de la caída del agua de la profunda, majestuosa y colosal catarata, del suave o estruendoso vibrar de los instrumentos musicales, ignorar el alucinante canto de las cigarras, sepultar, para siempre, el eterno golpe del eco sordo de las olas al reventar. Renunciar a la vida, es renunciar a todo, despojarse aún del lastre del cuerpo hermoso y pecaminoso, de los pequeños, inocentes y grandes aberrantes placeres, de leer libros, de saborear manjares, buenas comidas, de renunciar al descanso después del ejercicio, de lavar el cuerpo con el agua que vivifica y resarce. Qué difícil, si no podemos, ¡oh minúsculos enanos humanos! despojarnos tan sólo de las cosas pequeñas, no queremos, no podemos prescindir de ellas, estamos tan arraigados a nosotros mismos, que si fuéramos árboles muertos, nos sujetaríamos desesperadamente a la última y profunda raíz que tuviere una brizna de savia.

¿Quién es más egoísta? No puedo decirlo. Si el que se queda para disfrutar y atesorar, o el que se va sin alardes, en silencio. . . el uno se sujeta, se adhiere, se cura, se vitaminiiza, quiere ser eterno en la vida. El otro se deshace de todo, renuncia a todo, se va suprimiéndose a sí mismo.

Palabra, cuanto valor se necesita para dar un adiós definitivo, sin retorno, irrevocable, irreversible, a todos los recuerdos entrañables y al ansia, al deseo instintivo y natural de perpetuación y dizque eternidad. ¡Quemar las naves! co-

mo lo hiciera el gran conquistador. Ya no ser posible dar un paso atrás. ¡La suerte ha sido echada! ¡Qué terrible momento! ¡Qué instante tan eterno! Desprenderse del cordón umbilical terrestre, para penetrar en un segundo, en las misteriosas bóvedas del más allá. Desde luego, un gusano no podías haber sido, como somos muchos de nosotros. Y a propósito de gusano, no escogiste un lugar cualquiera para tu despedida. Ascendiste a nuestras queridas montañas y allá, entre los pinos, en el pinar, muy cerca de tí, estaba un esbelto pino, y colgado a tus pies, el panorama majestuoso, divino, embrujador, de más montañas, de espacio celeste y de vacío. . . ¿y cómo es posible que te equipararas a los demás? ellos aún no saben ni el día, ni la hora, ni el año de su muerte. Tú, con tu soberana determinación, precisaste día, fecha, segundo. Fuiste distinto al común de la gente. Alguien fuera de serie. No esperaste a que te abrieran la puerta. . . Tú, personalmente lo hiciste. ¡He ahí la gran diferencia! Ahora, con tu determinación, quedaste, para nosotros, en nuestro tenaz recuerdo, estático. Siempre tendrás 19 años, no envejecerás, estarás fresco, joven, pujante, tu edad no variará con el paso de los años; tus cabellos no encanecerán, ni tu frente se poblará de arrugas; no serás un lastre lastimoso en tu enferma ancianidad. Serás siempre igual. Serás, para nosotros, ¡hijo del alma! tú, siempre tú.

. . . "Soy el último eslabón de la cadena
cadena que nunca me aborrecerá". . .

. . . "Cae una mirada rota en mil pedazos.
Afuera no había sol. Ni estrellas. Ni nada.
Estaba solo. Estaba libre. Estaba muerto".

¿Qué fue lo último que escudriñaron tus ojos en aquellos instantes supremos?

¿Supiste en ese relámpago previo que tú realmente exististe, que tú fuiste y que estuviste brevemente de paso? ¿Acaso recordaste que en el desayuno me dirigiste, sin hablarme, la más angustiosa, lastimera y profunda mirada que no olvi-

daré mientras viva? Te despediste sin hablar, con tus ojos, sin decir adiós.

Tu último vistazo a tu cuarto, a tus cosas, a tus pocas pertenencias, a tu casa, a tu carrito, miradas de adiós, de despedida y tus miradas postreras, de nueva ilusión, de esperanza, de bienvenida, al cielo, a los pinos, a las estrellas, a las montañas, respirando el aire frío de la media noche y escogiendo con sumo cuidado el sitio, el lugar en donde ibas a despedirte de tu cuerpo.

¿Hacia quién tu último pensamiento?

¡Sentiste dolor hijo mío!

¿Te concedió Dios no sufrir en ese último instante, en gracia por toda tu agonía anterior a la fatal determinación?

Ojalá así haya sido. Tiemblo al pensar lo contrario.

¿Sabes? hubo una cosa muy rara, sumamente extraña. Ambos, tu madre y yo, aquella noche, soñamos simultáneamente con tu muerte; después lo supe, y ahora, de seguro, ese resorte que me hizo abrir súbitamente los ojos a la una de la mañana, fue el despegue tuyo de la vida terrenal, ahora lo sé de cierto, moriste alrededor de la una de la mañana (esa hora marqué en tu esquila) sin embargo, al levantarnos, antes de las siete, tú ya muerto, las actividades pretendieron ser normales, pero a media mañana, por teléfono, la voz de tu madre me anunció: Encontré en la bolsa lateral de una chaqueta, un recado que dice:

“Estoy en el pinal, ahí, déjenme en paz”.

Fue todo. Un recado al estilo tuyo, breve, sobrio, una simple frase que lo dice ¡todo!

Me pongo en movimiento con una tenue esperanza, pero sabiendo que tú ya te habías ido. ¿Fue el sueño, fue la revelación que tú, a tu madre y a mí hiciste, no velada, sino abiertamente por la noche? ¿Hubiera sido inútil haber gritado en el bosque sabiendo que renunciarías a tu intención al escuchar el eco de mi voz? ¿Te hubieras precipitado? No lo sé, llegué tarde y tarde me vinieron a mi mente (estaban

aún encerradas en el sopor de lo no admitido) las premoniciones nocturnas que a tu madre también transmitiste, quizá como bálsamo atenuante y bondadoso aviso de tu partida. En esto, hijo mío, sin duda alguna, se percibió la mano de Dios.

Repito, ¿Cuál fue tu último pensamiento, hacia quién, qué fue lo último que miraron tus tristes ojos en aquellos instantes supremos? ¿Ya de espaldas en la madre tierra, empezó tu cara a escrutar hacia el abismal y espacioso cielo y no vio en ese instante fugaz un luminoso aerolito convertido en tu alma partiendo hacia el infinito?

Tus últimas miradas, sin discusión, fueron al cielo, al espacio insondable y si Dios habita allá, estoy cierto y seguro que tus ojos y tus pasos etéreos, hacia EL se dirigieron. Pido al Omnipotente así haya sucedido.

UN AÑO DESPUES.

¡Hijo mío! el tiempo corre atropelladamente, las cosas han cambiado un poco, han nacido muchos seres, (ya eres tío y yo abuelo), otros ya están contigo, el mundo se corroe y lame a sí mismo sus eternas, repetidas lacras.

Los cuentos, las caretas, las máscaras sociales, los engaños políticos, las eternas promesas, continúan en su incabable vuelta, y tú, tú, hijo mío, enmedio de todo este ir y venir, has cumplido un largo año de ausencia; sí, sí, ya se cumplió la fecha. Estamos a un año de tu partida. Pienso, cada vez que paso por tu recámara, qué sentirías, como se estrujaría tu corazón al cerrar por última vez la puerta de la casa, a la que ya no retornarías nunca; al cerrar, cuidadosamente, la puerta del carro, dejarlo bien estacionado, pero ya abandonado para siempre, ¿esa sería tu última mirada hacia un objeto mundano, antes de ascender a la sierra? ¿Qué pensarías, en tu inmensa soledad, a cada paso que dabas hacia tu destino final. . . la muerte?

"Y hay días en que somos tan lúgubres
tan lúgubres, como la noche lúgubre del llan-
to del pinar
el alma gime entonces bajo el dolor del mundo
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar".

Qué proféticos fueron estos versos, los primeros que me aprendí de Porfirio Barba Jacob. ¡Cómo los he recordado y repetido! ese fue TU DIA, en que en la base de un esbelto pino, con una determinación que sólo tú te llevaste, oprimiste el gatillo que puso fin a tu existencia. ¡Hijo mío, no quisiera, no alcanzo aún a resignarme!... A pesar de lo mucho que he leído a propósito de la muerte y del suicida, no me acaban de convencer las teorías, porque a la hora verdadera, en esa postrera despedida en donde se dice adiós a todo, vuelvo a pensar que se necesita mucho valor para tomar la decisión de quitarse la existencia, para descubrir el más allá y trasponer la frontera de la luz a la sombra, ¿o será al revés?

¡Ahora tú ya lo sabes de cierto!

¿Qué deseabas al poner fin a tu vida terrena? ¿Conocer la verdadera vida, descorrer el velo? ¿Ver a Dios?

Recuerdo un cuarteto del poeta Gutiérrez Nájera que dice:

Morir y joven, antes que destruya
el tiempo alevé (traicionero) la gentil corona
cuando la vida dice aún: ¡Soy tuya!
Aunque sepamos bien que nos traiciona.

Ha pasado un año, un año de estarte recordando a diario, de ver y sentir impotente, las angustias de tu pobre madre que aún no se resigna... Un año... Un largo... Un breve año... ¿Sabes?, yo no quería que volvieran las golondrinas a su nido de costumbre, sencillamente porque... tú no estabas en casa. Al oír sus trinos, al verlas como locas revolver y hacer cabriolas, partir veloces como saetas y regresar alborozadas al viejo nido, sentí que se me desgarraba el

alma. Sé muy bien que ellas son una cadena, que los abuelos murieron y luego vinieron los pájaros padres y hoy regresaban al parecer los mismos, pero convertidos en nietos. Es la vida que gira.

"Que de dónde vengo? de soñar luceros,
de beber paisajes en la copa fresca de los pinos altos
vengo de sentir que el alma
sabe a Dios más cerca".

No creo que vengan al caso estos trozos preciosos de Rafael Mireles Soler, pero de verdad, cómo me agradan, sobre todo porque menciona los pinos y desde que te fuiste, el pino, para tu madre y para mí, ha sido un símbolo y una obsesión. A donde hemos ido, en cualquier lugar, en distantes sitios, siempre hemos cortado una ramita del oloroso y aromático conífero, como un recuerdo, quizá tonto, de ti mismo y de tu partida. Es más, al lado de tu sobria tumba se yergue un joven pinito en memoria tuya. Ahora y por siempre jamás, el pinar será tu presencia en tu ausencia, tu recuerdo en la nostalgia de nuestros corazones.

¿Sabes? en el fondo siempre te admiré y envidié por tu independencia, tu desprendimiento, la seguridad en ti mismo, no por tu irresponsabilidad, puesto que fuiste un aplicado y brillante estudiante, sino por cosas o detalles, como el hacer caso omiso del tiempo; era tal tu indiferencia, que a pesar de regalarte varios, ¡nunca usaste reloj! tal parece que no querías maniatarte a nada, ni siquiera al tiempo, y al final lo corroboraste plenamente: no esperaste tu proceso natural de aniquilamiento.

Naturalmente, al escribir más que con la pluma, con el corazón, estos recuerdos, yo sé que estarás de acuerdo conmigo en que al obrar en tal forma, espontáneamente, con esa febril impaciencia de descorrer el velo... jamás lo hiciste por un mero afán exhibicionista, fuiste siempre muy serio, muy formal para andar con payasadas o sugiriendo prosélicos.

Al decir lo anterior, no pretendo glorificarte, escribo lo que siento y en este mismo instante, como lo hago constantemente, pido a Dios que te haya perdonado.

Sé que ha habido millones de seres que han dispuesto de sus vidas: pobres personas anónimas, célebres filósofos, connotados escritores, enfermos incurables, idealistas frustrados, drogadictos obnubilados, etc., etc., etc.

Todos, todos ellos han sido llorados inconsolablemente por sus padres, porque esa ausencia, si algún día se publica este íntimo monólogo y es leído por otros jóvenes, quiero que sepan y comprendan, que por las causas que sean —justificadas o no— al irse. . . dejan a sus padres tan lacerados del alma, que, éstos, a veces, penosamente, sincero es decirlo, llegan a perder el verdadero sentido de la vida. . .

¡Ojalá hayas encontrado lo que afanosamente buscabas!

Perdónalo Señor
porque. . .
no supo (?)
lo que hacía.

He seguido releyendo y tratando de interpretar tus apuntes que avaramente dejaste. Obvio es que no querías dejar y no dejaste huellas tuyas. Pequeñas oraciones y frases en papeles sueltos o en las contraportadas de algunos de tus textos:

“En el mundo técnico represento el papel de una tornamesa vieja y sucia tocando un disco rayado de Ray Coniff”.

Sólo transcribo la anotación que he leído en la última página de uno de tus libros. Cada frase tuya la atesoro y la guardo y la repito vehementemente con el absurdo de no olvidarte, de que siempre estés presente, de que existas continuamente hasta en los últimos momentos de mi vida.

Desde que se fue, triste vivo yo,
caminito amigo, yo también me voy. . .

Acabo de escuchar el tango inmortal y mi pecho ha sollozado y mis ojos se han cubierto como tantas veces con el manto ardiente de las lágrimas. No puedo evitarlo. Ojalá que como dijera el poeta: “Tal vez vez bajo otros cielos la gloria nos sonría”. . . para terminar su “canción de la vida profunda” el gran vate Barba Jacob diciendo:

“Más hay también ¡oh tierra! un día,
un día en que *levamos anclas*
para *jamás volver*,
un día en que *soplan vientos ineluctables*,
un día, en que ya *nadie nos puede*
retener”.

¡Qué barbaridad! cuantas veces repetí a solas y en ocasiones en público, esta poesía, la primera que aprendí, y no sé porque me emocionaba, como si fuera una premonición, al decir estas últimas palabras:

“Levamos anclas”
“Soplan vientos ineluctables”
“Un día en que ya nadie nos puede retener”. . .

¿Qué hay más allá? Ciertamente algún día lo sabré y espero entonces volver a verte y ya no perderte, reconquistarte, ser tu amigo. Lo que siempre aspiré. . .

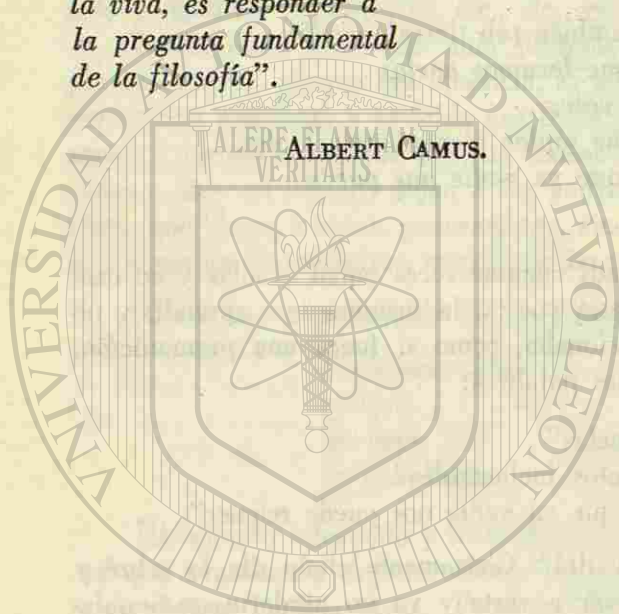
Ruego a Dios que te haya concedido la gracia de *SABER* y que a mí me ayude, como siempre lo ha hecho, sin merecerlo yo, en lo que me resta de vida: que cuide y proteja a todos mis hijos y que me conceda la merced misericordiosa de morir despojado de ruindades y en santa paz, al cabo aquí en la tierra:

“Todo pasa y se borra
todo muere y se olvida”.

. . . *Y hágase Señor TU voluntad*
así en la tierra
como en el cielo. . .

*“No hay más que un problema
filosófico verdaderamente serio:
el suicidio”.*

*“Juzgar que la vida vale o
no vale la pena de que se
la viva, es responder a
la pregunta fundamental
de la filosofía”.*



INDICE

Mi tío Pedro, 9

Sebastián, 57

La Cofradía, 93

Sin decir adiós, 177

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

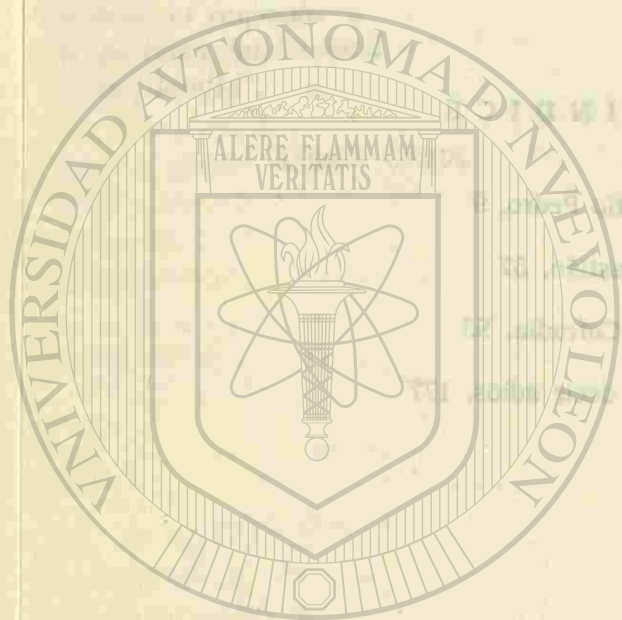
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*“Se fue una estrella brillante
no tiene fin su camino,
ni tiene retorno.*

*Ha de ser tan lleno de rosas rojas,
tan bello, tan primoroso, que
con razón le llamamos EL INFINITO”.*

(ANÓNIMO).

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"RAUL RANGEL FRIAS"
U.A.N.L.



U.A.N.L.

RELATOS CORTOS

del señor licenciado José G. Guzmán M., se terminó de imprimir el día 30 de noviembre de 1977, en los talleres linotipográficos de Editorial "Alfonso Reyes", S. A., Adolfo Prieto 2407 Ote, en Monterrey, N. L., México. Se tiraron mil ejemplares al cuidado del autor. Viñetas de Guillermo Ceniceros

Portada: Alfonso Reyes Aurrecoechea.





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS